

PUNTO DE PARTIDA

Número 77-78

Dirección: Marco Antonio Campos
Jefe de redacción: Mariela Cuervo
Secretaria de redacción: Ma. Luisa Anzaldua
Dirección General de Difusión Cultural

Correspondencia, colaboraciones, suscripciones y canje: Departamento de Publicaciones, Radio UNAM, Adolfo Prieto Núm. 133, México 12, D.F. Precio del ejemplar en la República Mexicana \$ 25.00 M.N. Número doble \$ 50.00 M.N. Suscripciones por seis números \$ 150.00 M.N. Números atrasados \$ 50.00 M.N. Números dobles atrasados \$ 100.00 M.N. Las colaboraciones deben entregarse escritas a máquina a doble espacio con una copia en las Oficinas de la Revista Punto de Partida, Dirección General de Difusión Cultural, Centro Cultural Universitario, Insurgentes Sur 3000, de lunes a viernes de 10.00 a 14.00 horas.

Sumario

POESIA

PRIMER LUGAR
Blues y otros poemas

4 Mauricio Molina Cardona

SEGUNDO LUGAR
Poemas

9 Edgar Altamirano Carmona

TERCER LUGAR
SE DECLARO DESIERTO

CUENTO

PRIMER LUGAR
La muerte llega siempre en las
noches de invierno

13 Margarita M. Pierini

SEGUNDO LUGAR
La caída

19 Pablo Millán

TERCER LUGAR
Las manipulaciones de
Benito Ampudia

23 Enrique Serna.

TEATRO

PRIMER LUGAR
A lo mejor todavía

30 Daniel González Dueñas

SEGUNDO LUGAR
Medusa X

71 David Balderrama

TERCER LUGAR
Próxima función

114 Claudio P. Castro Campillo

VIÑETA

PRIMER LUGAR:
SEGUNDO LUGAR:
TERCER LUGAR:
TERCER LUGAR:

Enrique Rosquillas Quiles
Eduardo F. Robles Casalco
Carlos Arturo Arias Vicuña
Daniel González Dueñas

ADVERTENCIA

Este número reúne a los jóvenes premiados en el XV Concurso de la Revista *Punto de Partida* (1982), en las ramas de Poesía, Cuento Teatro y Viñeta. Queremos agradecer a los señores jurados de cada rama su valiosa colaboración: Francisco Serrano, Víctor Manuel Mendiola y Hugo Gola (Poesía), Eugenia Revueltas, René Avilés Fabila y Luis Chumacero (Cuento), Vicente Leñero y Eduardo Ruiz Saviñón (Teatro), Raquel Tibol, Vicente Rojo y Antonio Martorell (viñeta).

Marco Antonio Campos

VIÑETA

PRIMER LUGAR:

Enrique Rosquillas Quiles



Alumno de la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM.

POESIA

1er. LUGAR

Blues y otros poemas

por Mauricio Molina Cardona.*

COMENTARIOS A UN PARTO

No grites

no manotees
no desesperes
es inútil

Comienzas a saberlo oscuramente:
estás solo y eres otro y has sido despojado

Atrás quedó la alucinógena placenta milenaria
el jardín de la delicia intrauterina
el húmedo batracio

— patas torpes
piel viscosa—
que muge a las estrellas desde un charco
bajo el sol incandescente rojo y primitivo

Así que ya deja de gritar
es inútil

no podrás retroceder
has entrado a la historia
y te sostienen de los pies
como un pájaro muerto.

*Alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

POEMA A LA EXTRAÑA

*"A stranger has come
To share my room in the
house not right in the head
A girl mad as birds"
Dylan Thomas*

Ella viene a compartir mi cuarto por las tardes,
envuelta en una hoguera si son épocas difíciles,
con paraguas cuando llueve,
desnuda en cuanto cierra puertas y ventanas
y casi transparente si la tocan
mis dedos febriles.

Viene a compartir mi cuarto
con su propensión al grito, la anarquía
y se muestra en el espejo vanidosa:
senos que son blandos y que miran
largamente a quien los toca,
cabellera donde moran caracoles y cigarras,
nalgas para delirar con la lengua llena de alfileres,
espalda donde el tiempo se detiene y parpadea.

Su boca es dulce como un panal de avispas
y su sexo huele a sándalo, luciérnaga, naufragio.
Muchacha al fin y al cabo,
loca como los pájaros,
bella como el motín y el sabotaje,
acostumbra palpitar sobre las colchas
a la orilla del océano imaginario del deseo.

Más tarde me toma de la mano
y me lleva por el aire espeso de la noche,
yo persigo el lento andar humeante de su sombra
y nadie podría descubrir lo que hemos hecho.

DESPUES DE UNA LECTURA DE CATULO

La lengua de Catulo todavía
se revuelca
entre los polvos
de su amada
y Lesbia permanece insatisfecha

7 DE MARZO D.C.

Mientras se hablaba del futuro en el estrado
o se hacían libaciones a los nuevos armamentos
tú y yo tomábamos el presente por asalto en esta cama
tallada febrilmente por lúbrico ebanista

No había nadie:
sombras sin rostro de otros hombres
los huesos frágiles y sucios de las prostitutas
muchachos de tu edad con bolsas de cemento
en plena cara
 pulmón contemplativo
vagabundos tragafuegos de papel y tiempo desgarrado
perros amarillos óxido basura y en los muros
los rasguños colectivos de la miseria cotidiana;
aquí caímos
 muerto en este mar de muertos . . .

Vagabas por calles sin nombre ni medida
con un puñado de cerillos apagados en la boca
y un montón de sueños rotos como frascos a pedradas
Vagabas por esta ciudad
 mirada vidriosa
gestos borrosos
 y pies mojados
con la certeza inconsistente de los ebrios

Sólo de sax
 piano derramado
una lluvia de celofán se filtra por las grietas del sonido
un molusco arroja tinta en la ventana
la luna pierde la memoria
 En otro tiempo
en el centro de una noche como ésta
en él aquí y ahora del deseo
la piel de una muchacha derretida entre las yemas de los dedos
el cuerpo de veinte años que debía andar desnudo
la oscura incandescencia del orgasmo
 amar es conocer:
los poros comunican
 desnuda como un ojo una daga
desnuda como un hongo venenoso
desnuda hasta no decir palabra
estatua en hielo seco con los dientes esculpida.

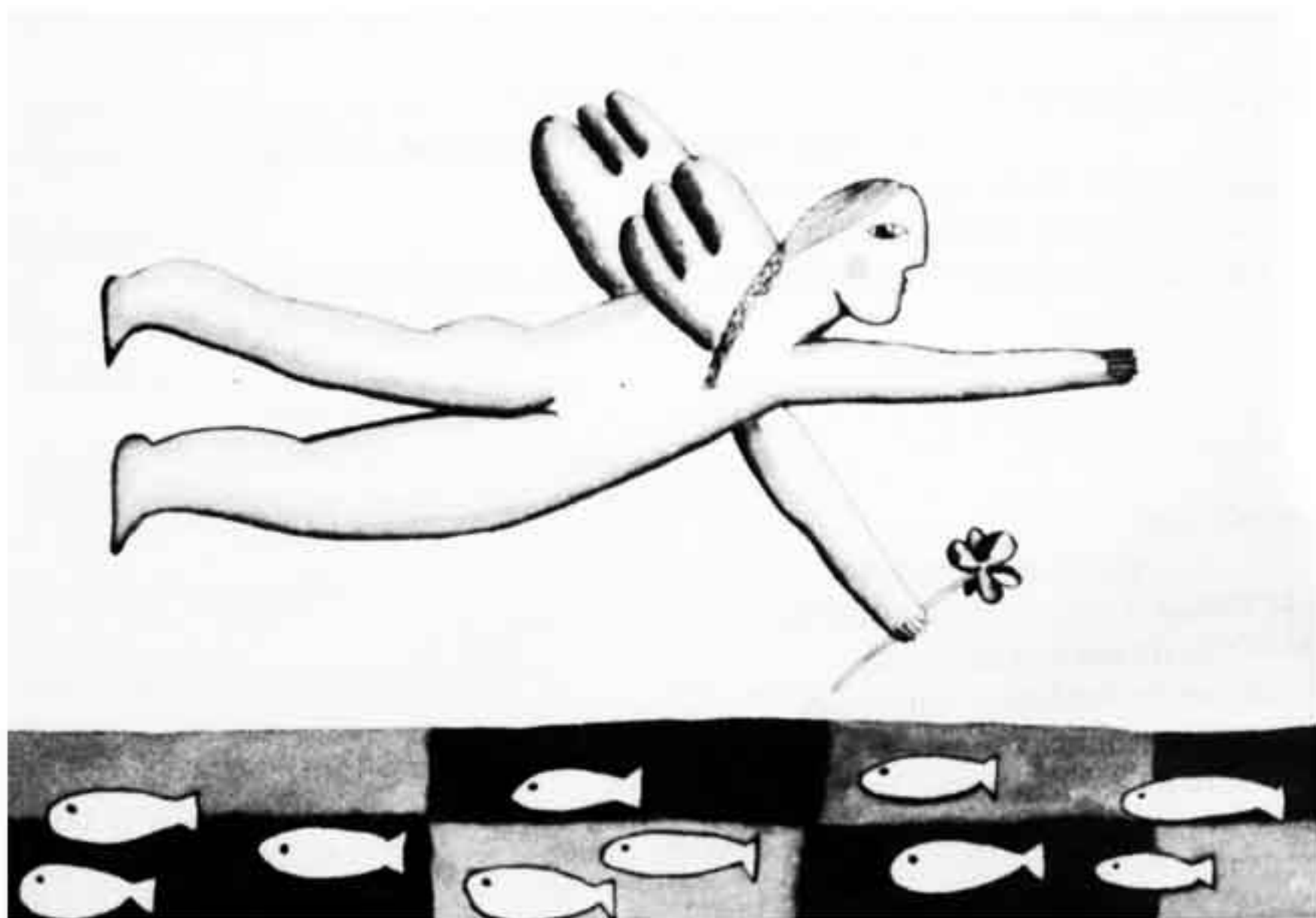
Solo de sax
 grito de trompeta
y te puede desgarrar una guitarra
Al borde de ese sentimiento
de camas deshechas y musgosas
de botellas vacías y cigarros acabados
Al borde de ese sentimiento
que algunos han dado en llamar tristeza

Solo de sax

y nadie en esta cama solitaria
apenas una pálida sombra
no el oscuro resplandor de un cuerpo ajeno y entrañable
sólo esta soledad obligatoria
este grito que se pudre entre las venas
y hace arder los huesos desde dentro

Solo de sax

escupo estas palabras
abrir los ojos es romperse por el centro
Pronto aparecerá sobre estas ruinas
el sucio sol intolerable
de las seis de la mañana.



Ahí, el insomnio
sólo dispone de una rejilla
para mirar el largo desierto
con los ojos completamente negros
y la sangre manchada de ventiscas.
Entonces, es necesario descalzarse
y sentir el duro aire en la espalda;
es necesario quedar solo, suicidándose,
con una—única—y—desvirtuada—ala;
mirar el desierto convertido en fango,
la puerta con dos horarios,
el hombre derribado al final,
e intentar una sonrisa
aunque sólo se logre un lamento.

*Del amor que se queda
te ofrezco mi muslo descarnado,
la tibia acuosidad de mis ojos,
mi retina desprendida,
mi desmendada flacidez,
mi cráneo*

Rodavlas Odrallag.

III

a Lourdes

En el precoz discurrir de la llovizna,
ella permanece desnuda
con los senos henchidos aún de niebla
y unas gotas de esperma en las piernas.

Ella (mujer de oscuridades consoladoras)
reasume mi pelo,
entrecierra mis sueños,
mientras acequias y tejados
han quedado entre bambalinas.

Afuera, —entre la llovizna—,
alguien continúa
detrás del epitafio
de cada día.

IV

Exiliado de la calma
digo y me desdigo;
enfrento mis derruídas murallas
al mundo,
mis agotados promontorios
a sus muchedumbres,
mis eclipsadas almenas
al frío cálculo de sus catapultas.

Con los tobillos dislocados
y las manos en las axilas,
camino en los confines
del claro— oscuro,
comienzo para caer nuevamente
esta vez entre el crujir
de la noche
y el fosforecer de los cocuyos.

Caigo en la profundidad de la niebla
en el deslave de la bruma,
completamente hecho jirones.

V

Y el estancamiento del hollín
era insondeable.
Era el galeote anhelado,
el cieno milenario,
el respuntar del tedio.

Era la impasibilidad del subterráneo,
el salir a la calle en muletas,
el renunciar a los aspavientos,
y era el tiempo disminuído
a una escala de vaho,
el sopor inmiscuído
en el aliento,
y el sofocamiento
desde el vuelo . . .



CUENTO

1er. LUGAR

La muerte llega siempre en las noches de invierno

por Margarita M. Pierini *

a la memoria de Rodolfo Walsh

El hombre cerró la puerta del departamento y empezó a caminar. Detrás quedaban las voces enredadas en los tramos finales de una discusión; el ambiente enrarecido por el humo y la radio junto a la entrada que dejaba oír, en un volumen cuidadosamente calculado como para que no se filtrasen hacia afuera los sonidos de la reunión, la voz grave de la Tana:

Sur,
paredón y después . . .

La calle desierta tenía algo de escenografía fantasmal, envuelta en una niebla que no llegaba a disolver la luz amarillenta de un farol. Le golpeó la cara una bocanada de viento sur, cargado de la humedad del Riachuelo. Claro, ya se había acabado el otoño. Esa era la época que más le gustaba de Buenos Aires, porque entonces uno de verdad se sentía vivo, lleno de energías, y no aplastado por el calor pegajoso del verano o hecho un ovillo alrededor de su propio cuerpo, como ahora en invierno. Además, estas madrugadas frías de junio siempre le traían malos recuerdos.

Menos mal que se había acordado a tiempo de sacar la campera gruesa. De todos modos, se iba a chupar un buen fresquete hasta llegar a Constitución. Pero era inútil esperar un colectivo a esa hora. Mejor se pateaba las veinte cuadras hasta el 84, y de paso entraba un poco en calor. En una hora ya estaba en su casa. Se vio por el pasillo largo, abriendo la puerta que siempre rechinaba un poco, y recibiendo en la cara los olores familiares, inseparables de la sensación de hogar. Y la voz de su mujer, semidespierta:

- ¿Qué tal, viejo, como llegaste?
- Muerto de frío, pero bien. Seguí durmiendo.

Y encontrar por fin el calor de la cama, y el calor de su cuerpo compañero. Sí, una hora nada más, y estaba allí.

Se puso a caminar rápido por Montes de Oca. Al rato tuvo que aflojar el paso. "El maldito pucho —penso—. Me fumé casi un atado esta noche. Voy a tener que cortarlo, ya no soy un pibe."

Menos mal que no se había quedado a esperar el colectivo. Diez minutos caminando y no había pasado un alma. Miró hacia atrás, un poco por hábito, otro poco para confirmar lo acertado de su decisión. Nadie.

Sur,
paredón y después . . .

Se puso a silbar despacito, tratando de recordar cómo seguía la letra. Era curioso, el tanto parecía haberse escrito pensando en las calles de Constitución, bordeadas de paredones altísimos y herméticos. Se podía caminar cuerdas enteras sin encontrar una sola puerta.

"La que no aparece por ninguna parte es esa 'luz de almacén'. Ni de almacén ni de nada, carajo. Entre el Intendente que ha de estar en plan de austeridad, y las parejitas que rompen los focos, apenas ve uno dónde pisa."

Ahora pasaba frente a la iglesia de Santa Lucía. Se acordó del cura que siempre caía por la oficina para vender la rifa de un auto a beneficio de los pobres de la parroquia. Buen tipo el hombre, pero no había forma de sacudirse el pechazo. A lo mejor estaba todavía allí. Lo bueno es que a él, por lo menos, ya le había perdido la pista. Si no, seguiría comprándole como un boludo ese número que nunca salía, pero era el que seguía su viejo hasta que se murió.

De pronto vió el coche. Más bien lo presintió, como si le hubieran salido ojos en la espalda. Se inclinó, haciendo que ataba un cordón del zapato, para echar una mirada hacia atrás. Pero ¿por dónde había aparecido? Si estaba seguro de que un momento antes la calle era un desierto. ¿Lo habrían visto salir de aquella casa? Con eso del frío no pensó más que en subirse el cuello de la campera y taparse hasta los ojos. A lo mejor por eso ni se dio cuenta de que lo estaba siguiendo. Porque la marcha del Falcon gris era inconfundible, lo mismo que esas tres figuras confusas que se adivinaban en la oscuridad.

"Te estás volviendo viejo —pensó—. Tenías que haberte dado cuenta antes. A ver cómo te las arreglas ahora."

Y sintió un gusto agrio que le llenaba la boca.

Una cuadra más adelante se dibujaba la escalinata de la Casa Cuna. Se acordó de que enfrente había un café donde siempre tomaba el desayuno aquella vez que operaron a la nena. La cortina ya estaba baja, pero todavía salía un poco de luz por abertura. "¿Si les golpeo y les digo que me siento mal, que me dejen pasar al baño?" Pero el coche, pegado a la vereda, formaba una barrera infranqueable entre él y ese cachito de luz que podía ser su salvación.

“La cosa está en llegar a la estación. Allí hay gente a toda hora y es fácil despistar. No voy a ir a casa, sería un disparate. Mejor me tomo un tren para algún lado.”

Apretó el paso. Siempre le había impresionado su manera de reaccionar ante el peligro. Era como si la cabeza, de golpe, se convirtiera en lo único que funcionaba en todo el cuerpo. La que reunía todas sus energías para buscar urgente, desesperadamente, la mejor salida.

“O la única —pensó—, Pero no, flaco, si saliste de tantas . . . Bueno, no es hora de empezar a contarte tu propia historia. Pensá mejor como te escapas de ésta”.

Si conseguía llegar hasta la estación estaba salvado. A las 0.40 salía el último tren para Varela. Era cuestión de alcanzarlo y llegar hasta Bosques. Allí estaba Lacho. ¿Cuánto hacía . . . tres, cuatro años que no tenía noticias de él? Desde el bautismo del último pibe, su ahijado, precisamente. Pero uno de esos amigos de fierro, y de los que no hacen preguntas. Se imaginó la cara de su mujer cuando les cayera a las dos de la mañana. Tan linda tipa la Marilú, tan decidida y alegre. Sí, con ellos no habría problemas; y mañana, o pasado, vería cómo salir de allí.

El auto seguía detrás, con una marcha lentísima; a ratos, se le adelantaba, como para darle la esperanza de que tal vez todo fuera un error, de que no era a él al que buscaban, y que después de jugar con su miedo seguirían su ronda nocturna. Pero para que engañarse. Ellos sabían quién era, y estaban ahí por él. Sentía como si un hilo invisible lo atara al coche, condicionando sus movimientos. En algún momento ellos tirarían del hilo, y como en la cinchada, ganarían los más fuertes. El otro quedaría en el suelo.

Y volvió a sentir ese viejo gusto amargo en la boca. Gusto a muerte, quizás, si es que la muerte puede tener algún sabor.

El había visto una vez su propia muerte en las imágenes borrosas de una pantalla improvisada. Era una noche de primavera, y casi de luna llena. La gente del barrio había sacado las sillas a la calle para ver la película que habían traído los muchachos del Fiat anaranjado. Alguien le había ofrecido un vaso de vino blanco. Los chicos jugaban a la pelota entre la gente, y alguna vez un disparo violento rebotaba contra los bancos, pero de nada servían los gritos iracundos de los mayores, tratando de alejarlos del lugar.

Sobre la pared blanca de una esquina desfilaban las imágenes de aquella madrugada de junio. El camión oscuro . . . Los hombres bajando de uno en uno, empujados desde arriba por los caños de los fusiles, con las caras desfiguradas por el miedo . . . La carrera desesperada entre los montones de basura, buscando la orilla salvadora y lejanísima del alambrado . . . Los disparos cortando el aire de la madrugada. Un muchacho rubio se doblaba sobre su estómago. La cámara se acercaba hasta enfocar solamente su rostro, y sobre la pared blanca aparecían los ojos hundidos por el terror, y la boca torcida en un grito definitivo.

Entonces ¿era tan fácil morir? ¿Eran esos ojos abiertos y ese grito largo y hondo como un túnel en donde se iba a hundir, para siempre, la vida de

uno? La vida . . . ¿qué era, al fin y al cabo? Seguro que el pobre pibe nunca se había puesto a pensar en esas cosas. Y se había muerto, nomás, como los otros que corrían desesperados, tropezando cien veces, hasta que ya no volvían a levantarse.

Y veía su propia cara que lo miraba desde la pantalla, y escuchaba su voz relatando la historia de aquella madrugada. Cómo había conseguido hacerse el muerto, detras de los montones de basura que lo ocultaban a medias. Cómo lo habían salteado en la recorrida final, cuando se acercaban a los cuerpos tendidos. Alguno todavía se había sacudido con el retiro de gracia.

Después, el ruido del motor que se alejaba. Y la espera interminable de la primera luz, entre la neblina y los vapores húmedos que se levantaban del basural. Ahí supo qué olor tenía la muerte. Y era igual al sabor que ahora le daba vueltas en la boca.

“Si me salvé de aquella —pensó— y de tantas otras, tengo que salir de ésta. Aunque a lo mejor, ahora sí se acabó de veras. Aquel refrán del viejo de que no hay tiento que no se corte . . . no me lo acuerdo bien en este momento. A ver si después ando mejor de la memoria.”

Pero pensó irónicamente que tal vez ya no hubiera después. Y que también eso era morirse: un recuerdo que no se termina de armar, una frase que no se completa, un sueño que nunca va a realizarse, porque era solamente de uno.

“Y yo que le había prometido a la Berta llevarla este verano a Necochea. Qué lastima, pobre vieja, con la falta que nos hacía a los dos”, pensó absurdamente.

Y se dió cuenta de pronto de que se estaba entregando.

“No podés bajar los brazos, viejo, qué te pasa” —se dijo a sí mismo. Desde chico había tenido la costumbre de conversar con ese yo suyo, el más profundo, que a veces le daba consejos, lo aprobaba, o le pegaba un buen tirón de orejas. Y era el que nunca aflojaba, ni en las más negras —y había pasado muchas.

Pero ahora era distinto. Como si la máquina ya no pudiera tirar más. Tantos años metido en esto, y siempre había un motivo para seguir peleando. Motivo sí, también había ahora, pero faltaban las fuerzas. Ya estaba viejo. Que siguieran los muchachos llevando adelante la esperanza como una bandera.

“Como la bandera que llevábamos aquel día hacia la Plaza. Ya ni me acuerdo de cómo empezó la cosa. Pero ahí estábamos, desde todos los rincones de Buenos Aires. Y nos sentíamos tan fuertes . . . La gente cantaba . . . ¿cómo era aquello? Ah, sí:

Yo te daré,
te daré, patria hermosa . . .

Hacía calor. Me acuerdo de que cuando llegamos a la Plaza, los compañeros aprovecharon para refrescarse en la fuente. Eso nunca nos lo perdonaron: que ensuciásemos ‘su’ ciudad . . .”

Y otra vez la Plaza, en una tarde gris de junio, años más tarde. El cielo cargado de humedad y salpicado de puntitos rojos que de pronto estallaban y dejaban caer su carga de muerte. En el aire se sentía el olor a derrota.

Después. la clandestinidad, la vida errante de casa en casa, los cambios de nombre y de cara y siempre la esperanza: "El" va a volver. Hay que organizarse, compañeros, hay que resistir, y hay que traerlo.

Las citas en los cafés, las reuniones en la madrugada, los planes del levantamiento . . . y el timbrazo, y los golpes en la puerta, y el camión oscuro en aquella noche de junio.

("Por algo no me han gustado nunca las noches de invierno; parece que están marcadas por la desgracia.")

Y el basural, y la huída, y los años en Bolivia, esperando a que se olvidaran un poco de uno para volver.

Y otra vez a pelear, y a reunir compañeros, y a conversar interminablemente, y a hacer proyectos nuevos. Cuántos pibes jóvenes se acercaban ahora, con una esperanza nueva. Y otra vez se hacía posible la marcha hacia la Plaza, y volvía el canto de ayer como despertando en las memorias:

Yo te daré,
te daré, patria hermosa . . .

Y la ciudad era de nuevo una fiesta.

"Una fiesta que también se acabó pronto. Porque vino aquella otra noche con sabor a muerte bajo la lluvia de invierno. Las colas interminables para verlo a El por última vez, Lloraste ese día, negro, y no te dio vergüenza. No eras el único. De alguna manera todos sentíamos que se nos había muerto el viejo, el de cada uno. Y éramos como chicos que se quedan solos de golpe, sin saber para dónde disparar.

"No tuviste que pensarlo mucho, sin embargo. Y entraste otra vez en lo que ya era casi una rutina: borrarse, cambiar de nombre, olvidar todas las caras, todos los teléfonos, todas las direcciones".

Salvo una: que era, justamente, la última a la que podía llegar. Cuando por fin se encontraron con la Berta —sólo por unas horas— en aquel hotelito de Flores, se abrazaron muy fuerte, con toda la fuerza que les daban la soledad y el miedo de tantas semanas; y los dos sentían cómo se les paraba el corazón cada vez que se escuchaba una sirena, y después se largaba a un galope desatado.

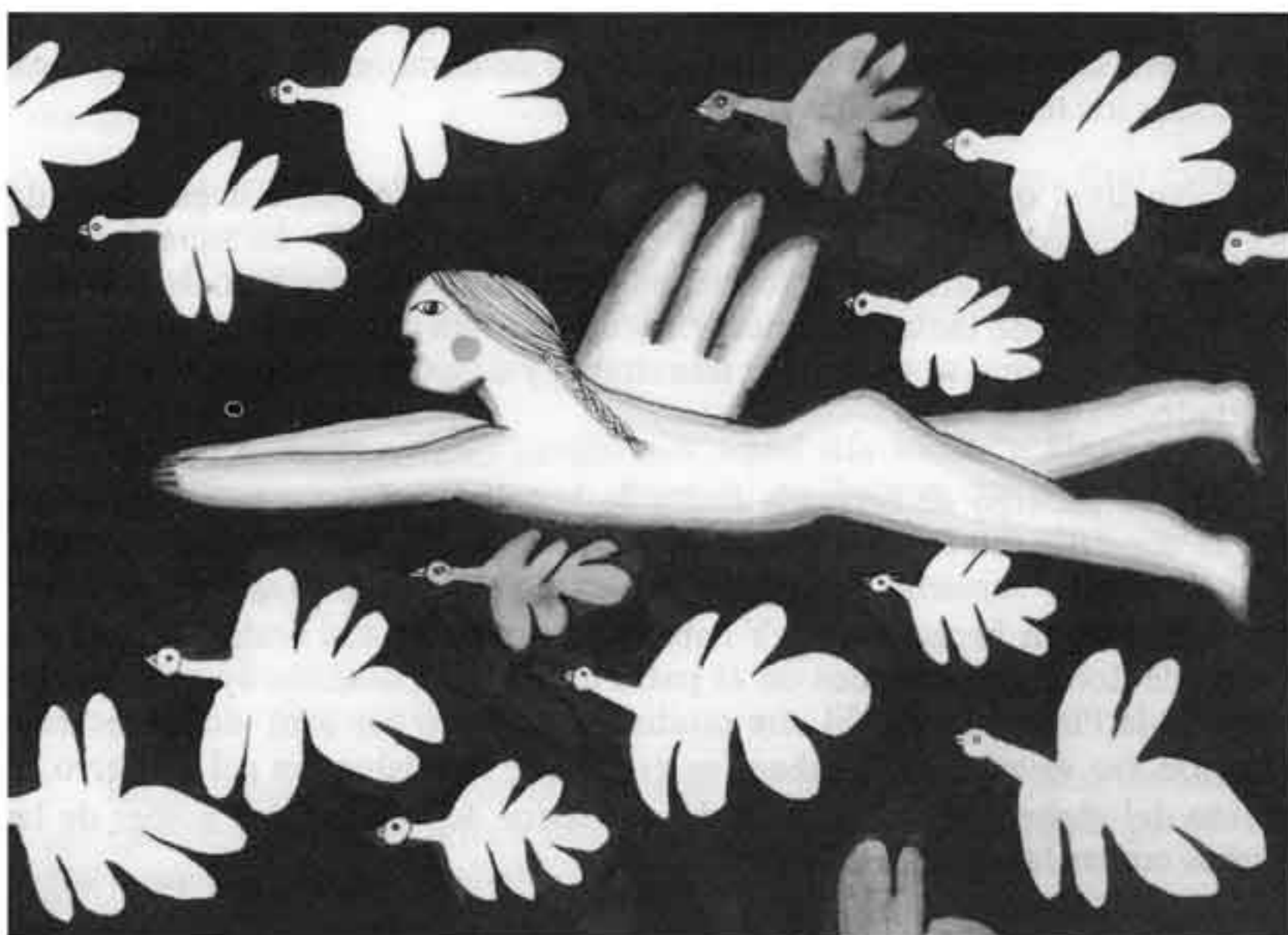
Ella se encargó de cerrar la casita de la calle Biedma, y se mudó a otra que le consiguieron los compañeros. Menos mal que lo hizo rápido, porque al poco tiempo supieron que les habían caído por ahí, y lo que no se lo llevaron lo dejaron hecho polvo. Y había sido una casita tan linda . . . Aquellas siestas de domingo, sentados en el patio después del asadito, oyendo las torcazas de la Plaza Irlanda. El aire estaba impregnado del azul de los jacarandáes. De vez en cuando llegaban los gritos que festejaban un gol de Ferro, el silbato del globero, la campanilla del vendedor de helados, los golpes de las bochas contra la pared de madera . . .

A Berta le dolió mucho el cambio. Nunca decía nada, pero desde entonces empezó a ponerse vieja. Le molestaba el reuma en las manos, al levantarse; y ya no le daban ganas de salir a caminar un rato por el barrio, después de cenar. Tenía miedo la pobre, y era lógico. Ahora empezaba a entenderla. Precisamente ahora, que sentía ese miedo que paraliza, que da ganas de sentarse al borde de la vereda y esperar que pase, fatalmente, lo que tenga que pasar.

—Lo que tenga que pasar, sí. Porque yo ya no doy más. Perdóname, Berta. Perdónenme todos.

Y aflojó el paso hasta quedarse quieto, mirando los faros del coche como una liebre encandilada.

Después, la oscuridad.



La caída

por Pablo Millán*

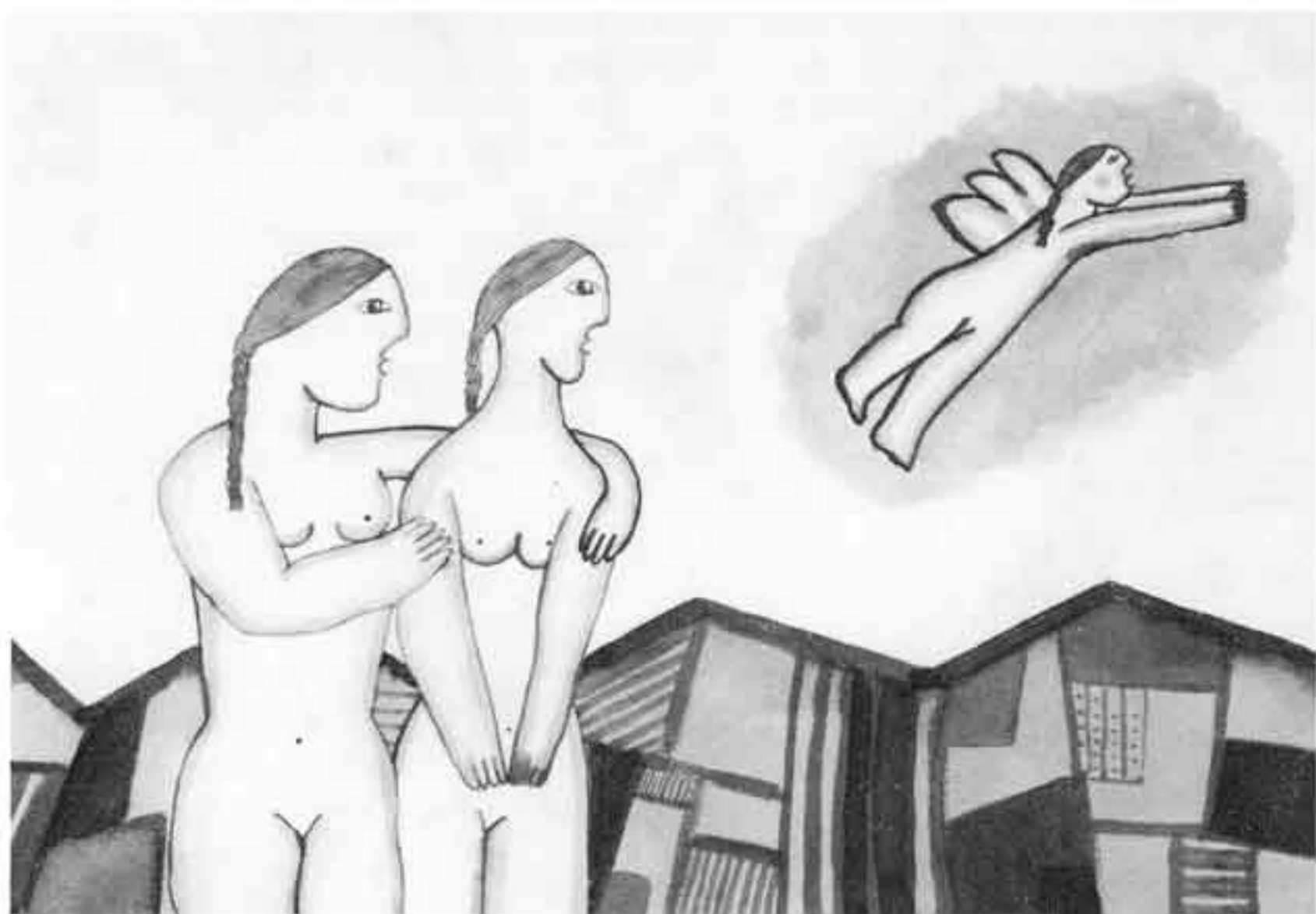
*“De hecho, es en mí más que en él
lo que yo pienso, pues sé que los que
vivimos aquí no somos más que
fantasmas o sombras ligeras”.*
(Sófocles)

Sé que cuando leas esto tu boca repetirá la misma mueca absurda y gastada que dibujaste ese día tras la ventanilla de la ambulancia, pero pronto la abandonarás, porque mis palabras cruzarán tu cara como bandadas de gorriones y apenas tendrás tiempo de replegarte contra la almohada impecable, convencido de que ahí estarás a salvo de mis ataques que en algún momento, no lo niegues, amaste con una pasión carnívora, con un odio que laceraba mis entrañas cada vez que sentía tu sexo deslizarse como un lagarto en mi vagina y tu, con la indiferencia de siempre, prolongabas el lento sacrificio sin escuchar mis gritos que intentaban detenerte o por lo menos decirte que era yo, yo, únicamente yo la que podía permitir que me violaras desde tu furia incensante que poco a poco aprendí a canalizar como si toda tu ira fuera un mar donde mis gritos naufragaban, apagados por el cojín que oprimías contra mi cara y que yo, rota por tus deseos, aceptaba con los dientes apretados y con un juramento agazapado en la garganta, porque tú sabes que hay cosas que no se pueden revelar y mucho menos cuando inclinado sobre mí tu cuerpo lanzaba tímidos quejidos y yo prefería callarme, deseando que finalmente terminaras aunque supiera que más tarde tendría que reprimir las ganas de llorar y desenfundar de un golpe toda mi ternura, taparte con la sábana y jugar como una niña con tu pelo, todo eso para que luego me dijeras que sólo era un complejo maternal, otro más de mis chantajes, pero esto no es un complejo ni un truco para provocar tu enojo, apenas alcanzo a trazar lo que en realidad quería dejarte, ahora que estás lejos y una enfermera te cuida mejor que una madre; deberás sentirte contento de que mis gritos no lleguen hasta tí, porque supongo que estarás protegido por esas paredes blancas que adelgazan mis palabras en un silbido suave, casi un rumor de voces entrelazadas que divagan por algún pasillo de tu memoria, porque de algo tendrás que

*Alumno del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, de la UNAM.

acordarte, a no ser que hayas olvidado hasta mi nombre y de repente te preguntes quién soy, qué hacen estas hojas en tus manos, pero ya ves que no es tan fácil zafarse del pasado ni esquivar otro golpe, pues por fortuna aún existen cosas que los dos debemos recordar para entender mejor la secuencia de nuestros actos, todos los reproches que tú y yo —sobre todo tú— fuimos tejiendo alrededor de esa vida tibia y llana que me diste, armándolos como un castillo de naipes para que al final cayeran y nos golpearan a ambos, a mí porque te perdí para siempre y sé que no volveré a recuperarte y a tí, Hércules indomable, porque ahora estarás castrado y ni Dios sabe cuándo te sacarán de ahí, cuándo volverás a inclinarte sobre unos pechos desnudos y a lo mejor es eso lo que más te duele, o tal vez el simple hecho de no poder contestarme con los argumentos judiciales que has manejado siempre, mientras te ponías tu traje de abogado y me hablabas de esa distancia apropiada que convertía a tus frases en monumentos de cristal, en réplicas desconcertadas que yo oía en silencio como si fuera una niña castigada, un condenado al borde del patíbulo o ve tú a saber lo que pensabas de mí cuando tratabas de convencerme de que el amor era eso, oh sí, una especie de código inmutable cuyas leyes estaban dictadas por la razón a secas, sin otro adjetivo que el que tú implantabas para cerrar con broche de oro tus discursos ceremoniosos y toda la palabrería que más tarde, al querer seducirme, olvidabas con una facilidad impresionante, siempre ansioso de acariciarme y de entregarte a tu lujuria que cada noche me obligaba a decirte que hoy no, que la regla me había bajado esa tarde, porque después de todo conocía tu pudor y era casi seguro que te apartarías sin tocarme y que luego te vería retroceder hasta tu rincón de lectura, donde tus horas pasaban en blanco, sin otra satisfacción que esconder una fotografía desnuda entre las hojas amarillentas del diccionario que utilizabas para pulir tus vocablos, para limarlos cada vez que notabas que tus prédicas iban perdiendo veracidad, que a fuerza de repetir las se volvían aves muertas en tus labios, sobre todo cuando yo las dejaba volar sin inmutarme, segura de que tarde o temprano terminarías por callarte y por aplacar tu furia tempestuosa que no era más que un viento suave, un soplo en medio del huracán que mis gritos formaban para eclipsar tus repentinos ataques, tus estados de cólera, tus manías de gendarme, todo ese escándalo sólo porque andabas de mal humor y me veías deambular desnuda por la casa, ir y venir sin rumbo, apenas envuelta en una sola palabra de sílabas claras y punzantes que al principio me laceraban, aunque luego terminé por acostumbrarme a ese lento suplicio, a esa voz sin garganta que inexplicablemente me hacía odiarte, ingenuo Orfeo, aborrecerte tanto como los paseos dominicales, como las vacaciones, los aniversarios y las visitas obligatorias que cada semana le hacíamos a tu madre para coronar nuestra ceremonia acostumbrada; y no pienses que ahora me quejo, que intento reprochar al tiempo lo que me pasa, ahora que estoy aquí y que me voy pegando a tu recuerdo para no perderme en la nada y luego sentir que en mi vida no hay otra imagen posible, otro barandal del que pueda apoyarme para levantar con entusiasmo los diez años de oscuridad que aún me esperan, junto con siglos que habrán de transcurrir antes de que vuelva a ver tu cara destrozada por una angustia inexplorable que sólo nosotros entenderemos, porque bien o mal las cosas no pasan en balde ni se entierran como cadáveres bajo llave, están siempre ahí y algún día tendrán que salir de su caja de Pandora para que tus ojos las escuchen y tus oídos las vean, ahora que no son más que tristes gaviotas que continúan picoteando siempre la misma escena, el mismo cuadro que se distingue cada vez más negro, más confuso porque es como si el tiempo difuminara la única huella que me dejó tu imagen cuando me lancé a tu cara y sentí tu grito muy cerca de mi oreja, tan cercano que solamente pude re-

dar tu ira mientras me violabas y entregarme a la tarea de dar bruscos zarpazos en el aire que sólo eran una forma de decirte que te amaba con una desesperación muda, con una rabia que se me trepaba por el cuerpo cada vez que intentabas abandonarme y tramitar el divorcio, aunque supongo que es inútil reprochar de nuevo tu abandono y pedirte que si algún día logras salir de ahí te acuerdes de que aún existo, después de todo no soy la única culpable de que las cosas se desenredaran de esa manera tan absurda que me ha mandado algunos años al presidio, aquí donde todas las imágenes son oscuras y tal vez, querido Prometeo, tu recuerdo sea lo único claro, lo único que le da sentido a ese impulso que me orilló a desfigurarte con una navaja de mano que muchos años llevé escondida en mi dignidad de hembra respetable.





Las manipulaciones de Benito Ampudia

Por Enrique Serna*

Eran dos las teorías que se manejaban en la colonia para explicar la ingenuidad y la candorosa estupidez de Benito Ampudia. Una psicológica: el excesivo apego a su madre lo había hecho inseguro y temeroso ante el mundo exterior. Otra médica: su tumor cerebral, aunque benigno, le había causado una atrofia en la región de la masa encefálica donde residen la malicia, la desconfianza, el mínimo de soberbia que todo hombre necesita para vivir en comunidad. Aunque tal vez su inteligencia no fuera inferior a la de los autores de tales teorías, su tartamudeo incesante, así como la tardanza en comprender los chistes de que era objeto, habían hecho de la idiotez una etiqueta fielmente adherida a su personalidad, el adjetivo que siempre acompañaba su nombre. No era extraño, cuando aparecía en "Cumbres del Valle" un muchacho nuevo, que su primer síntoma de aclimatación al ambiente fuera sumarse al coro de agresores de Benito Ampudia. Era una forma sencilla de romper el hielo; después de cumplir con ese protocolo, ser aceptado en la colonia era cosa de trámite, ya se podía estar seguro de ser invitado a la próxima fiesta. La familia de Benito, lejos de molestarse porque fuera la víctima de los vecinos, se hacía de la vista gorda para no enemistarse con ellos. Pese a que todos hacían esfuerzos por tolerarlo, no podían ocultar la impaciencia que les producían sus dificultades para expresarse, su afán por prolongar la niñez, la visión azul pastel que tenía de la vida. Nadie se desesperaba tanto como sus hermanos, quienes, siendo menores, juzgaban a su mayor como un caso patético; no veían en él más que una terrible discordancia entre su edad física y su edad mental: un cuerpo de diecinueve años manejado por un cerebro de once. No llegaban a la extrema sinceridad de anhelar su muerte, pero no les hubiera disgustado que su madre lo encerrara en el desván, como a un mueble desvencijado que da pena enseñar a las visitas. También deseaban su reclusión en un internado, pero por temor a recibir reproches no se atrevían a proponerlo a sus padres. Como si adivinara los sentimientos de sus hermanos, Benito se esforzaba por participar activamente en la comunidad adolescente, logrando con ello que su presencia en el hogar fuera un tumor semejante al que él le coronaba la cabeza, una lacra tan llamativa que les impedía tratar a los vecinos de igual a igual. Nada los avergonzaba tanto como su pizarrón.

*Alumno de la Facultad de Filosofía y Letras, de la UNAM.

¿Quién le había sugerido esa estúpida forma de calificar a los demás? ¿Pretendía que se comportaran de acuerdo a sus juicios aquellos que lo consideraban ridículo? Si no hubieran tenido como norma rehuir toda conversación con él habrían sabido que tomó la idea de la escuela. Para mantener el orden en clase, los maestros escribían en el pizarrón dos listas que establecían de modo tajante su evaluación de la conducta del grupo. En una columna ponían los nombres de los “buenos”, añadiéndoles sendas palomas cuando la bondad alcanzaba excelencias. En otra consignaban a los “malos”; los más sobresalientes villanos tenían junto a su nombre un cementario de cruces. Benito, por supuesto, había figurado siempre entre los “buenos”. Aunque —según la explicación de su madre— un enfermizo afecto por los maestros lo había hecho repetir cuatro veces el tercer año de secundaria, nadie podía negar por ello que su conducta era intachable. Cruzado rígidamente de brazos, permanecía impasible como un soldado raso hasta que la campana señalaba el descanso; entonces veía su nombre condecorado y se llenaba de orgullo: pertenecía a la crema y nata de su salón, que nadie le dirigiera la palabra si no tenía su rango.

Su madre se extrañó la primera vez que vio el pizarrón colgado en la puerta de la casa . . . y más tarde se horrorizó al descubrir su función. Ahí, como en la escuela, Benito clasificaba a los muchachos del barrio. Aquellos que se burlaban de él eran “malos”; los que lo trataban cortesmente o por lo menos no lo molestaban, veían premiada su actitud en la columna contraria. La implantación de la pizarra causó júbilo entre los vecinos: lo que antes era un caso ridículo sólo para los jóvenes llegó a conocimiento de los adultos. Es verdad que algunos reprendían la crueldad de sus hijos, pero casi siempre los regaños terminaban en risas de complicidad que aprobaban tácitamente su conducta. Cada tarde, al regresar del colegio, Benito hacía los ajustes que requerían las variaciones en el comportamiento de la colonia. Cada tarde, los mencionados acudían gozosos, pero fingiendo gravedad, a descubrir en qué columna figuraba su nombre. Su regocijo se duplicaba si aparecían en los “malos”; era digno de lucirse tener bajos los bonos en el ánimo de Benito, varias cruces daban un status de pependenciero y bromista que todos querían alcanzar. Ser “bueno” producía el efecto contrario: los pocos premiados con ese mote ganaban una reputación de seriedad nada favorable según el veleidoso criterio juvenil de “Cumbres. . .”. Benito no tenía conciencia del ridículo; al comprobar que los vecinos consultaban su pizarrón creyó que su opinión tenía peso sobre la moral del barrio. No tenía dudas: había creado un espejo en el que se reflejaban los defectos y las virtudes. Lo único en lo que no se equivocaba era en el enorme interés que despertaban sus listas. Eran tomadas como un medidor de la popularidad, el “hit-parade” en el que sólo figuraban los más audaces, simpáticos y faltos de escrúpulos. Ahí podían chearse las fluctuaciones de “rating” de los jóvenes más admirados de la colonia. Lo peor para Benito era lo mejor de lo mejor para el sentir adolescente. Una cruz menos molestaba. Ser borrado de los “malos” era tomado como un insulto. Algunos hasta sentían deseos de reclamarle a Benito que no reconociera sus empeños por molestarlo. ¿No soy acaso quien más te ha jodido esta semana?, le hubiera querido decir más de una vez alguno de los afectados. Pronto el espacio del pizarrón fue insuficiente para contener el grupo de los condenados por Benito. Nadie que aspirara a ser alguien en Cumbres del Valle podía estar fuera de la lista negra, sólo alguien que quisiera ser nadie. Y nadie quería ser nadie. La minoría que había sentido lástima por él y lo había tratado con benevolencia en consideración a su tumor se convirtió en la vanguardia imaginativa y sarcástica de sus enemigos. Fueron quedando tres, dos, un solitario “bueno” que, para colmo, era el hijo del dueño de la misce-

lánea, un pobre paralítico que rara vez salía a pasear en silla de ruedas. Fue al llegar a este punto cuando cambió drásticamente la actitud de Benito. ¿Se daría cuenta de todo en un momento de lucidez? ¿Habrá sido desengañado por alguno de sus hermanos que se avergonzaba del juego?

Cualquiera que haya sido el motivo, el hecho es que todo “Cumbres. . .” se sorprendió con su repentino cambio de parecer. Un lunes por la tarde, todos los que habían estado el día anterior en la columna de “malos” pasaron de golpe a la de “buenos”, quedándose el paralítico con el monopolio de la maldad. Las cruces que antes marcaban los distintos niveles de infamia se habían convertido en las palomas que premiaban una inexplicable virtud. Un sentimiento de indignación y estupor se apoderó de los muchachos. Las primeras reacciones, producto de la precipitación y de la furia que les produjo el cambio, fueron el recrudecimiento de las ofensas a Benito y la preocupación de los damnificados por justificar ante sus amistades el ignominioso título que les había sido impuesto. El mayor cristal de la casa de Benito fue quebrado por una piedra que traía sujeto un papel en el que Federico Alpuche se atribuía el acto. Un alud de llamadas telefónicas mantuvo despierta esa noche a la familia Ampudia. “Benito es puto y retrasado mental”, oían sus hermanos al descolgar la bocina, y enseguida venía la identificación del hablante. Los resultados de la campaña de agresiones fueron desastrosos para quienes la emprendieron. Al día siguiente fue inaugurada una nueva columna en el pizarrón de Benito: la de los “muy buenos”. La encabezaban Federico Alpuche, Oscar Terán y Samuel Alcántara, sus más empecinados detractores. Esta vez no se produjeron reacciones violentas. El nuevo casillero causó incertidumbre, perplejidad, desconcierto. Nadie podía consolar a los afectados por el nuevo capricho de Benito. Si figurar como “bueno” era un desprestigio, estar entre los “muy buenos” resultaba desagradable y sumamente penoso; quedaban como íntimos de Benito cuando su mayor empeño había sido demostrar que lo despreciaban más que nadie. Lo más insoportable de su situación era que ya no sabían cómo respondería Benito si volvían al ataque. Su estupidez —estaba comprobado—, era infinita; bien podía entrenar la columna de “muy pero muy buenos” si volvían a hostigarlo. Durante una semana permanecieron a la expectativa. Todas las tardes acudían a checar las listas con la esperanza de ver alguna novedad y se alejaban con el mismo gesto decepcionado. Federico Alpuche fue quien primero sufrió las consecuencias de ser “muy bueno”. Una mañana, camino de la escuela, oyó una voz femenina que le decía: “A ver cuándo me presentas a tu nuevo amiguito”. Al voltear descubrió que la autora del comentario era Leonor Aceves, la dueña de las mejores nalgas y la peor reputación de la colonia. Su tono de voz y la forma como le dio la espalda sin darle oportunidad de responder lo hicieron comprender que hasta entre las mujeres se había desacreditado. Su posición en la pizarra lo había afectado incluso en el importantísimo terreno sentimental. Toda esa noche estuvo meditando cómo solucionar su caso. Tenía dos opciones: hablar con Benito y convencerlo de que nadie tenía más merecimientos que él para estar en los “malos”, o recurrir otra vez a la violencia. Decidió reincidir: en una cartulina dibujó la figura de Benito con un tumor casi tan grande como su cuerpo que sobresalía como un pepino entre su mata de pelo. Iba decidido a colgar la caricatura junto al pizarrón con su firma al calce, cuando una intuición lo hizo detenerse y regresar a casa.

No era por la mala como volvería a ser de los “malos”. Si sus presentimientos no lo engañaban él había sido el primero en comprender las nuevas

reglas del juego. Sabía que a Benito le fascinaban los rompecabezas. Compró uno de dosmilquinientas piezas a la mañana siguiente. Lo encontró cuando salía de su casa cargando una pesada mochila. Tras de cruzar unas cuantas palabras se lo entregó y se alejó corriendo, atento a las ventanas por las que, para su fortuna, no se asomaron testigos que lo hubieran arruinado todo. Se había jugado la última carta: la de suponer que Benito no era tan imbécil y había notado que su pizarrón, interpretado a la inversa, funcionaba como termómetro de popularidad en Cumbres del Valle. Era un albur, pero siendo “muy bueno” ya, nada podía perder en el intento. Esa misma tarde comprobó lo acertado de sus sospechas. Acompañado por cuatro preciosas cruces, su nombre había vuelto a su colocación primitiva: el entrañable compartimiento de “malos” de donde nunca debió ser borrado. Terán y Alcántara contemplaban incrédulos la rectificación; estaban pálidos de la envidia. Junto a ellos pasó Federico pavonéandose de su triunfo. “Otra vez me odia el pinche unicornio”, les dijo al pasar, lanzándoles el nuevo apodo como una bofetada que remarcaba ese momento de gloria.

A juzgar por el cambio que se produjo en las semanas siguientes, Federico no fue el único en comprender las nuevas condiciones de Benito Ampudia. A diario se registraban regresos al campo de “malos”, sin que nadie se atreviera a revelar de qué se había valido para conseguirlo. El desprecio público hacia Benito iba teniendo como reverso una estimación secreta, materializada en un mercado negro de atenciones y regalos que él aceptaba con una mezcla de inocencia y cinismo. Marcos Beltrán lo acompañaba una hora diaria a ver televisión, entrando y saliendo furtivamente de su casa. Saúl Trejo, quien surtía de mota a los macizos de la colonia, quiso regalarle medio kilo de marihuana que desde luego Benito rechazó. Oscar Terán, haciendo prodigios para pasar desapercibido, lo llevó con una putas cuyo aspecto y olor le produjeron náuseas. Cada buena acción se reflejaba de inmediato en el pizarrón, lo que hizo crecer de nuevo la columna de “malos” y despoblar la columna opuesta, que volvió a ocupar en exclusiva el inválido de la miscelánea. En cuanto a los vituperios en público, nunca alcanzaron tal poder corrosivo como entonces. Los chistes, apodos, imitaciones y dibujos sobre Benito florecieron con mayor esplendor que antes: algunas de las novias, que siempre habían fingido compasión, se adhirieron a la jubilosa legión que había encontrado en agredirlo un remedio contra el aburrimiento, un punto de identificación mejor que el programa de moda o el ídolo de la canción en turno:

¿Ya te sabes el último chiste de Beni?; está in-cre-í-ble.

A mi antes me daba pena pero ahora ya me da risa el pobre.

Llegó a ser un ingrediente esencial en toda conversación, el plato fuerte de cada reunión era hundirle una buena andanada de incisivas y penetrantes puñaladas verbales. Fue más importante que nunca ocupar un puesto destacado en la tabla del escarnio, sobresalir en ella con la mayor cantidad de tachones posible. Además de un incremento en el valor de los obsequios clandestinos, se desató una batalla desleal consistente en delatarse unos a otros ante Benito. Cada delator revelaba la verdad sobre los demás con la esperanza de quedarse solo en la lista como un príncipe del mal, amo absoluto de la simpatía, el atrevimiento y el desparpajo. Al cruzarse las acusaciones, nadie quedó a salvo de ser descubierto. El mismo que ayer había revelado a Benito los horrores que se decían a sus espaldas, era hoy acusado como el más empeinado en denigrarlo públicamente. En el pizarrón podía detectarse quiénes

eran los traidores, quiénes los traicionados. Pese a que se guardaba secreto sobre los sobornos, todos sospechaban de todos y al verse figurar en el casillero de "buenos" se sabían víctimas de algún soplón y se apresuraban a pagarle con la misma moneda. Fueron momentos de inestabilidad y confusión hasta para el propio Benito, quien empezó a perder la brújula para distinguir quién estaba comportándose bien y por ello merecía la inclusión en la columna del mal, y quién debía ser castigado por malo como "bueno". Más que confuso, Benito estaba desilusionado como un niño que descubre la identidad de los Reyes Magos. Se había resignado al juego de corresponder a las gentilezas de sus amigos fingiendo detestarlos porque suponía que así lograría una mínima aceptación en el ambiente de "Cumbres . . .". Enterarse de los nuevos chistes, saber que los ingenios de la colonia trabajaban a marchas forzadas para fabricarle apodos y no había quinceañera que no imitara su tartamudeo, debe haberlo deprimido al extremo de hacerlo pensar en descolgar el pizarrón, retirarse de la noble actividad de juzgar el comportamiento ajeno. No lo hizo, pero tomó una decisión tan atroz como el retiro.

Dando una prueba de sangre fría, se autocatalogó como "malo" y escribió su nombre en esa columna. Nadie supo nunca con certeza si Benito lo hizo para castigarse por haber explotado ilícitamente su poder judicial, o sí, abrumado por la opinión de los demás, resolvió darles la razón y considerarse nauseabundo, grotesco, repelente y como consecuencia . . . "malo". En todo caso, estas hipótesis se formularon mucho después. Al conocer la autoflagelación de Benito nadie tenía humor para hacer especulaciones. Su anotación fue tomada como un fraude por los que, a base de obsequios y adulaciones, habían alcanzado una mención permanente en la mala columna. Todo el prestigio que traía consigo una nominación en ella se convirtió en motivo de vergüenza. ¿Qué objeto tenía figurar entre los aborrecidos por el unicornio Ampudia si él mismo se incluía en ese grupo? ¿Había entonces alguna diferencia entre los juzgados y el juez? El dilema era irresoluble. Si se buscaba un lugar en los "buenos" para huir de la compañía de Benito se bajaba de puesto en lugar de ascender. Si se continuaba en la lista de "malos" a base de regalos y delicadezas con él, jamás se le podría aventajar en cruces, pues la constante corrupción lo haría sentirse más y más despreciable. Lo más lógico, en estas circunstancias, hubiera sido que el pizarrón perdiera todo interés para la juventud de Cumbres del Valle. Pero no fue así.

La ceguera no era el único atributo intelectual de aquellos jóvenes. Los más intuitivos debieron comprender que la falta del pizarrón produciría un vacío en el ambiente imposible de llenar; no sólo quedarían atrapados en las redes del tedio: les faltaría el código para fundamentar el criterio sobre sí mismos, la clave para distinguir quién era quién. Se hicieron toda clase de intentos por convencer a Benito de que era un ser ajeno a toda maldad; se le explicó detenidamente que no había recibido sobornos, sino pruebas de un afecto que él creía sincero; se le sugirió incluso que devolviera los regalos malhabidos para dejar limpia su conciencia. Ninguno lo confesó, pero todos se acercaron para exponerle distintos argumentos que demostraban su inocencia de un modo contundente. Fue una labor colectiva que cada uno creyó personal. Se necesitó infinita paciencia y poder persuasivo para doblegar las inflexibles convicciones de Benito, pero finalmente se logró que cediera. El pizarrón continuó, ahora con la pureza y la ingenuidad de sus inicios. De nuevo, los más hostiles con Benito fueron "malos" y los indiferentes llanamente "buenos". Otra vez la columna de los "malos" creció hasta casi saturarse. Digo casi, porque todavía quedaban tres o cuatro "buenos" cuando Be-

nito fue llevado al sanatorio. La versión que su familia dio fue que se iba a un retiro con sacerdotes jesuitas. En realidad se trataba de una operación altamente riesgosa para extirparle el tumor, que corría peligro de volverse maligno si no se intervenía.

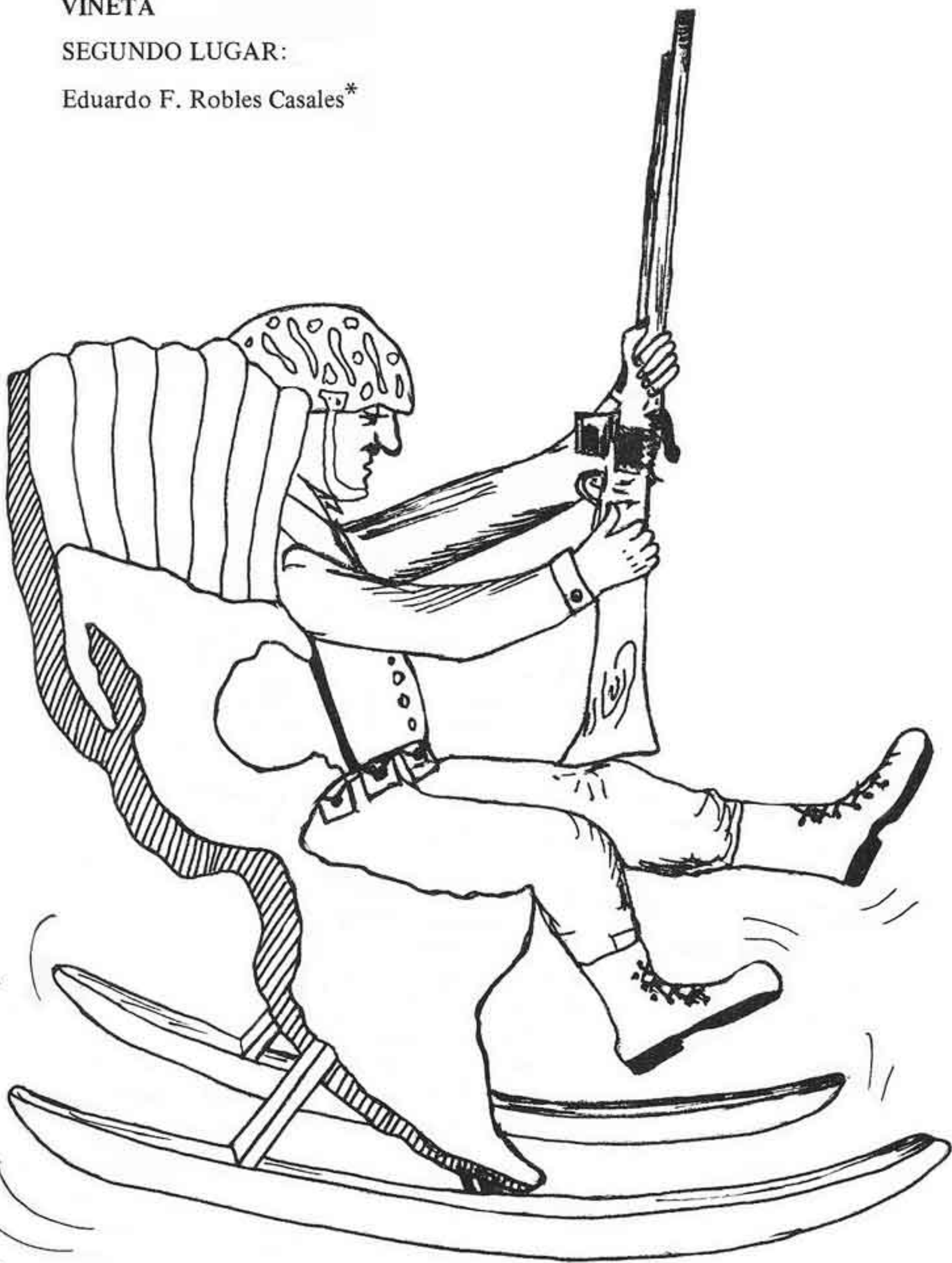
La operación hubiera resultado un éxito, a no ser por el botón de la bata del neurólogo que cayó entre los pliegues del cerebro de Benito sin ser advertido por el personal del quirófano. Los insultos, protestas y amenazas altisonantes que todos los familiares lanzaron contra el doctor al conocerse la causa de la muerte hubieran hecho pensar a cualquiera que no se sentían liberados de un lastre, íntimamente agradecidos por el accidente. Cuando la noticia corrió por la colonia, todavía estaba colgado el pizarrón que mostraba el balance final de los juicios de Benito. Fue necesario que él muriera para que al fin su evaluación fuera considerada con toda rectitud. La crueldad de los que habían quedado consignados en la columna de “malos” no tenía perdón. A los ojos de “Cumbres” aparecían como cómplices del homicida doctor. Además, la prueba de su infamia era inborrable. Benito no resucitaría para ponerlos como buenos y morir después. A pesar de que ahora todo el barrio los tenía en la lista negra, algunos “malos” fueron al entierro, si bien es cierto que tuvieron la prudencia de observar desde lejos cómo se hundía el ataúd. No llegaron al cinismo de acercarse al cortejo para dar un pésame que la familia, no guardando ningún rencor, hubiera recibido gustosa. Es posible que se hayan sentido atormentados en los meses que siguieron al fallecimiento, pero ninguno dio muestras de nerviosismo o desequilibrio. Aunque tenían sobre sí el inalterable veredicto de Benito, no parecía pesarles tener un enemigo en el otro mundo, ni se podía deducir de su actitud que algunos sintieran culpa por haberle hecho la vida insoportable. Por un mínimo decoro, nadie volvió a mencionar a Benito ni para bien ni para mal. Junto con su cuerpo, desapareció también su recuerdo.

Después, el tiempo separó a los muchachos de “Cumbres” y el destino los lanzó a la aventura de su realización personal. Hoy sus nombres figuran ya no en un pizarrón, sino en diversas nóminas de empresas donde, cada mañana, se presentan sudando dinamismo y espíritu de servicio con la esperanza de alcanzar el peldaño siguiente del organigrama. A juzgar por su expresión apacible y resignada, deben sentirse satisfechos con las familias saludables que ahora encabezan. Empieza el atardecer de sus vidas, y con él una profunda siesta. El consenso de sus vecinos es que son gentes sencillas, o para decirlo más claramente, buenas personas. Tal vez muy pocos recuerden ya el caso de Benito, o finjan haberlo olvidado, pero es probable que en algunos momentos de lucidez, cuando su buena mujer les permite llegar a la cuarta cerveza, sientan que un joven cruel como lo fueron ellos es quien ahora los juzga en un pizarrón, y pueden verlo entre brumas añadiendo a sus nombres una interminable fila de cruces.

VIÑETA

SEGUNDO LUGAR:

Eduardo F. Robles Casales*



ARUÑO.
SOS... AMÉRICA LATINA

*Alumno de la Escuela Nacional Preparatoria No. 9 de la UNAM.

TEATRO

1er. LUGAR

A lo mejor todavía

(tránsito teatral en un acto)

por Daniel González Dueñas*

para Lourdes y Edgar

FUENTES:

citas directas: Jean Paul Sartre, *La Náusea*, 1938 (Voz masculina)

otros autores citados: Yeats, Píndaro y Blas Goñi.

Ya antes de nacer los augustos hermano y hermana conocieron el abrazo nupcial en la morada del vientre materno, donde por cierto reinaba tanta oscuridad y lubricidad como en la casa de la lengua, o en la hondura de los pantanos. Pero la oscuridad es sagrada, y una unión que se inspira en semejante prototipo es extremadamente considerada a los ojos de los hombres. (. . .)

Thomas Mann, 1936

Todos hemos vivido en la infancia una experiencia de cuya pérdida no nos consolaremos nunca. Podemos negarla, pero no podemos consolarnos, y quizá solo por eso la negamos. Esta experiencia es la del reconocimiento. El mundo maternal es el mundo del reconocimiento. (. . .) Un niño abandonado llora cuando tiene hambre, le llora al mundo, le pide tela al mundo. (. . .) Para el niño todavía no es verdad que "obras son amores". Se siente reconocido en su ser, sin tener que pasar por el rodeo del hacer.

Después, este mundo se quiebra. (. . .) (El niño descubre) que detrás de ese mundo originario hay otro, donde para ser reconocido no es lícito mostrarse, sino que tiene que demostrarse; donde para mostrar cómo se es no es válido desnudarse, sino escoger las formas de vestirse: vestirse más y más; donde se le piden (en lugar de dársele) cartas de identidad; donde el amor debe ser perseguido en lugar de salir a su paso; donde hay que darse a conocer y donde un margen separa siempre esta mostración de su reconocimiento. Es un mundo de orfandad, el mundo donde "nunca nadie es reconocido" (Camus), el mundo del "malentendido". El hijo del amor ha perdido su origen. (. . .)

Tomás Segovia, 1965

*Alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

PERSONAJES:

ANNY, muchacha de 15 años, delgada, hermosa, de mirada intensa y cabello largo:

AMBROSIO, su hermano, de 17 años, alto, de aspecto enfermizo.

La época es indefinida, aunque ciertos elementos de vestuarios y utilería sugieren los años treinta.

ACTO UNICO

El escenario totalmente a oscuras. se escucha, muy leve al principio y en aumento, un rumor de viento apagado. Mientras se va iluminando muy gradualmente el espacio escénico, se escucha la siguiente voz masculina, reposada, honda, no impostada:

VOZ:

¿Es ésto la libertad? A mis pies los jardínes descienden blandamente hacia la ciudad, y en cada jardín se levanta una casa. Veo el mar, pesado, inmovil; veo la ciudad. Hace buen tiempo. (PAUSA LARGA) Soy libre: no me queda ninguna razón para vivir; todas las que probé aflojaron, y ya no puedo imaginar otras. Todavía soy bastante joven, todavía tengo fuerzas bastantes para volver a empezar. Pero ¿qué es lo que hay que empezar? (PAUSA) Mi pasado ha muerto. Estoy solo en esta calle blanca bordeada de jardínes. Solo y libre. Pero esta libertad se parece un poco a la muerte.

El escenario se ha iluminado por completo: una luz blanca y muy difusa, fría, un cuarto blanco, sin adornos. Las dos paredes laterales tienen una puerta cada una. La pared del fondo tiene dibujado un diseño de bien tamaño, con las siguientes características: se ve un pasillo en perspectiva que parece terminar al fondo, en una puerta negra a medio abrir. El piso de este pasillo está formado por mosaicos alternativamente blancos y negros. El panel de los mosaicos está diseñado de tal forma que moviendo desde atrás pequeños fragmentos deslizables, se descubren por delante dibujos de pisadas que aumentan de tamaño de arriba hacia abajo (aparecen acercarse por el pasillo): en los mosaicos negros, la huella que aparece es blanca, y al contrario el diseño de la huella es de tal forma que pueda a la vez funcionar como pasos que se acercan y pasos que se alejan. Este efecto de un personaje invisible que se acercara o alejara por el pasillo, se usará más adelante.

En el centro del cuarto, un poco a la izquierda, una cama de hospital con mantas desgastadas y revueltas. El único elemento escenográfico restante es el de cajas de cartón, grandes. Contienen otras cajas del mismo material, una dentro de otra en tamaño decreciente. Son lisas y sin ningún rótulo.

Un poco después de terminar la voz, se escuchará acercarse a Anny . Lleva el cabello recogido tras la nuca, blusa y falda austeras, un delantal con bolsas, sandalias. Lleva un manojito de cartas en la mano.

ANNY:

(Desde afuera) ¡Ambrosio! ¡Ambrosio! (entra por la puerta de la izquierda) Ambro . . . (se da cuenta de que el cuarto está vacío) . . . sio. (va hacia la otra puerta, trata de abrirla. No lo consigue: está echado el cerrojo. toca) Ambrosio . . . ¿estás ahí? Han llegado noticias . . . (no hay respuesta) ¿Ambrosio? (oye atentamente pegando el oído a la puerta. desiste) Bah, es inútil. (mira las cartas. Examinándolas, va hacia la cama, se acuesta en ella boca abajo) Mamá escribe desde el extranjero. Está en . . . (mira el sobre) . . . El Cairo Manda saludos dice que hace un terrible calor. Dejaré las cartas sobre la cama, para que las leas cuando quieras. . .

Anny espera un momento. No hay respuesta. Se baja de la cama, va hacia la puerta de la izquierda, y en el trayecto parece ocurrirle algo. Maliciosa, llega hasta la puerta que había quedado abierta, toma la perilla y le dá un cerrón sin haber salido. Espera. inmóvil y callada, mirando la puerta de la derecha. Nada sucede. Anny se desespera.

ANNY:

Eres odioso, ¡jamás caes en mis trampas! ¡pareces conocerme muy bien!

Anny sale dando un portazo.

El escenario permanece vacío durante un momento. Luego, se escucha una música lenta que a partir de ahora se identificará con la voz masculina que oímos al principio, y que comienza un poco después:

VOZ:

Hoy mi vida llega a su fin. Mañana habré dejado esta ciudad que se extiende a mis pies, donde viví tanto tiempo. Ya no será más que un nombre, rechoncho, burgués, muy de ciudad, un nombre en mi memoria, menos rico que los de Florencia o Bagdad.

(Pausa larga) Llegará un día en que me pregunte: “Pero, cuando estaba en la ciudad ¿qué podía hacer durante todo el día?” (Pausa) y de este sol, de esta tarde, no quedará nada, ni siquiera un recuerdo.

Silencio. se oye el sonido del cerrojo de la puerta de la derecha al descorrerse abre la puerta, sale Ambrosio. Lleva una bata sucia y descosida, la barba adolescente descuidada. El pelo revuelto, una pijama sucia y pantuflas viejas. Sin vacilar, va hacia la otra puerta y la asegura con una llave que lleva atada a a la muñeca. Luego, se recarga en la puerta, sonrío. A pesar de su palidez enfermiza y aspecto delgado, hay un brillo intenso en su mirada. Sus rasgos son finos, y a pesar de todo, guardan relación con los de Anny.

Ambrosio camina hacia la cama con paso cansado. Va a recostarse, como si sus movimientos anteriores hubieran sido demasiado para él, pero su mirada encuentra las cartas que Anny ha dejado sobre la cama. Toma la que Anny leía: Varios pliegos de papel repletos de una intrincada caligrafía. Durante un momento lee con indiferencia. Poco a poco va sonriendo. Y termina por reír a carcajadas. Aguantando a duras penas la risa, lee en voz alta:

AMBROSIO:

“Hace buen tiempo, brilla el sol como una margarita. El occidente limpio de nubes anuncia que el buen tiempo continuará toda la temporada. Está mal el día, el tiempo está lluvioso. Hace mucho frío. Llueve a cántaros. Ha estado lloviendo toda la noche. Hiela. Está el tiempo de nieve, está nevando. Algunos han visto caer piedras del cielo. Arrecia el viento. Relampaguea y truena, y mi paraguas se ha estropeado por la arena que es como vidrio molido.”

Ambrosio rompe a reír de la última frase, que repite entre carcajadas que lo sofocan y parecen agotar más aún. Cuando calma un poco, continúa:

AMBROSIO:

“Hace tanto frío que se han helado el agua y el vino. ¡Venció el sol al viento norte! Esta casa en que me encuentro está en invierno soleada y en verano cubierta por las sombras. En la mañana hubo primavera; ahora que me siento a escribir es de tarde, y ha comenzado el otoño. En la noche volverá el invierno insoportable”.

Ambrosio le dá otro acceso de risa. Se oyen golpes en la puerta de la izquierda, desde afuera. La perilla se mueve. Ambrosio ríe haciendo una parodia de lo que ha leído.

ANNY:

(Desde afuera) ¿Ambrosio? ¡Ambrosio! ¿qué pasa? ¿estás bien? ¡abre!

Anny golpea en la puerta con mayor fuerza. Bruscamente, Ambrosio deja de reír. Grita:

AMBROSIO:

¡No! ¡No abriré! ¡Estaré encerrado hasta morirme de hambre! (golpes desesperados en la puerta) ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Déjame en paz!

Como los golpes continúan, Ambrosio se levanta de la cama, enfurecido. Toma cajas y las lanza hacia la puerta. Estas se estrellan con estrépito apagado, y algunas se abren dejando ver las cajas de menor tamaño que tienen dentro. Los golpes cesan. Ambrosio se deja caer en el suelo de rodillas, agotado. Mira las cartas que han caído y a gatas las va reuniendo. Con movimientos indiferentes al principio y desquiciados al final, saca las cartas de los sobres y va haciendo una gran bola con ellas. Se levanta trabajosamente y sale por la puerta de la derecha (el baño). Deja la puerta abierta. Se escucha varias veces el ruido de correr el agua por un retrete, hasta que este sonido nos hace entender que la cañería se ha tapado. Ambrosio grita desde ahí:

AMBROSIO:

¡Se tapó el caño! ¡El agua negra se desborda y encharca el piso! ¡Anny! (Pausa. Continúa el sonido del agua Ambrosio vuelve a gritar desgarradoramente:) ¡ ¡ ¡ AAANNYYYYY!!!

Se hace el silencio. El último sonido de agua se mezcla con la música que acompaña a la voz masculina que ya hemos oído al poco tiempo entra esta VOZ:

VOZ:

Toda mi vida está detrás de mí. La veo entera, veo su forma, veo los lentos movimientos que me han traído aquí. (Pausa larga) Hay pocas cosas que decir de mi vida; una partida perdida, eso es todo. Hace ya tanto que entré en esta ciudad, solemnemente. Había perdido la primera vuelta. Quise jugar la segunda, y también perdí: perdí la partida. Al mismo tiempo, supe que siempre se pierde. Solo los ilusos creen ganar. Se pierde un poco más, un poco menos. Ahora voy a hacer como los ilusos: me sobreviviré. Comer, dormir. Dormir, comer. Existir lentamente, dulcemente, como esos árboles, como un charco de agua, como el asiento rojo del tranvía.

Un poco después, termina la música suavemente en la pared del fondo, en el panel del dibujo de la perspectiva del pasillo, se descorren rápida y entrecortadamente los fragmentos que develan las huellas, de tal manera que estas van apareciendo de golpe, una a una, como si en realidad alguien que no podemos ver caminara hacia adelante dejando solamente las huellas de sus zapatos. Este efecto se subraya con un sonido muy nítido, agudo, reverberante, de pisada, cada vez que se ve aparecer una huella. Una vez que el personaje invisible llega hasta "adelante", el sonido de la última pisada resuena vivamente.

Se mezcla a este último sonido otra música (se sugiere el canto de los adolescentes, de stockhausen).

Hay un cambio casi imperceptible en la luz general, que era blanca y ahora se colorea de un tenue amarillo. Anny golpea suavemente desde afuera la puerta de la izquierda.

ANNY:

Ambrosio . . . ¿qué haces?

Se escuchan sonidos de agua encharcada que se remueve y golpea levemente. Ambrosio contesta desde el baño, fuera de la vista del público aún, con un tono profundamente infantil sereno, indiferente.

AMBROSIO:

Estoy jugando un partido de pelota.

ANNY:

(Animándose un poco) ¿Y quién gana?

AMBROSIO:

¿Quién gana? Yo pierdo; el partido es desigual.

ANNY:

Si quieres, jugaremos a las cartas, como antes . . .

AMBROSIO:

¿A cuánto?

ANNY:

A par o non, a las tablas o a las adivinanzas. ¿Quieres?

AMBROSIO:

¿No sabes jugar al ajedrez?

ANNY:

No me gusta . . . (Soñadora) Me gusta más correr.

AMBROSIO:

Entonces juguemos a la pelota.

ANNY:

¡Ni pensarlo! Sabes que me canso muy pronto . . .

AMBROSIO:

¡Yo soy el enfermo! ¡Se supone que debes consentirme.

ANNY:

(Sería de pronto) El trabajo de la casa me agota; últimamente no he estado bien. (Muy bajo:) Me siento sola.

Ambrosio sale del baño. Tiene los pies mojados y deja un rastro en el suelo. Mira fijamente a la puerta de la izquierda.

AMBROSIO:

¡Vayamos de paseo, como antes! Hace tanto que no salimos . . . tú me tomarás de la mano y me irás enseñando los lugares . . . (se va iluminando, como mirando lo que enumera) . . . la laguna, el bosque, la gran carretera que va a la ciudad . . . la floresta donde la tierra se viste de flores y canta suavemente el ruiseñor . . . ¡qué hermosura!

ANNY:

También transformada, sin el tono autocompasivo) ¡Sí! y si quieres, nos sentaremos a fumar a escondidas la pipa del abuelo bajo un manzano.

AMBROSIO:

(Sonríe mirando a lo lejos, pero de pronto piensa algo y vuelve a clavar los ojos en la puerta) ¿A . . . escondidas? ¿A escondidas de quién?

ANNY:

Abre, Ambrosio . . . iré por la pipa y saldremos de paseo, pero déjame entrar . . .

AMBROSIO:

(Receloso) ¿No me engañarás, como siempre? Apenas te abro irrumpes en el cuarto y me amarras a la cama.

ANNY:

No, no te engañaré te lo juro.

AMBROSIO:

Mira la llave que cuelga de su muñeca, y titubéa.

ANNY:

Abre, Ambrosio, confía en mí.

Ambrosio se acerca a la puerta lentamente, haciendo a un lado con el pie las cajas que obstruyen el camino. Se detiene ante la puerta y sigue titubeando. Mete la llave en la cerradura y aún tarda en decidirse a darle la vuelta. de golpe, lo hace. Anny abre y entra vertiginosamente, pateando cajas eufórica. Lleva las manos en las bolsas del delantal. Termina la música.

ANNY:

(Disparando las palabras) ¿Iremos a pie, a caballo, en coche, en bicicleta o en automóvil?

AMBROSIO:

(Se deja llevar por el tono) Montemos a caballo, ¿sí? Hace tanto tiempo que . . .

ANNY:

(Interrumpe, entusiasmada) ¡Mi caballo es ligerí—si—mo! Obtuvo el primer premio en el concurso hípico.

Ambrosio, travieso, cae de rodillas frente a Anny y le toma uno de los pies. Examina la suela y hace un gesto despectivo.

AMBROSIO:

Pero ¿quién lo ha herrado tan mal?

ANNY:

(Se escabulle, se mira los pies y las manos) Mentira, lo que pasa es que la arena gasta las herraduras, es como vidrio molido.

Ambrosio se le queda mirando y se ríe. Anny se coloca a gatas en el suelo.

ANNY:

Favor de abordar el coche. El paseo está por iniciarse.

Ambrosio se monta en ella. A partir de este momento, usan una gran riqueza y variedad de tonos y actitudes. El ritmo debe ser muy acelerado, muy vivo, con marcados cambios y matices.

AMBROSIO:

Deseo un boleto de primera.

ANNY:

¿De dónde viene usted? ¿A dónde quiere ir?

AMBROSIO:

Vengo de la ciudad, trabajo en la fábrica y la jornada ha terminado. Quiero ir a mi casa, como todas las noches. Mi mujer me debe estar esperando con la sopa caliente y mi par de buenas pantuflas ante la chimenea. Además, quiero llegar antes de que mis hijos se duerman.

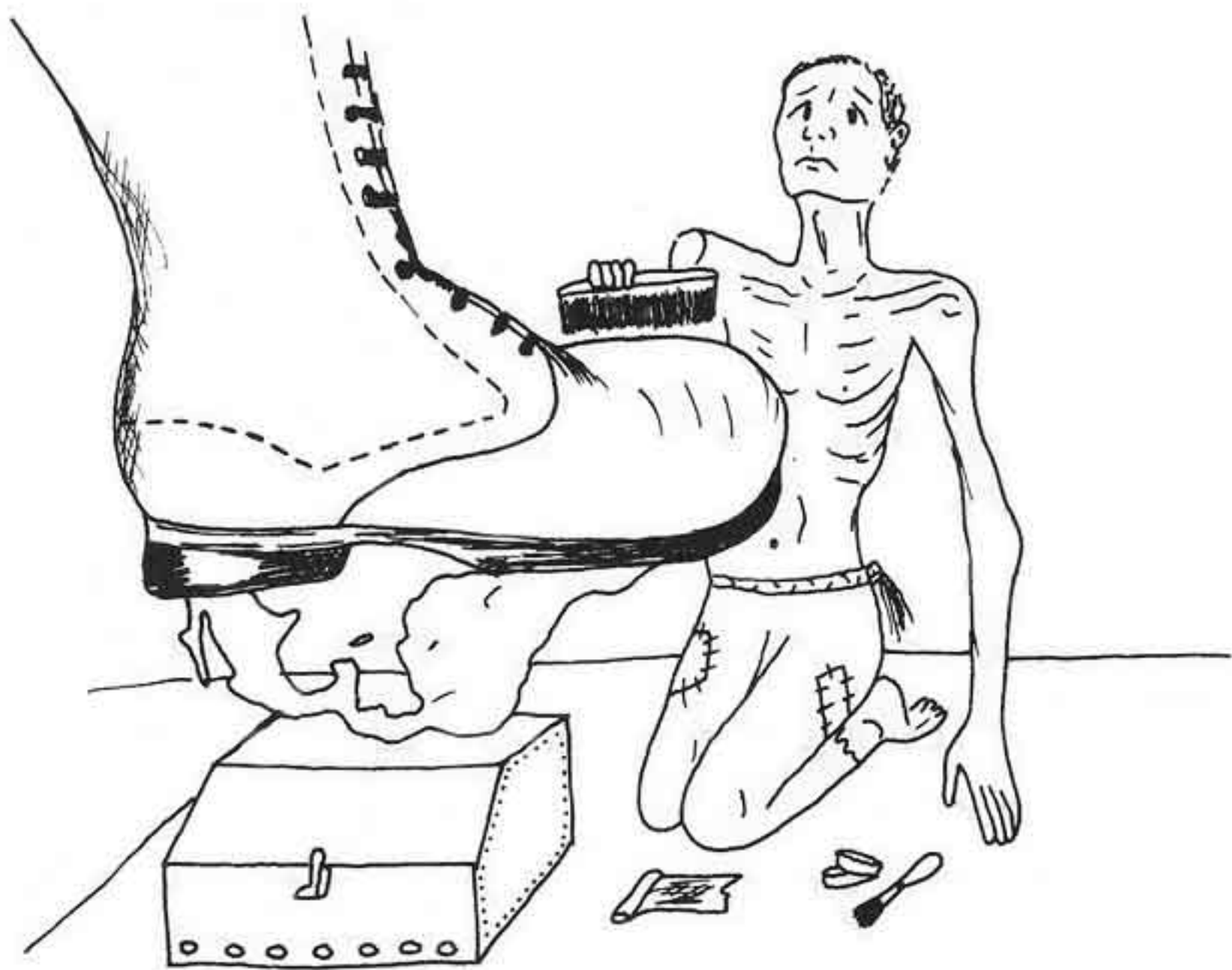
ANNY:

¿Tiene usted hijos pequeños?

AMBROSIO:

Oh, sí, dos hermosos pimpollos, un varón y una damita que han heredado los ojos de su madre y mis manos . . . (se las mira con satisfacción) . . . manos duras, dispuestas tanto para golpear como para acariciar . . .

Anny se echa de bruces al suelo, y Ambrosio mima seguir "sentado" en ella sin darse cuenta de que ya no tiene soporte al tiempo que Anny habla, Ambrosio se da cuenta y es hasta entonces que cae al suelo rodando sobre la muchacha.



ARUNO.
SOS... AMERICA LATINA

ANNY:

¿A qué hora sale el tren?

AMBROSIO:

(Aprovecha su impulso al caer y termina a gatas) ¡Ahora mismo! ¡Señores pasajeros, al tren!

ANNY:

(Se coloca a gatas de nuevo) ¡Adiós! ¡Buen viaje! ¡Adiós!

Se inicia una música rítmica y acelerada. Ambos comienzan a producir una hilarante secuencia de sonidos de ferrocarriles. Viajan en círculos por la habitación. A veces pasan por encima o por debajo de la cama, a veces están a punto de chocar y se esquivan haciendo cabriolas acrobáticas. Lanzas las cajas a su paso. No se notan en lo absoluto débiles o enfermizos: se transfiguran, en un momento dado dan dos vueltas contrarias y sin darse cuenta se dirigen uno hacia el otro mirando el piso. Parece que van a chocar irremisiblemente, pero un segundo antes del impacto se detienen, a un par de centímetros de distancia. Al hablar, levantan la cabeza y la vuelven a bajar al terminar, y luego adoptan posturas como muñecos mecánicos que se animaran sólo al decir su parlamento.

ANNY:

¿Cómo se llama esta estación?

AMBROSIO:

Es la estación de Bouville, señora.

ANNY:

Ah, qué bien. . . Aquí me quedo. Haga favor de bajar mi equipaje.

AMBROSIO:

¿Cuántas maletas son?

ANNY:

Catorce, más el secretér.

AMBROSIO:

Inmediatamente.

ANNY:

(Suspira) Casi llegaré antes que mi última carta.

AMBROSIO:

El servicio de correos está muy despejado en esta época de año. ¿Vive usted en esta localidad?.

ANNY:

Oh, sí, en la casa de la colina. Usted debe haberla visto, esa hermosa mansión de antepechos dorados y fresnos en el jardín.

AMBROSIO:

Claro que la conozco, todos en la ciudad la conocen. Pero ¿qué, no está deshabitada?

ANNY:

He estado de viaje, ¿sabe? Mis hijos, sanos y robustos, me esperan ahí, en la flor de su juventud y lozanía.

AMBROSIO:

¿Su señor esposo vive con ellos?

ANNY:

Me temo que no. Murió hace tiempo.

AMBROSIO:

Lo lamento, señora. Sus hijos estarán felices de tenerla de vuelta.

ANNY:

He estado fuera tanto tiempo . . . tal vez ya ni se acuerden de mí.

AMBROSIO:

(Transición, rueda por el piso) ¡Hemos llegado a Bouville, Bou-vi-llé!

ANNY:

(Asumiendo otro personaje) ¿Bouville, ha dicho usted? ¿Estamos en el puerto? Embarquémonos!

AMBROSIO:

(Soñador) ¡Cuándo podremos hacer un viaje en aeroplano!

Se miran y ríen. Han quedado tirados en el piso, así que levantan la cabeza para mirarse entre las cajas diseminadas por el lugar. Transición. De un salto suben a la cama. Anny se sienta en el lugar de la almohada, mientras Ambrosio se pone de pie en el otro extremo.

AMBROSIO:

¡Señor Segundo de a bordo!

ANNY:

(Brinca y se para detrás de Ambrosio) ¡Sí, capitán!

AMBROSIO:

Arrien todas las velas, la tormenta se avecina.

ANNY:

A la orden, capitán.

Anny hace una pirueta y cae en la cama. Se mete bajo las sábanas y hace mucho alboroto mientras Ambrosio se tambalea como movido por el vaivén del mar. Como Ambrosio tiene las piernas abiertas, Anny asoma de pronto por ahí, surgiendo de las mantas. Su cabello, recogido antes tras la nuca, se ha soltado dándole un nuevo aspecto y resaltando su belleza.

ANNY:

¡Capitán!

AMBROSIO:

No tiene que decírmelo: la tormenta arrecia.

ANNY:

¿Qué haremos?

AMBROSIO:

¡A los botes salvavidas! ¡Yo permaneceré en la nave me hundiré con ella!

Ambrosio se tambalea. Anny desaparece de nuevo entre las mantas y la vemos bajar de la cama deslizándose con una sábana en la que se enreda, ya estando en el suelo. Ambrosio hace un gesto de determinación, y se deja caer de espaldas, como una tabla. Queda acostado en el lecho.

AMBROSIO:

Es deber de todo almirante correr el mismo destino de su nave.

Envuelta en la sábana, Anny se levanta y acerca a Ambrosio. Asume otro personaje diferente: La sábana es como una túnica griega.

ANNY:

(Académica) ¿Cómo sigue el enfermo?

AMBROSIO:

Se agrava la enfermedad.

ANNY:

(Examinando a Ambrosio como un muñeco) ¿Ha sido herido en la cabeza? ¿Tiene mal en los pies? ¿Acaso le duele el estómago?

AMBROSIO:

(Aún examinado por Anny) No, la enfermedad que lo aqueja es peor aún. Le vino una fiebre violenta. De pronto comenzó a ver terribles imágenes, como cuerpos que se salían de sus sueños y que no se desvanecían cuando despertaba. Sintió que el mundo estaba poblado de monstruos.

ANNY:

(Deja de moverlo, se aleja) Pues si tiene fiebre, ¡adiós enfermo! Pero yo aún no entiendo la naturaleza de su mal. Lo he examinado con extremo cuidado, y está sano para mí.

Mientras Ambrosio dice el siguiente parlamento, Anny va haciendo una danza muy lenta, desde lejos y acercándose al lecho, usando la sábana como un velo. La música va cambiando, y vuelve a ser lenta, dulce también la luz va cambiando paulatinamente, oscureciéndose el cuarto muy lentamente, y quedando solo iluminada la cama sin luz directa, como una penumbra apenas menos oscura que el resto. Como una imagen fosforescente.

AMBROSIO:

Cuando cayó enfermo y creyó próximo el fin de su vida, quiso que estuvieran presentes sus dos hijos. Y les dijo: "Cuando yo muera, no coloquéis mi cuerpo en sepulcro de oro ni de plata. Dejadme a la luz de la luna para que ella embalsame mi cuerpo. Dejadme a los cuervos para que mi carne pronto vuelva a la vida. Sembrad mis ojos debajo del musgo suave de la colina para que pueda velar por vosotros cuando corráis jugando por el mundo. Y olvidadme. No crucéis una sola palabra de duelo por mí; celebradlo, haced una gran fiesta, ¡arrancadme mis dientes de oro y los de marfil para pagarla!"

En su danza, Anny ha llegado muy cerca de ambrosio y lo mira, desde detrás de la cabecera. Su cabello cae hacia el rostro de Ambrosio, que la observa arrobado.

AMBROSIO:

(Muy bajo) Eres hermosa.

ANNY:

(Igual, sin énfasis) Soy la muerte.

AMBROSIO:

Nunca pensé que fueras tan joven, tan hermosa. ¿Ha llegado mi hora?

ANNY:

Sí. En un momento besaré tus labios y vendrás conmigo. Antes de ofrecerme tu último aliento, ¿deseas algo?

AMBROSIO:

No. Bésame.

Anny rodea la cabecera y se sienta a su lado. Se acerca lentamente y lo besa en los labios, levemente. La música se diluye hasta desaparecer. El beso se prolonga. Ambos cierran los ojos como independientes de él, las manos de Ambrosio, que había permanecido inmóvil, se levantan y tocan suavemente a Anny, manteniéndola contra sí. Poco a poco, surge la pasión, el beso se intensifica. Ambrosio comienza a atraerla hacia sí con fuerza creciente cuando está a punto de atraerla con fuerza Anny abre los ojos, espantada, y se aleja haciendo fuerza. En ese momento termina súbitamente la música se escuchan claramente las pisadas resonantes. Anny se queda muy quieta, escuchando. Se hace el silencio. Cae la sábana que cubre a Anny. Ambrosio vuelve a cerrar los ojos y queda inmóvil. Anny queda como estupefacta, profundamente turbada. Mira a Ambrosio, cuando éste habla, primero muy bajo y luego vehementemente.

AMBROSIO:

¡Muero a los diecisiete años y un mes de edad ! Muero y no he visto de dónde me muero. Me voy sin haber llegado. Claro, he vivido más que muchos otros, pero ¿cuál es la diferencia? ¡Un infante sabe del mundo más que yo! ¡Me muero de inocencia, me muero de virginidad!

Anny trata de mantener el tono del juego serio, impersonal.

ANNY:

Nadie supo con exactitud cuál era su enfermedad. De pronto, su padre había muerto y él tenía accesos de locura. Había que amarrarlo a la cama, mantenerlo encerrado en su cuarto, no se sabía bien por qué.

AMBROSIO:

Conocí a muchos que nacieron ancianos, y que fueron rejuveneciendo a medida que pasaron los años. Mi padre fue uno de ellos. ¡Yo me llevo a la tumba el lastre de este cuerpo que no conocí, que me ardía todo el tiempo con esta sed incomprendible!

Ambrosio ha terminado gritando, retorciéndose en la cama y adoptando una postura fetal, en la que queda inmóvil.

ANNY:

Ha muerto. Y en el fondo lo envidio porque la juventud fue su guardia de honor, y lo odio, lo odio profundamente, porque me ha dejado sola.

Anny vuelve al tono del juego animado:

ANNY:

Alcanzó la más suave de las muertes, y mostró hasta el último momento la energía jovial de su alma. (Pausa) Voy a avisar de su muerte por telégrafo. (Piensa) ¿Habrá telégrafo en El Cairo? Su pobre madre va a estar muy afligida.

De golpe, Ambrosio se medio incorpora en la cama y habla febril, jugando. En este momento vuelve la luz general original.

AMBROSIO:

¿Descansen para siempre en paz por la misericordia de Dios las almas de los fieles! Amén!

Se deja caer como un muñeco y queda inmóvil. Anny toma la sábana con que jugaba y lo va amortajando con ella. Le deja fuera las manos y los pies, y con unas correas sujetas al armazón de la cama. Lo ata: pies y manos. mientras hace esto, recita solemne, pero con una rabiosa ironía:

ANNY:

“Con la unción de tu óleo y de los sacerdotes, oh Amador de los hombres, toca a tus siervos; santifícalos desde lo alto; libralos de sus temores y de sus lágrimas; y pondera sus esfuerzos por apagar su dolor; lava las manchas de sus almas, mitiga sus trabajos; echa fuera sus peligros y desvanece sus aflicciones; tiende Tu mano sobre ellos y purifica en la hornaza sus escorias y separa el material impuro. Restituye a tus jueces como eran antes y a tus consejeros como al principio y llama a su ciudad, entonces, ciudad de justicia, ciudad fiel”.

Anny coloca con ternura la almohada bajo la cabeza de Ambrosio. Lo mira un momento y lo besa suavemente en los labios. Luego, calladamente, va a la puerta. Desde ahí le dice:

ANNY:

(Bajo) Mañana saldremos de paseo, Ambrosio. Mañana. Te lo prometo.

Cierra tras de sí. Comienza la música que se identifica con la voz. Se escucha ésta un poco después.

VOZ:

Se me concede aún una corta tregua. Pero sé que la náusea volverá: en mi estado normal. Sólo que hoy mi cuerpo está demasiado agotado para soportarla. También los enfermos tienen afortunadas debilidades que les quitan, por algunas horas, la conciencia de su mal. Ya no recuerdo cómo vine a esta colina. ¿Qué me llamó? Dentro de un rato me encontraré al pie del acantilado; alzando la cabeza podré ver iluminarse a lo lejos las ventanas de estas casas que están tan cerca. A lo lejos. Sobre mi cabeza. Y este instante, del que no puedo salir, que me encierra y me limita por todos lados, este instante del que estoy hecho, será un sueño borroso.

A medida que ha avanzado este texto, la luz ha ido decreciendo lentamente en intensidad hasta llegar a la oscuridad total. La música ha comenzado a ser obsesiva, punzante. Queda una luz sobre el rostro de Ambrosio, no directa sino difusa, una mancha de luz sin contorno preciso, blanquecina.

Ambrosio va despertando lentamente.

AMBROSIO:

(Suave, susurrante) Madre, ¿me contarás otro cuento antes de apagar la luz? No te vayas aún. Las ataduras están apretadas. De aquí a que consiga romperlas pasarán días, tal vez meses enteros. (Pausa) No te vayas, mamá, ya no soy fuerte como antes, pero te ayudaré en lo que pueda . . . (Pausa larga: su angustia crece) Madre, ya no oigo las campanas, ya no las oigo . . . ¿qué pasa? ¡Madre! ¡Madre!

La luz sobre su rostro se apaga, al tiempo que se enciende otra, esta vez directa y amarilla. En proscenio (o en la zona de butacas, a elección del director). En esta zona Anny está sentada. Usa ahora un vestido holgado, estampado, infantil. Tiene un periódico deslavado en las manos. Está descalza y su cabello está suelto.

La zona de Ambrosio permanece en total oscuridad.

ANNY:

Ambrosio . . . estoy leyendo en los periódicos de la mañana, y hay una caricatura (RIE) . . . es tan graciosa . . . se trata del ministro de la guerra en la primera plana. Su mano se ha convertido en un gran caimán que se abalanza sobre su garganta y se la lame suavemente. En cualquier momento dará la mordida. Si vieras, es tan gracioso . . . y éste otro, escucha; el El Cairo se ha desatado una ola de crímenes al estilo de Jack el Destripador. La última víctima es una señora de edad, de vestimentas elegantes, que hablaba mucho y parecía interesada en las viejas librerías y los bazares . . .

AMBROSIO:

(Desde lo oscuro, grita;) ¡Anny!

ANNY:

. . . fue encontrada con una cobra anudada en el cuello. (con una mueca voluptuosa) ¿No es fascinante? (Pausa) El ministro de la guerra declara: “Tenemos que pelear de todos los modos posibles por la libertad . . .”

AMBROSIO: ¡Annyyy!

ANNY:

“ . . . es propio de hombres valientes, cuando sufren alguna injusticia, dejar la paz por la guerra, y cuando es tiempo oportuno, dejar la guerra para volver a la paz . . .”

AMBROSIO:

¡ANNYYYY!

ANNY:

“ . . . el enemigo al que nos enfrentamos es valerosísimo, se rodea de un foso donde quiera que acampa. Pelea la guerra santa. Más no temáis: con la ayuda de Dios los venceremos pronto”.

AMBROSIO:

¡AAANNYYYYYYY!

ANNY:

(Malévola) ¿Sabes qué, Ambrosio? Me gustaría que nos llegara otro periódico. ¡Este ya me lo sé de memoria!

Se apaga la luz de Anny en el mismo momento en que Ambrosio grita de nuevo. También en este momento se enciende la luz general del escenario. Ambrosio se incorpora de golpe, como despertando de un mal sueño. Ha cambiado: la barba está más acentuada, al igual que sus ojeras. En las muñecas y en los tobillos tiene restos de las ataduras roídas y salpicadas de sangre. Las mira como en un sueño. No parece recordar cuando se ha soltado. Se nota extremadamente débil. Casi arrastrándose baja la cama. Cuando trata de sostenerse de pie, cae al suelo. Se arrastra lentamente hacia el baño. la puerta se cierra tras de sí, y se escucha el cerrojo al correrse.

Desde el momento en que Ambrosio veía extrañado sus ataduras cortadas, comienza a escucharse la voz masculina:

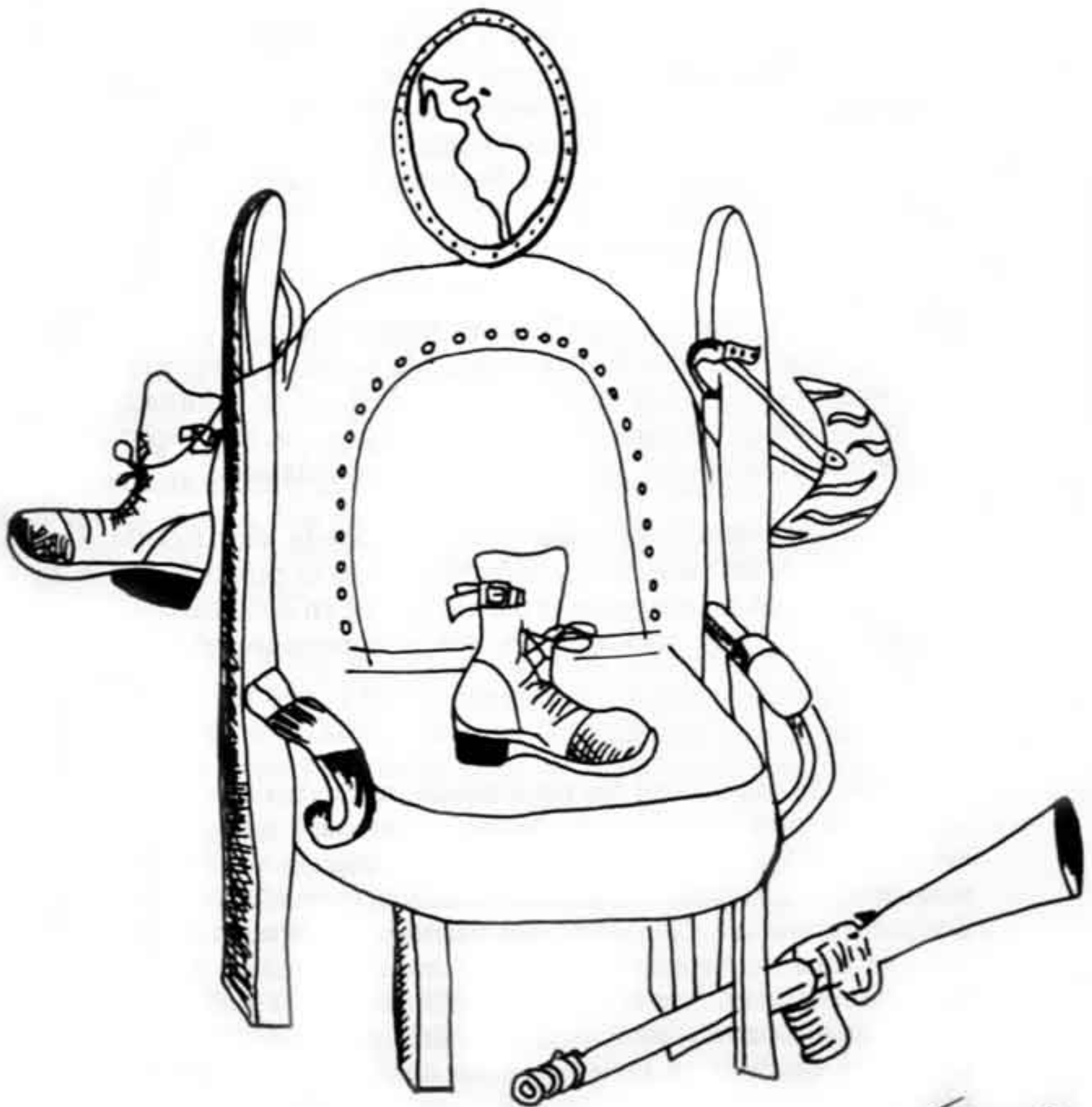
VOZ:

Miro a mis pies el centelleo gris de la ciudad.
Bajo el sol, es como montones de conchas, huesos astillados, basura reluciente. Perdidos entre esos restos, minúsculos resplandores de vidrio o de mica lanzan con intermitencias luces ligeras. Dentro de una hora seré uno de esos hombrecitos negros que distingo en la calle del centro, de paso hacia sus hogares tibios y callados, cargados de paquetes y poniendo la mano como viscera para defenderse del oblicuo sol.

La escena permanece vacía unos instantes. Se escucha a Anny acercarse. Entra por la izquierda, exitada, lleva un manojito de cartas en la mano. Viste como en la primera escena. Habla antes de entrar. (Lleva el cabello recogido tras la NUCA).

ANNY:

(Antes de entrar) ¡Ambrosio! ¡Ambrosio! (entra) Ambrosio . . . (se dá cuenta que no hay nadie) . . . (mira hacia la puerta de baño y va hasta ella. trata de abrir, no lo consigue: toca) Ambrosio . . . ¿estás ahí? Ha llegado otra carta . . . (No hay respuesta) ¿Ambrosio? (escucha un momento pegando el oído a la puerta con mucha atención contenida. Luego de un momento, desiste) Bah, es inútil. (Va hasta la cama mirando las cartas, se echa en ella boca abajo) Una carta desde El Cairo, otra desde Estambul . . . recibos . . . cuentas por pagar, y . . . ¿qué tenemos aquí? ¡Ambrosio! Una carta personal para ti . . . sin remitente. . . ¿la abriré? No. Sería una falta de educación. Bien. Te las dejaré sobre la cama, para que puedas leerlas cuando quieras.



ARVNO
SER. AMERICA LATINA

Espera un momento atenta al baño, baja de la cama vuelve a hacer la manobra del principio: se le ocurre una idea, va hasta la puerta de la izquierda, la cierra de un golpe, espera. De nuevo, nada sucede. Anny se desespera.

ANNY:

Eres odioso, ¿oíste? No sabes jugar, ¡jamás caes en mis trampas! Pareces conocerme muy bien! (sale y cuando va a cerrar tras de sí la puerta, abre un poco para gritar, enojada:) ¡Y la próxima vez me cuidaré muy bien de quitarte la llave de la muñeca!

Anny sale dando un portazo. Con este, se apagan todas las luces. En oscuridad total surge la música que se escucha cuando oímos la voz masculina, al poco tiempo. Y mientras se hacen cambios en la escenografía, la oímos:

VOZ:

¿Es ésto la libertad? A mis pies los jardines decienden blandamente hacia la ciudad, y en cada jardín se levanta una casa. Veo el mar, pesado, inmóvil; veo la ciudad, a los hombrecitos que por ella pululan. Hace buen tiempo.

En ese momento entran al escenario dos o tres asistentes vestidos de negro (ocultan la cara también con una capucha de ese color para invisibilizarlos más aún). En cada mano llevan varas negras, flexibles. En la punta de cada una hay un diminuto punto de luz (una bengala o un pequeño foco). Recorren el escenario agitando las varas, de tal manera que parece que se trata de luciérnagas. Continúa la voz:

VOZ:

(Sigue luego de una pequeña pausa) Y sin embargo, qué lejos de ellos me siento, desde lo alto de esta colina. Me parece que pertenecen a otra especie. Salen de las oficinas, después de la jornada de trabajo, miran las casas y las plazoletas con aire satisfecho. Piensan que es su ciudad, una hermosa ciudad burguesa.

La música se ha transformado: es ahora monótona, aguda, electrizante. También el movimiento de las luciérnagas, aislado y lento al principio, va en aumento, más y más luces se integran a la danza, que va en aumento en intensidad. Este aumento es muy gradual, para que el contenido del texto no se pierda.

VOZ:

(Continúa luego de una pausa) No tiene miedo, se sienten en su casa. Nunca han visto otra cosa que el agua domeñada que sale por los grifos, la luz que surge de las bombitas cuando se hace presión en el interruptor, los árboles mestizos, bastardos, sostenidos con horquetas. Cien veces por día tienen la prueba de que todo se hace mecánicamente, que el mundo obedece a leyes fijas e inmutables. Los cuerpos abandonados en el vacío caen todos a la misma velocidad, el jardín público se cierra todos los días a las dieciséis en invierno, a las dieciocho en verano, el plomo se funde a 335 grados, el último tranvía sale del Ayuntamiento a las veintitres y cinco.

Utilizando pequeñas lámparas de baterías del tamaño de un lapicero y otros tipos de luces, se ha incrementado al máximo la fantasmagoría en la escena.

VOZ:

Son apacibles, un poco taciturnos; piensan en mañana, es decir, simplemente, en un nuevo hoy: las ciudades sólo disponen de una sola jornada que se repite, muy parecida, todas las mañanas. Apenas la adornan un poco los domingos. (Pausa) Entre tanto, la Gran Naturaleza Vaga se ha deslizado en la ciudad, se ha infiltrado en todas partes, en sus casas, en sus oficinas, en ellos mismos. No se mueve permanece tranquila, como si estuviera dormida, y los hombres están bien metidos dentro, la respiran y no la ven, se imaginan que está fuera, a 20 leguas de la ciudad. (Pausa) Yo veo esa naturaleza, yo la veo . . . sé que su sumisión es solamente pereza, se que no tiene leyes: lo que ellos toman por constancia es sólo una gastada costumbre . . . (Pausa) la naturaleza sólo tiene hábitos, y puede cambiarlos mañana.

Ha llegado el clímax de la fantasmagoría. De pronto, rápidamente se mezcla a la música el sonido ya utilizado de pisadas agudas y reverberantes. Como si huyeran, las luces van desapareciendo, hasta quedar otra vez el silencio y el oscuro totales.

Las pisadas se acercan. Cuando se escucha resonando la última, una luz muy blanquecina, ilumina como una bruma el dibujo de la pared del fondo (donde continúan marcadas las pisadas). Al terminar la reverberación de la última pisada, se enciende la luz general. Esta vez es amarilla, cálida. Notamos cambios en la escenografía: la cama está tendida, las cajas apiladas ordenadamente en un rincón.

Al mismo tiempo que se enciende la luz general, escuchamos a Ambrosio silbar desde dentro del baño (la puerta esta abierta). Parece muy contento. Comienza a cantar alegremente. Al poco tiempo, entra. Se ha rasurado (la cara se le ve limpia, lavada) y se seca con una toalla. Viste camisa y pantalón. Sobre la cama está el saco que hace juego con este último: Un traje deslavado que le queda grande. Sus zapatos están lustrosos, sus calcetines estirados. Se mira en un pequeño espejo de mano, con expresión satisfecha. En esta actitud, se sienta en la cama.

Mirándose, se queda serio, se toca la cara con detenimiento. Recuerda algo. Deja el espejo en la cama, y busca debajo del colchón. Saca un cuaderno empastado en café, lo hojea. Las hojas están llenas de una amplia caligrafía. Ambrosio llega a una página marcada, y lee en silencio primero, y luego en voz alta:

AMBROSIO:

. . . entre tanto, la Gran Naturaleza Vaga se ha deslizado en la ciudad, se ha infiltrado en todas partes . . .

Hojea. Termina por cerrar el cuaderno y ponerlo en su lugar, bajo el colchón. Ensimismado, se pone el saco, toma el espejo y sale por la puerta del baño (no cierra).

Tocan a la puerta

ANNY:

(Desde afuera) ¡Ambrosio! ¿Ya estás listo? ¡No me digas que aún estás durmiendo!

Ambrosio entra desde el baño, a toda velocidad, terminando de ajustar la corbata, sonriendo. Levanta las mantas de la cama y se mete en ella con todo y zapatos. Se tapa hasta la cabeza y sólo saca los ojos. Mira, travieso, hacia la puerta de la izquierda, aguantando la risa.

Entra Anny, Ambrosio cierra los ojos rápidamente. Anny se acerca amenazante. (Viste como al principio de la obra.)

ANNY:

¿Ah! Nuestro amigo Ambrosio sigue durmiendo. Hace una hora le advertí que si no estaba listo, yo misma lo arrancaré de la cama.

Ambrosio sigue fingiéndose dormido. Anny rodea la cama y se recarga en la cabecera, parada atrás del lecho, seria.

ANNY:

(Lo cree dormido) Tienes miedo. ¿verdad? Has querido salir a pasear por años, y ahora que se va a hacer realidad, te rehúsas quedándote en la cama. Ya no tienes confianza. . . he sido cruel contigo. (INCLINA LA CABEZA) Pero ya no quiero ser cruel, Ambrosio, ya no hay tiempo para eso. ¿no lo entiendes?

Ambrosio se mueve en la cama fingiendo despertar.

ANNY:

Ambrosio, levántate.

AMBROSIO:

(Bosteza) Me levantaré más tarde.

ANNY

Levántate en este instante. Vamos a ir de paseo.

(Busca con la mirada) ¿Dónde está el traje de papá?

Va hacia el baño y sale por la puerta. Ambrosio se levanta silenciosamente y va hasta la puerta de puntas.

ANNY:

(Dentro del baño) ¿Qué hiciste con el traje, Ambrosio?

(sale) Si no . . .

Anny se topa con Ambrosio, que salta a su paso, asustándola. La muchacha lanza un gran grito de sorpresa, y Ambrosio ríe, y da vueltas para que Anny lo mire. Esta permanece boquiabierta. Ambrosio exagera sus movimientos satisfechos y sonrío. Anny, con los ojos brillantes, se abalanza sobre su hermano y lo besa en la mejilla. Juguetean y brincan alegremente.

ANNY:

(Muy conmovida) Ambrosio . . . ¡hasta te rasuraste! (le toca la cara con sus mejillas) Humm . . . ni me molesta siquiera.

Anny lo mira tratando de sonreír y de evitar las lágrimas. Lo observa como si fuera la primera vez emocionada, lo atrae hacia sí y lo abraza, dando la cara al público, siguen así un momento. Anny cierra los ojos, pero de pronto los abre y se queda seria, como si le hubiera llegado un pensamiento sombrío. Pregunta a su hermano, tratando de aparentar un comentario casual.

ANNY:

¿Dónde conseguiste la navaja para afeitarte?

AMBROSIO:

(Sonriente) En las cajas. Estaba la navaja de papá, y su brocha, y otras cosas. ¿Te sorprendí?

Anny se separa y le sonríe.

ANNY:

¿Que si me sorprendiste? ¡Casi me matas del susto! (Lo mira) Tienes el pelo todo revuelto. (Lanza una mirada hacia el baño, mira a Ambrosio y se separa) Voy a peinarte. (Va al baño, desaparece un instante, y regresa con el peine en la mano; la otra mano está en la bolsa de su delantal: ha recogido la navaja) Ven acá.

Anny lleva a Ambrosio hasta la cama, hace que se siente y comienza a peinarlo, lentamente.

ANNY:

(Ríe) Cuando entré y no ví el traje de papá, creí que le habías hecho algo. Todos esos años que quisiste ponértelo, ¿te acuerdas? Ya no te queda tan grande.

Ambrosio sonríe y se deja hacer. Anny lo peina muy lentamente, mirando seria. sus manos tiemblan. Acarica el cabello tocándolo apenas con la punta de los dedos. Ambrosio se ha quedado pensativo, pero no sombrío.

AMBROSIO:

¿Sabes? Soñé que paseaba contigo por la playa; tú ibas delante de mí, desnuda, y dejabas que el agua te embistiera para huir corriendo en la arena. (Pausa) ¡Qué sueño tan extraño!

Anny ha vuelto a convertir sus movimientos de caricia a mecánica del peinado. Habla, cortante.

ANNY:

Yo nunca sueño. Toda la noche la paso dormida.

Ambrosio sube una mano y toma la de Anny. La hace pararse frente a él. Habla tranquilo, añorante.

AMBROSIO:

¿Te acuerdas cuando nos bañábamos juntos, de niños? Antes de que mamá se fuera. (Anny baja la mirada, se separa y aleja unos pasos) Tu cuerpo ha cambiado, pero tu cara no.

ANNY:

(Se vuelve a mirar a Ambrosio) también tú has cambiado. Sobre todo ahora se nota. (Sonríe) Me acuerdo cómo me burlaba de tí cuando te empezaron a brotar pelitos encima de la boca. La verdad es que me aterraba. (Camina)

AMBROSIO:

¿Por qué ya no quisiste bañarte conmigo?

ANNY:

(Sonríe tibiamente con turbación creciente) Las gentes . . . cambian, hermanito.

AMBROSIO:

Las gentes. Pero nosotros somos hermanos, ¿no? (La mira con ternura) Anoche te soñé desnuda, pero tenías el cuerpo de niña. (Inocente) Déjame mirarte, para que te pueda soñar tal y como eres ahora.

Anny se detiene de golpe, como electrizada.

ANNY:

Mamá . . . me advirtió claramente. Esas cosas no se hacen.

AMBROSIO:

¿Por qué no?

ANNY:

(Presa de gran turbación) No lo sé con claridad, pero no está . . . bien.

Ambrosio sonrío, tierno. Se levanta y va hasta ella. La hace volverse hacia él. Anny queda casi de espaldas al público. Ambrosio quita la horquilla que sujeta el cabello de su hermana, y se lo acomoda con lentitud.

AMBROSIO:

Así. En mi sueño tenías el cabello suelto.

La mira, tomándola por los hombros, sin dejar de mirarla a los ojos, comienza a desabrocharle la blusa, con lentitud. Anny lo mira también a los ojos. Como un trance.

AMBROSIO:

(Sonriendo tiernamente) Pediremos al Señor el día enteramente perfecto, santo, pacífico y sin pecado.

ANNY:

(Mecánicamente) Dánoslo, Señor.

Ambrosio abre la blusa de Anny, se la quita con lentitud y la deja caer. Anny usa un corpiño blanco. Ambrosio desata las cintas y lo abre. Baja la mirada y mira el pecho desnudo de Anny. La sonrisa se le borra. Le brillan los ojos intensamente. El momento se prolonga, intenso. Anny lleva las manos con lentitud hasta su corpiño, y lo cierra. Baja la mirada y recoge su blusa. Se aleja unos pasos y se viste, de espaldas a su hermano. Ambrosio se ha quedado clavado en su sitio, con la mano aún extendida hacia el frente y mirando al vacío. Pausa larga. El muchacho se toca la cara, y el pecho.

AMBROSIO:

Qué extraño es esto, Anny. Mi corazón palpita con fuerza; mis manos tiemblan . . . ¿me estoy poniendo mal otra vez?

Anny regresa a su lado, le toma las manos.

ANNY:

No, querido mío, no. Mira . . . (Toma la mano de Ambrosio y se la coloca en el pecho) Mi corazón también late, y mis manos tiemblan como las tuyas. . .

AMBROSIO:

¿Por qué, Anny? ¿Qué nos pasa?

Anny lo mira, sin encontrar respuesta. La mano de Ambrosio continúa sobre su pecho. El muchacho comienza a acariciarla muy lentamente. Anny cierra los ojos y se deja hacer. Ambrosio va recorriendo su delicadeza y al mismo tiempo con cierta tensión creciente el cuerpo de Anny. Cuando su mano busca el vientre de la muchacha, toca el delantal y siente la navaja que Anny había guardado en la bolsa. Ambrosio mete la mano a esta, Toma la navaja y la mira.

AMBROSIO:

(Serio) ¿Por qué tomaste la navaja?

Anny abre los ojos y lo mira, conmovida por el cambio repentino y el haber sido descubierta.

AMBROSIO:

¿Tuviste miedo de que la usara para . . . ?

Anny le tapa la boca, asustada. Luego se aleja unos pasos.

AMBROSIO:

(Sonríe) No creas que no lo he pensado. Un poco de dolor, y luego una paz intensa, mientras viene el sueño apacible . . .

ANNY:

¡Cállate!

AMBROSIO:

¿Por qué no? Sería el primer acto de mi vida que tendría sentido . . .

ANNY:

¿Quieres callarte?

AMBROSIO:

Pero no lo pensé hoy, curioso, cuando encontré la navaja y decidí rasurarme por primera vez. (Sonríe) Era una sensación extraña, exaltante, enjabonarse pasar el filo . . . una sensación de limpieza, de pérdida de peso . . . (La mira) Sólo pensaba en verme bien, para que no te avergonzaras de mí cuando saliéramos de paseo. . .



ARVINO
SOS - AMERICA LATINA



ARVINO
SOS - AMERICA LATINA

Anny va hasta Ambrosio, toma suavemente la navaja de su mano.

ANNY:

La dejaré donde estaba, en la repisa sobre la tina. No volveremos a hablar de ella. Tú la usarás para rasurarte cuando quieras y no te la quitaré. Además, quiero que te rasures con frecuencia. Te ves tan bien así.

Anny se dirige al baño y sale por la puerta abierta.

ANNY:

No puedes culparme por querer quitártela. Hasta hoy en la mañana no te conocía bien. Todo va a cambiar ahora. Todo.

Anny regresa al cuarto, Ambrosio se ha quedado pensativo.

AMBROSIO:

Acabo de recordar otro sueño extraño que tengo muy seguido. Estoy sólo, es de noche. Camino por el bosque sin rumbo fijo. Está muy oscuro, pero yo no tengo miedo. De pronto, miles de luciérnagas saltan frente a mí. Yo me quedo mirándolas, maravillado. (Mira a Anny, que se ha sentado en la cama) ¿Crees que la muerte sea así? las pequeñas lucecitas se van apagando . . . una a una . . .

ANNY:

(Se estremece involuntariamente) No . . . creo que la vida es así . . . una agitación de lucecitas en la oscuridad . . . y si se mantienen unidas, no se apagan. (Mira a Ambrosio, se levanta y lo enfrenta). Hace años hicimos un pacto, ¿recuerdas? Estar siempre juntos, compartirlo todo . . .

AMBROSIO :

. . . incluso la muerte.

ANNY:

Hemos compartido muchas cosas, la soledad, el dolor, el miedo . . . la crueldad . . . es tiempo de que comencemos a compartir cosas que sean nuestras, no que nos hayan llegado de afuera.

AMBROSIO:

Hoy me siento diferente. Muchas veces viniste con el traje de papá y me dijiste que me lo pusiera, que saldríamos de paseo. Pero hoy yo sabía que no era una trampa, como siempre que no era mentira. Por eso me vestí . . . para tí. (Le acaricia la mejilla). Es extraño. Hoy no me siento encerrado, ni enfermo, es como si te viera por primera vez . . .

ANNY:

. . . o como si hubiéramos tenido ante los ojos algo, siempre, pero sólo ahora lo miramos . . . (Toca su mano) Aún es tiempo de nuestro paseo. (Sonríe) ¿A dónde quieres ir?

AMBROSIO:

A la catedral.

ANNY:

¿Qué catedral?

AMBROSIO:

No debe estar lejos. A veces escucho las campanas. Desde niño. Me pasaba horas enteras amarrado a la cama, imaginando cómo sería. Le contaba a mamá una escena, y otra . . .

La mira sonrfe cambia. Asume un personaje fársico, con voz ajada.

AMBROSIO:

Señor sacristán, ¿cuándo podré celebrar? ya tengo permiso del señor obispo.

ANNY:

Pues no lo sé, no lo sé . . . ahora está bautizando el señor párroco, y los canónigos han acabado ya sus horas, ¿Por qué quiere celebrar tan pronto?

AMBROSIO:

Es que hay una tierna pareja que me ha pedido que los case. ¡Son tan jóvenes!

ANNY:

¿Han cumplido con todos los requisitos?

AMBROSIO:

Con todos y cada uno, señor sacristán. Han llenado la catedral de flores, y esperan que los llame.

ANNY:

Muy bien, aquí tiene la alba y la casulla.

Anny finge vestirlo para la ceremonia.

ANNY:

¿Ha examinado sus espíritus?

AMBROSIO:

Parece que tienen uno sólo, señor sacristán. Uno sólo limpio y puro como una mariposa recién nacida. ¿Quiere usted acompañarme? Es mi primera misa.

ANNY:

Con mucho gusto, venga, venga. Le enseñaré todo.

Caminan ceremoniosamente. Ambrosio se detiene ante la cama, la examina con interés y toma en vilo la almohada.

AMBROSIO:

¿Qué imagen es ésta?

ANNY:

San Juan Crisóstomo. Muy venerado. ¿Leyó usted la inscripción? (Fingen leer el pie de la imagen) "Alabad al Señor al son de la trompeta; alabadlo en coro y con el órgano".

Ambos se santiguan, Anny mira a lo lejos.

ANNY:

Tome usted su lugar. Los novios llegan. ¡Pero qué jóvenes son!

AMBROSIO:

Vea qué hermosa pareja. El amor los ha hecho tan parecidos . . .
. . . diríase que son hermanos . . .

Se miran fijamente, y casi abandonan el tono farsico. Luego, Anny, feliz, lo retoma.

ANNY:

Pues vaya, vaya usted y case a esa pareja extraordinaria. El señor bendice la pureza. Cáselos y festéjelos, que no verá usted muchas parejas como ellos. Y no olvide echarle agua al vino. Hoy es día de Santa Ceferina, y ella era abstemia.

Las últimas palabras son vencida por la carcajada de Anny. Ambrosio cae revolcándose de risa y se lleva en su caída a su hermana. Cuando quieren detenerse y decirse algo, estalla la risa nuevamente y vuelven a revolcarse. Después de un momento, se van calmando. Quedan sentados en el suelo como dos muñecos apoyados el gradualmente, cambia la luz: se va apagando la iluminación general y queda una luz sobre ellos, difusa, azul, sin contorno marcado, comienza una música lenta, extraña (stockhausen).

AMBROSIO:

Anny . . . ¿cuando vamos a dejar de fingir?

ANNY:

(Ensimismada) Cuando las peras del olmo caigan maduras, cuando el cielo pueda pisarse, cuando llueva sólo dentro de las sombrillas. (PAUSA) Cuando vuelva nuestra madre del extranjero y nos traiga los regalos que prometió.

AMBROSIO:

¿Volverá? ¿Volverá algún día, Anny?

Comienzan a actuar extrañamente: uno repite exactamente los movimientos del otro, como si fueran un sólo organismo con dos manifestaciones separadas. Cada gesto es idéntico en ambos, perfectamente sincronizados.

ANNY:

(Lo mira) Nos lo prometió, ¿no? Cuando se iba, me llamó y me dijo: "Cuida a tu hermano, sabes que no está nada bien. La casa es grande, pero no les faltará nada. Cuando regrese, traeré un líquido azul que le sacaré a tu hermano la fiebre de la locura."

AMBROSIO:

Se fue para siempre, ¿verdad?

ANNY:

Prometió que volvería, y ella cumple sus promesas. Le prometió a papá que se encargaría de nosotros, ¿no? Y lo hizo.

AMBROSIO:

¿Por qué mientes,, Anny?

ANNY:

No son mentiras. Mamá dejó todo arreglado. La casa es nuestra. Del pueblo nos traen las provisiones. No hemos tenido problemas, ¿o sí? Además, escribe todo el tiempo desde donde esta.

Ambrosio gira en su lugar, enfrentandola. Lo mismo hace Anny.

AMBROSIO:

¿Las cartas? ¿Crees que soy idiota? ¿Crees que no reconozco tu escritura en las cartas de mamá? Hace años que no viene el correo. (Piensa algo) Como esa carta sin remitente que venía dirigida a mí. (Cita de memoria) “Te escribo solamente a tí por que necesito que me comprendas . . .” “me preocupo mucho por ustedes y pronto volveré . . .”.

Anny llora en silencio. Se cubre la cara con las manos. Este gesto no lo repite Ambrosio. Termina la duplicidad de gestos:

AMBROSIO:

¿Hace cuánto que no sales de la casa, Anny? ¿Cuánto nos falta para terminar con las conservas y latas podridas de la bodega?

ANNY:

No quise que te angustiaras.

AMBROSIO:

Por eso dijiste que ya no había tiempo, ¿verdad? Cuando creíste que estaba dormido.

ANNY:

Es verdad. Ya no hay tiempo para lo que no sea nuestro.

Ambrosio la atrae hacia sí y la abraza. Anny sigue llorando.

AMBROSIO:

De niño jugaba ya solo, en la cama. Me decía: tengo un tiempo libre, nada me duele en este momento. Mamá acaba de darme la medicina y estaré solo un buen rato. Como estoy tranquilo, me voy a enamorar de Anny durante media hora. Pero sólo durante media hora. (La mira) Y me enamoraba, loca, perdidamente de ti por media hora.

Anny levanta la cabeza y lo mira, llorosa, sonriendo levemente.

AMBROSIO:

Todo esto lo has hecho por mí, para que no me angustiara . . . soy una carga demasiado pesada para ti. Déjame y vete. Afuera, al mundo. Tu puedes vivir, ser libre, Casarte, tener hijos.

ANNY:

No quiero nada sin ti.

SE MIRAN

AMBROSIO:

Me voy a enamorar de ti durante diez segundos.

La atrae hacia sí y la besa en los labios mientras cuenta hasta diez con los dedos. Se separan. Se miran, sonríen.

AMBROSIO:

Tú me vas a curar. Saldremos a la calle, nos ganaremos la vida.

ANNY:

Allá afuera todos se devoran entre sí. ¿Te acuerdas cuando aún íbamos a la escuela? Sólo queríamos estar juntos, y todos nos hacían burla, hasta que un día se reunieron los muchachos y te dieron una paliza que por poco te mata.

AMBROSIO:

Eso fue antes. Todo ha cambiado. Tu lo dijiste.

ANNY:

(Sonríe) ¿Te acuerdas de las historias que mamá nos contaba para mostrarnos el mundo?

Ambrosio ríe, se miran. Anny se levanta. La luz general se enciende gradualmente. Va terminando la música Anny actúa otro personaje sentencioso:

ANNY:

“Tres cosas necesitan los niños: genio, lujuria y pereza.” (Se ríen, traviosos) “Y cada niño siempre debe llevarlos . . . ”

AMBOS:

“ . . . de lo par—ti—cu—lar a lo u—ni—ver—sal.”

Ríen. Ambrosio se levanta y actúa también.

AMBROSIO:

“Un niño educado así se convertirá en un poeta no inspirado.”

ANNY:

“Un poeta inspirado ya no es un hombre, y no habla como los hombres, así que no hay que hacerle demasiado caso.”

AMBROSIO:

“En cambio, los poetas no inspirados son seres realistas, geógrafos que hay que seguir al pie de la letra”.

ANNY:

“Nos explican los principios de las cosas antinaturales y las propiedades de los sueños. Tratan de la naturaleza de lo casual, místico y e-ró-ti-co.”

AMBROSIO:

“Nos enseñan la causa de todos los misterios.”

ANNY:

No tienen el vicio de explicar, pero nos describen la lluvia, el relámpago, el granizo y el arcoiris. Nos dicen la verdad”.

AMBROSIO:

“Por ejemplo, que el sol gira alrededor de la tierra y tiene el tamaño de la cabeza de un hombre, y que su luz es la que logra reflejar de la luna, y que en los eclipses muestra el co-i-to con la an-ti-ma-te-ria.”

ANNY:

No te entendí. Haz más claras tus preguntas si quieres una respuesta.

AMBROSIO:

Sí, mamá. Es que es más fácil responder que preguntar.

ANNY:

Eso crees, ¿eh? Pues escucha esta historia. Había una vez una manada de grandes cerdos que pastaba en el monte.

AMBROSIO:

Salió el sembrador a sembrar. Y al tiempo de hacerlo, parte de la semilla cayó al camino y vinieron los cerdos y se la comieron.

ANNY:

Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no tenía mucha tierra profunda, y enseguida brotó, pero en cuanto salió el sol, se quemó el débil tallo y por no tener raíces, se secó.

Ambos han ido acelerando su juego. Mientras hablan, se dedican a sacar de las cajas de cartón todas las que contienen en tamaño decreciente. Poco a poco llenar el lugar.

AMBROSIO:

Otros granos cayeron entre espinas, y crecieron las espinas y los ahogaron.

ANNY:

Los demás cayeron en tierra buena y dieron fruto.

AMBROSIO:

Los cerdos crecieron sanos y robustos. Su lodo se tornó sagrado.

ANNY:

(Sentenciosa, como diciendo la moraleja) “Id a mí viña y os daré lo que fuera justo”.

AMBROSIO:

(Aprovechando el pie) Un padre de familia plantó una viña y le puso una cerca para protegerla.

ANNY:

(Actuando) Hace ya tres años que vienes a buscar fruto en esta viña y no lo encuentras. ¡Mejor córtala!

AMBROSIO:

(Serio, examinando la “Viña”) ¿Por qué todas las viñas han de comportarse necesariamente igual? Cortarla serían un error terrible: si no dio fruto hoy, puede darlo mañana. Cada planta crece a su manera.

ANNY:

Un pescador que había echado sus redes al mar, sacó una anchoa.

Ambrosio se quita el saco y lo echa en una caja.

ANNY:

Y la anchoa le suplicaba que no la cogiese, que tenía una importante misión entre las anchoas, una misión de redención.

Anny se quita el delantal y lo echa en una caja.

AMBROSIO:

Le decía que era pequeña, que no le darían buen precio por ella.

Ambrosio deja los zapatos. Calcetines y corbata en sendas cajas.

ANNY:

El pescador no la soltaba, y dudaba. Pero de pronto, lanzó un alarido y la dejó ir.

Anny deja zapatos y saco en las cajas.

AMBROSIO:

El pescador gritó. La anchoa se había convertido en una lengua de fuego y le quemaba la carne.

Ambrosio mete sus pantalones y camisa en otras cajas. Usa unos calzones largos, antiguos. Anny deja la falda queda en corpiño y braga. En sus ires y venires han terminado sentados en la cama. El único lugar despejado. Se quedan callados, respirando agitadamente. Anny mira a Ambrosio, que se nota muy cansado.

ANNY:

Fue una boda preciosa. (Lo mira) ¿Crees poderte enamorar de mí más de diez segundos o media hora?

Ambrosio la mira. Lentamente, disminuye la luz general y queda solamente una penumbra amarilla sobre la cama, una luz muy difusa, dorada.

AMBROSIO:

No será difícil.

ANNY:

Yo creía que "felicidad" era una palabra de adultos, tan hueca como las demás. A lo mejor lo es, porque cuando estaba contigo yo sentía algo menos complicado: alegría. Es lo que siento ahora, casi no ha cambiado. Pero es más nítida, más ligera. ¿Me entiendes?

AMBROSIO:

Sí. Es como cuando tenía ocho o nueve años y me decía que me iba a enamorar de tí durante un rato. ¿Qué podía yo saber del amor entonces? Aún ahora no sé nada. Pero, como tú, siento algo más sencillo, más claro. No sé que palabra le corresponda, pero en todo caso es algo menos adulto, menos pesado que "felicidad" o que "amor".

ANNY:

Así me siento, liviana, sin el peso que cargué todos estos años. A lo mejor, sin saberlo, te amarraba a la cama para que no salieras volando cuando llegara este día, el día del principio del despertar de la bella durmiente.

Ambrosio se queda serio, mirándola. (En efecto, en Anny se nota una soltura que antes no tenía, una indolencia natural y delicada.)

AMBROSIO:

¿Por qué dijiste eso?

ANNY:

¿Lo de la bella durmiente? Es difícil de explicar. Es un juego mío. A papá le gustaba mucho ese cuento. Nos lo contó muchas veces. Yo tenía desde niña una sensación parecida a la del cuento, que las cosas estaban dormidas y que un día iban a despertar. No nada más yo, o tú, todo lo que nos rodea. Para mí los cuentos eran relatos del mundo antes de que se durmiera. Se lo dije a papá. Me acuerdo que ese día me abrazó muy fuerte, y me miró como nunca me había mirado, con una gran tristeza, y al mismo tiempo una enorme alegría.

Ambrosio la mira. Piensa algo. sin bajarse de la cama, mete la mano bajo el colchón y saca el cuaderno que antes había hojeado y leído en voz alta.

ANNY:

El cuaderno de papá. ¿Dónde lo encontraste?

AMBROSIO:

Entre sus cosas, en las cajas. Aquí hacía anotaciones, escribía poemas, copiaba párrafos de libros que le gustaban. (Hojea en busca de algo) Lo que decías me recordó algo . . . (En-

cuentra la página) Es un párrafo que copió en un libro: "Entre tanto, la Gran Naturaleza Vaga se ha deslizado en la ciudad, se ha infiltrado en todas partes, en sus casas, en sus oficinas, en ellos mismos. No se mueve, permanece tranquila, como si estuviera dormida, y los hombres están bien metidos dentro, la respiran y no la ven, se imaginan que está afuera, a 20 leguas de la ciudad. Yo veo esa naturaleza, yo la veo . . . sé que su sumisión es solamente pereza, sé que no tiene leyes: lo que ellos toman por constancia es sólo una gastada costumbre . . . la naturaleza sólo tiene hábitos y puede cambiarlos mañana."

Se miran. Anny toma el libro y lo examina. Lee:

ANNY:

"¿Y si sucediera algo? ¿Si de golpe la naturaleza se pusiera a palpar? Entonces comprenderían que está aquí y les parecería que el corazón iba a estallarles. ¿Entonces de qué les servirían sus diques y sus murallas, y sus centrales eléctricas, sus altos hornos, sus prensas hidráulicas? Puede suceder en cualquier momento, quizá enseguida".

Anny mira a Ambrosio. Luego pasa la página y lee en silencio. Encuentra algo y lo lee en voz alta.

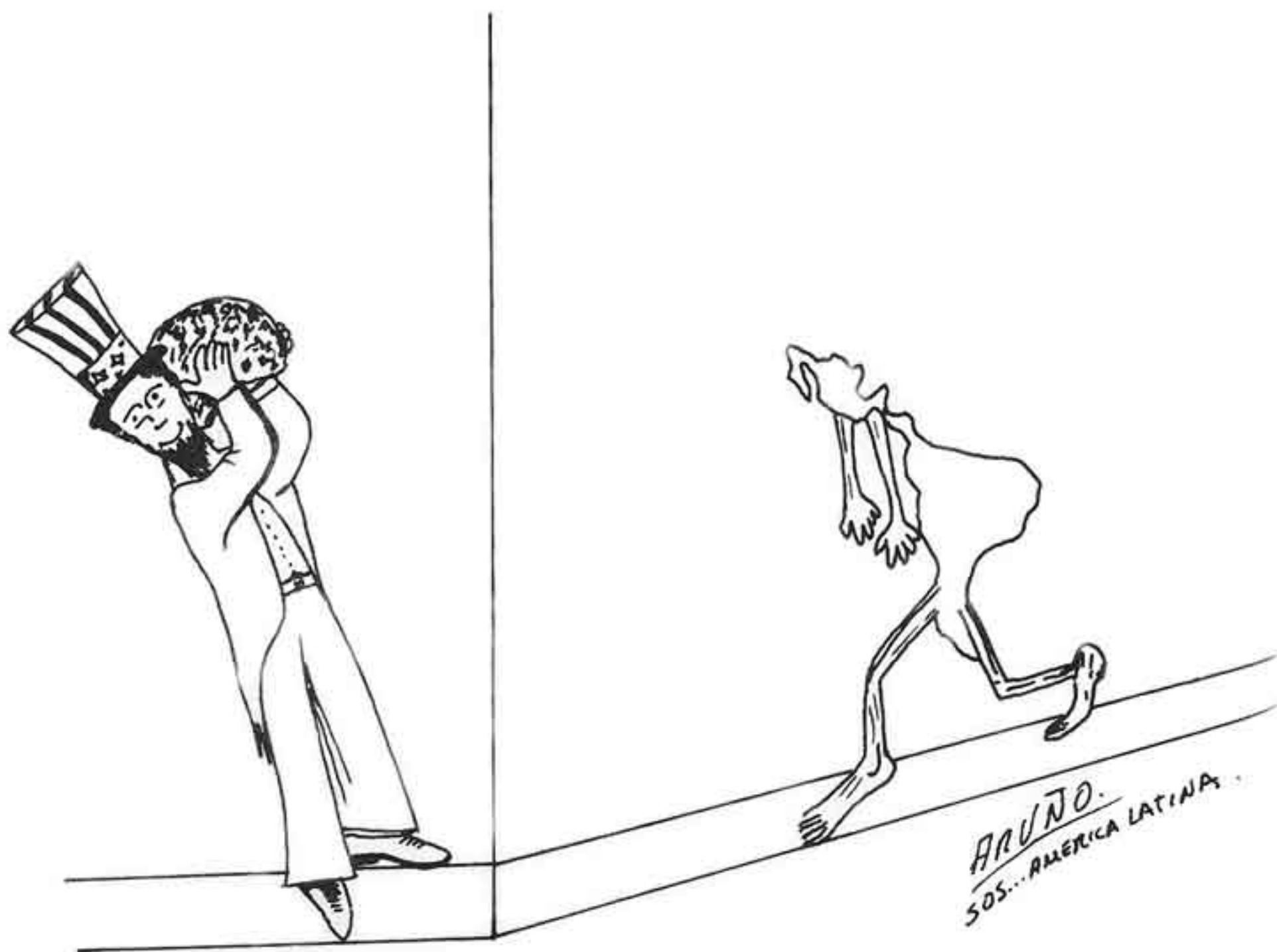
ANNY:

"23 de diciembre. Cumpleaños de Anny. A petición suya le conté el cuento de la Bella Durmiente. Al final dijo que ella espera a que se despierte, por que la realidad es la bella durmiente. Dice que cada noche se duerme esperando ver en la mañana los milagros del despertar. Brotarán conejos por las paredes, dice, y los árboles se pararán de cabeza y podremos hablar con los pájaros, y volar, y tocar el cielo con los pies, y lloverá solamente dentro de las sombrillas, y las peras maduras caerán de los olmos."

Anny cierra el cuaderno. Ambrosio la atrae hacia sí y la abraza.

ANNY:

Es cierto. El día que mi cuerpo comenzó a cambiar, creí que el mundo estaba despertando. "¿Por qué tardó tanto?", me decía, "¿cómo es que sólo hasta ahora se cansó de repetir lo mismo, las mismas cosas todos los días? Ahora van a empezar milagros por fin". Pero me quedé esperando los conejos y los duendes. Pasaron los días y yo esperaba, esperaba. Y llegó el día cuando a ti y a mi nos brotaron pelos en el vientre, y me miré en el espejo contentísima y creí que había llegado el día del principio del despertar de la bella durmiente. Pero nada más sucedía. "¿Es que despierta por momentos y se vuelve a dormir, como cuando tenemos pesadillas?"; me preguntaba. Y entonces un día la voz te cambió, y te alargaste y deformaste, y otro día desperté y descubrí sangre entre mis piernas. Me dije: "si ésto es posible, entonces todo es posible", y otra vez esperé más milagros.



Anny se separa un poco y mira a Ambrosio.

AMBROSIO:

Y el mundo no cambió, y tú y yo nos pusimos a repetir lo que nos enseñaron hasta que perdió significado.

ANNY:

Y nos volvimos tiesos, y ya no quise bañarme contigo porque mamá me explicó vagamente que sangrar cada tantos días era normal y me convertía en mujer .

AMBROSIO:

Pero ¿entonces por qué crees que ahora sí comienza la naturaleza a despertar?

ANNY:

No lo sé. Un presentimiento que nunca antes había tenido. (SONRIE) Claro que a lo mejor nada sucede y me quedo esperando. O a lo mejor es que los milagros están aquí, siempre han estado frente a mí y sólo notaba los más vistosos.

AMBROSIO:

O a lo mejor sólo se hace la dormida para ver si alguien se da cuenta y le da un beso.

ANNY:

O tal vez hay que ganarse su propio despertar.

AMBROSIO:

O los dormidos somos nosotros y la vamos a despertar con nuestras propias pesadillas.

ANNY:

Sí, tal vez sea eso. Cuando decías que saldremos al mundo a ganarnos la vida me pregunté si no en verdad estamos mejor aquí. Tal vez nadie nos enseñó a dormir, y producimos solamente pesadillas. O el mundo exterior es demasiado frío, y preferimos dormir. Y nuestras pesadillas van a despertar a la bella durmiente, y despertará enojada y decepcionada. (Pausa) La guerra está por estallar, ¿recuerdas el periódico que te leía? A lo mejor ya estalló.

AMBROSIO:

No lo entiendo. Podríamos producir pesadillas menos peligrosas, lo suficientemente espantosas para nosotros, pero sin exagerar. Es como si quisieramos despertarla, a pesar de que intuimos lo que eso significaría para los que no están preparados. Como un niño que le llama la atención a su mamá para que le pegue y lo vuelva a acostar .

ANNY:

Ahora entiendo por qué en el fondo esperar los milagros me daba cierto miedo.

AMBROSIO:

(La abraza de nuevo) La dulce y fuerte Anny. Está bien tener miedo. Nos vuelve cautelosos. (La obliga suavemente a mirarlo levantándole la barbilla) y a ti te hace más bonita.

ANNY:

(Sonríe) Te ves bien sin barba. Tardó años en crecerte, así que tardarás años en volverte a rasurar.

Anny lo abraza. Ambrosio mira hacia el baño.

AMBRASIO:

Y la navaja esparará todos esos años en la repisa sobre la tina, como tú, a que llegue el próximo milagro. (Pausa) Merecías una mejor suerte que yo.

ANNY:

(Lo mira) 'Suerte' es el nombre que le ponemos a la parte que no entendemos de nuestros deseos. (Pausa) Bésame. (Sonríe) Sin límite de tiempo.

Ambrosio besa sus labios. Cuando se separan, parece más cansado que antes. Cierra un momento los ojos y se toca la frente sin que Anny lo mire. Acaricia el cabello de su hermana.

AMBROSIO:

Tu pelo está cayendo. ¿Te arrancas los cabellos?

ANNY:

((Sonríe) Lo que pasa es que me da mucho miedo salir en las mañanas por agua. El miedo hace que se me ericen los cabellos, y los cuervos, enceguecidos por el sol, me picotean la cabeza.

AMBROSIO:

Tienes que usar un espantapájaros sobre la cabeza. Yo te hare uno.

Ambrosio baja de la cama y busca entre las cajas que saturan el espacio escénico. Con su movimiento, regresa la luz general durante el tiempo que dura la búsqueda, y se mantiene la luz dorada sobre la cama. El muchacho encuentra una en proscenio y llama a Anny.

AMBROSIO:

Ven.

Anny se acerca. Ambrosio le prueba algunas cajas colocandose las sobre la cabeza, hasta que encuentra una del tamaño adecuado. Ambrosio se nota muy débil.

AMBROSIO:

¡Así! Ya no te volverán a molestar los pájaros.

La toma de la s manos. Se arrodillan y sientan en proscenio. Con este movimiento se apaga la luz dorada sobre la cama y lo mismo la luz general queda una luz difusa, azul, sobre ellos.

Anny habla con la cabeza dentro de la caja.

ANNY:

Pero si no me molesta. Duele un poco al principio, pero es fácil acostumbrarse. A todo se acostumbra uno.

AMBROSIO:

Hasta el sol se ha acostumbrado a salir todos los días. (Pausa) A partir de hoy te acompañaré. Yo también necesitare un espantapájaros.

Ambrosio busca otra caja y se la coloca. Se quedan inmóviles un momento. Luego, instintivamente se buscan con las manos. Se atraen, se abrazan las cajas que llevan en las cabezas impiden que se acomoden.

ANNY:

Está a punto de despertar, Ambrosio. ¿Lo sientes?

AMBROSIO:

No puedo mantener los ojos abiertos. Estoy tan cansado. . .

ANNY:

. . . está despertando . . . está despertando . . .

La luz ha ido disminuyendo lentamente mientras decían los últimos parlamentos. Se van aflojando, como quedándose dormidos. En el transcurso de hacerse el oscuro total, se escuchan las voces de dos niños. Música hipnótica, infantil.

VOZ DE NIÑO:

“Aquiles daba horribles gritos. Tetis, su madre venerada, lo oyó desde el fondo del mar. En torno a ella se reunieron cuatro nereidas, y se refugiaron en su pecho .”

VOZ DE NIÑA:

“Y mientras viva y vea la luz del sol, Tetis estará afligida sin que nadie pueda consolarla. Sus dos hijos se han perdido; están en un cuarto frío aún esperándola, y el polvo se acumula sobre sus cuerpos quietos, fuera de combate.”

NIÑO:

“Los juegos se han agotado y en la despensa se han podrido las papillas que ella dejó preparadas antes de su partida.”

NIÑA:

“Sus hijos se han perdido en su ausencia. Ya nadie sabe decir por dónde andan. Lo que sí parece es que están recordando más de la cuenta, y se han vuelto peligrosos.”

NIÑO:

“Ninguno de los dos sabe el camino de regreso. Solo les queda seguir adelante. Están solos y se abrazan y se besan. Están contentos y enamorados. Los elegidos van hacia el castillo de la bella durmiente. El fantasma negro que los sigue de cerca, les canta en el camino, para divertirlos.”

Oscuridad total. Continúa la música.

Vuelve el efecto de las luciérnagas. Primero es una lucecita que vuela, apenas perceptible en la oscuridad. Luego se van sumando más y más.

Se escucha ahora una voz femenina, grave pero tierna.

VOZ:

El mejor de los líquidos es la piedra. Pirámides y templos y ciudades enteras están hechos de sangre. El oro brilla desde la piel de los inocentes, cual fuego encendido en la noche. Si desean cantar los combates sagrados, queridos hijos míos, no busquen con la mirada otro astro más brillante que el que tienen encerrado en el pecho. En el éter solitario está escrito: no volveremos a cantar juntos hasta que ustedes no hayan aprendido a distinguir las pesadillas, por un lado, y por otro el viaje majestuoso de las grullas hacia el fruto del olivo.

La música va desapareciendo. Al momento, se escucha un nítido sonido de campanas lejanas. Poco después, escuchamos las voces de Ambrosio y de Anny. Susurrantes.

AMBROSIO:

Anny . . . Anny . . . ¿las ves?

ANNY:

Sí . . . sí las veo . . .

AMBROSIO:

¿Y las campanas? ¿Las escuchas?

AMBROSIO:

¿Ves lo que pasaría si se despertase?

ANNY:

Están hablando . . . ¿entiendes lo que dicen?

ANNY:

No estamos preparados . . . no todavía . . . sería el fin, el fin de la cordura . . . de lo sólido . . .

AMBROSIO:

Tiene que ser despertada por todos, de común acuerdo, cuando estemos listos, no ahora . . . ¿ves lo que hay que hacer para mantenerla dormida?

ANNY:

Veo cómo arrullarla . . .

Al poco tiempo surge la música que se identifica con la voz masculina que hemos oído antes. Poco a poco, y a medida que la voz avance, la música se irá dislocando más y más. También la fantasmagoría en la escena llegará a un clímax intenso, casi enloquecedor, acorde con el texto que oímos un poco después que la música ha aparecido:

VOZ:

¿Y si sucediera algo? ¿Si de golpe la naturaleza se pusiera a palpar? ¿Entonces comprenderían que está aquí y les parecería que el corazón iba a estallarles. Puede suceder en cualquier momento, quizá enseguida; estos son los presagios: por ejemplo, un padre de familia de paseo verá acercarse, por la calle, un guiñapo rojo como empujado por el viento. Y cuando el guiñapo esté muy cerca, verá que es un trozo de cerne podrida, manchada de polvo, que se arrastra reptando, un pedazo de carne torturada que rueda por las alcantarillas proyectando espasmódicos chorros de sangre. O una madre mirará la mejilla de su hijo y le preguntará “¿Qué tienes ahí? ¿Un grano?” Y verá que la carne se hincha, se resquebraja un poco, se entrea-bre, y en el fondo de la grieta aparecerá un tercer ojo, un ojo risueño. O sentirán suaves roces en todo el cuerpo, como las caricias que los juncos hacen a los nadadores en la ribera. Y sabrán que sus ropas se han convertido en cosas vivas. Y otro encontrará que algo le raspa la boca. Y se acercará al espejo, abrirá la boca: y su lengua se habrá convertido en un enorme ciempiés vivo, que agitará las patas y le arañará el paladar. Querrá escupirlo, pero el ciempiés será una parte de sí mismo y tendrá que arrancárselo con las manos. (pausa tensa) O no sucederá nada de todo esto, no se producirá ningún cambio apre-

ciable, pero una mañana, al abrir las celosías, las gentes quedarán sorprendidas porque las cosas están pesadamente cargadas de una especie de sentido horrible, como si estuvieran esperando. Nada más que esto: pero por poco que dure, habrá cientos de suicidios. Bueno ¡sí! ¡que esto cambie un poco, para ver, no pido otra cosa!

En este clímax vehemente, cesa de golpe la música y queda un eco muy fuerte, que se va apagando, vibrando con lentitud. Las luciérnagas se retiran con este eco, hasta desaparecer por completo dejando la escena en oscuro total. Cuando todavía resuena el eco, vuelven a escucharse las campanas lejanas y las voces susurrantes, temerosas, de Ambrosio y Anny:

ANNY:

La Bella Durmiente se removió incómoda en el lecho.

AMBROSIO:

Un beso nuestro la ha devuelto al sueño profundo.

ANNY:

Un día otro beso la despertará, y ese será el verdadero comienzo de la creación. Y no será horrible, Ambrosio, porque todo será nuevo, y entero . . .

AMBROSIO:

Hasta ese día, Anny.

ANNY:

Sí, Ambrosio, hasta ese día.

Vuelve a iluminarse muy lentamente el proscenio con la bruma azul que cubría a Ambrosio y a Anny antes del sueño. El escenario está exactamente igual: Las cajas diseminadas, Anny y Ambrosio con las cajas en las cabezas, separados, boca arriba, inmóviles.

Anny despierta. Se quita la caja de la cabeza, se frota los ojos y mira todo como buscando restos de lo que ha mirado. Ve a Ambrosio, se acerca a él. La luminosidad azul cubre todo el espacio escenio. Con ternura, Anny quita la caja que cubre la cabeza de Ambrosio y lo hace descansar en su regazo.

Ambrosio está muy pálido, con marcadas ojeras, muy débil, respira apenas. Anny le acaricia el cabello. Ambrosio abre los ojos con dificultad.

AMBROSIO:

(Casi inaudible) No tenemos mucho tiempo . . .

ANNY:

Claro que hay tiempo, hermanito (serena, con lágrimas nacientes) Claro que lo hay. Hay tiempo de ir a pasear. Todo estará como antes, te llevaré de la mano y te señalaré los lugares . . . la laguna, el bosque, la carretera que lleva a la gran ciudad.

Comienza una música infantil obsesiva y lenta.

ANNY:

Nadie nos mirará mal, tendremos amigos, buscaremos a mamá

AMBROSIO:

(Niega débilmente) . . . es curioso . . . de vez en cuando el amor le da una prórroga al mundo . . . (Pausa) . . . palabras viejas, pero es que aún no aprendimos el nuevo lenguaje . . . (Pausa) . . . con palabras viejas te lo digo: estoy tranquilo y tengo la eternidad a mi alrededor . . . he decidido enamorarme de tí por la eternidad . . . (Anny lo besa levemente).

Anny llora sin gesticular en absoluto: sonrío tibiamente y está serena, Ambrosio se anima apenas un poco, febril, como mirando algo a lo lejos. Luego cierra los ojos.

AMBROSIO:

Anny, un caballo blanco trajo la buena nueva, y yo debo seguirlo cuando regrese . . . me ofrece la grupa, Anny, está esperando . . . (Abre los ojos y mira a Anny) . . . eres hermosa.

ANNY:

(Serena) Soy la muerte.

AMBROSIO:

No sabía que fueras tan joven . . . tan mía . . . Bésame

Anny vuelve a besar a Ambrosio. Los ojos de este se cierran, y cuando Anny se incorpora, el muchacho queda inerte. Anny lo arrulla cantando muy bajo, esta tranquila, pero le corren las lágrimas por las mejillas.

ANNY:

Ya ves, vuelven los milagros . . . apenas te reponías de un viaje y ahora emprendes otro. ¿Crees que te dejaría ir solo? (Pausa) Estamos sucios y cansados . . . no podemos reemprender el viaje en estas condiciones . . . (Sonríe) Ven, vamos a bañarnos juntos, como antes . . .

Con delicadeza, Anny se incorpora y ya llevando a Ambrosio hacia la puerta de la derecha.

ANNY:

Llenaré la tina de agua caliente, y usaremos jabón de burbujas, como nos gustaba . . . debe estar en la repisa todavía . . . (Se pone seria) junto a la navaja . . . (Sonríe) Tú me tallarás la espalda y yo la tuya. (Pausa) A lo mejor todavía no se nos olvida como mirarnos desnudos, ¿eh, Ambrosio? (Pausa) A lo mejor todavía es tiempo . . . a lo mejor aún espera la calle para entrar aquí, la catedral para echar al vuelo las campanas, el puerto para ver regresar a mamá . . . (Pausa) a lo mejor, hermanito, a lo mejor todavía . . .

Anny desaparece con Ambrosio por la puerta de la derecha. La luz va disminuyendo gradualmente al tiempo que aparece la luz difusa que ilumina el dibujo de la pared del fondo. La música infantil se mezcla con la que acompaña a la voz masculina, y poco después escuchamos esta última:

VOZ:

Cae la noche; las primeras lámparas se encienden en la ciudad. ¡Dios mío! Qué natural parece la ciudad a pesar de sus geometrías, qué aplastada por la noche. ¡Qué es lo que la hace perdurar? Perseverar neciamente en su ser pesado e incoherente? (Pausa) Es tan . . . evidente, desde aquí; ¿es posible que yo sea el único en verlo? ¿No hay en ninguna parte otra Casandra, en la cima de una colina, mirando a sus pies una ciudad sumergida en el fondo de la naturaleza? (Pausa) Por lo demás, ¿qué me importa? ¿qué podría decirle?

Pausa. El efecto de las pisadas que se usó al principio simulando el acercamiento de un personaje invisible, es ahora puesto a funcionar al contrario: las pisadas se alejan, se van borrando de abajo hacia arriba, dejando el pasillo como estaba al principio. Para reforzar el efecto, se escucha una pisada aguda y resonante por cada huella que desaparece. La voz termina en este transcurso:

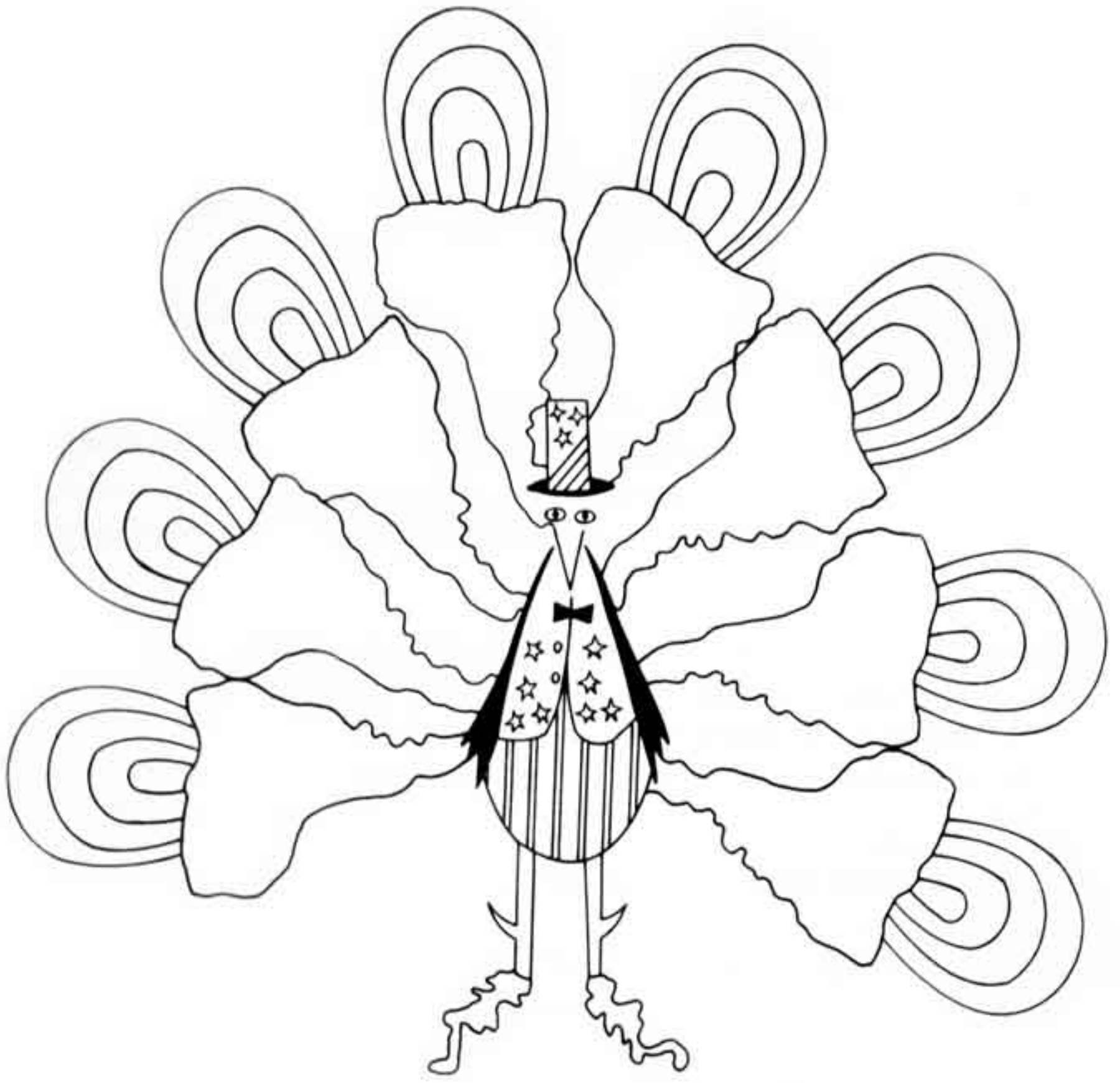
VOZ:

Muy despacito, mi cuerpo se vuelve hacia la ciudad oscila un poco, y echa a andar.

Las pisadas terminan. Se escucha una puerta de goznes enmohecidos que rechina al abrirse. Se reanudan unos pasos más. Se detienen. Se escucha el rechinado de la puerta al cerrarse. Con este último sonido que resuena, la luz del pasillo va disminuyendo hasta la oscuridad total. La música continua unos instantes, hasta terminar.

FIN DEL ACTO UNICO.





ARUNO
SOS AMERICA LATINA

Medusa X

por David Balderrama*

A: los proxenetas, asesinos,
ladrones, violadores, traficantes,
traidores, teocráticos y espectadores.

“MEDUSA” X Divertimiento sobre un proceso hermético y croquis a manera de rueda combinatoria para observar los mecanismos de la máquina, que sutilmente transmuta el oro en plomo.

Se desarrolla sobre cualquier escenario en tres pesadillas

PESADILLA UNO:

“Lot se fue de Sodoma, pero Sodoma iba dentro de Lot”
D.B.

PESADILLA DOS:

“Cuando nos maten a todos: todos juntos iremos por
las calles rompiendo los cristales”

Benigno Aispuro

PESADILLA TRES:

“He intentado escribir el paraíso
No os mováis
Dejad hablar al viento
ese es el paraíso”

Ezra Pound

PESADILLA UNO:

“LOT SE FUE DE SODOMA, PERO SODOMA
IBA DENTRO DE LOT” D.B.

El escenario es una estancia de acuerdo a las últimas tendencias decorativas. El piso como un tablero de ajedrez, se mantiene durante toda la representación. Un aparato para tocar música grabada. Una mesita de servicio, tetera y tres tasas. Dos mecedoras. Un florero y seis crisantemos blancos de plástico. Globos, confeti, serpentinas. Una pepsicola de dos metros de alta. Un mata-moscas. Dos discos; uno con el “GLORIA” de Vivaldi y otro; “STICKY FINGERS” de los Rolling Stones, para tocar “Caballos Salvajes”.

PERSONAJES: LILITH (Prostituta, novialoca)
PANDORA (Esposa de Mosto, Secretaria)
MOSTO (Joven ciego)
CAIN (Hermano mayor de Mosto)
PSIQUIATRA
PERSEO (Lumpen, Enfermero)
... son los naufragos y están con las ropas
desgarradas.
ARPIA (Animal de lujo)
BUFON (General)

Para iniciar se proyecta una escena en la que se ve a los naufragos llegar agotados a una playa desierta después del naufragio. Se corre telón. Aparece la vista de la estancia iluminada con esplendor. Oscurece de nuevo para volver a encender y ya están todos los naufragos tirados en el piso, en un montón de cuerpos inconcientes en el agotamiento de una lucha por salvarse del navío que se hundió y del cual solo ellos pudieron salir. Este lugar en el que ahora están, es realmente la plaga de una isla desierta, pero no lo saben.

LILITH.— (Saliendo de su letargo, se da cuenta de pronto con asombro, del sitio. Se arrastra cerca del Psiquiatra para despertarlo, pues únicamente a él conoce).

PSIQUIATRA.— (Despierta y ambos miran incrédulos).

LILITH.— ¿A quien conoces?

PSIQUIATRA.— A nadie.

(A las voces despierta Mosto).

MOSTO.— ¿Qué pasa?

LILITH.— Estamos a salvo . . .

MOSTO.— A salvo. (Se palpa el cuerpo)— Yo no podía salir del camarote; los pasillos ardían.

LILITH.— . . . ¡Qué lugar más lujoso.!

CAIN.— (Reaccionando) — Tengo sed . . ., (Mueve a Pandora).

PANDORA.— (Despierta y mira en torno)— ¿Cómo podemos estar en un lugar así cuando hace un momento nos encontrábamos a la deriva en el océano?

MOSTO.— ¿Un momento?

PANDORA.— (Señala una herida en la pierna)— Todavía sangra la herida que me hice al saltar por la borda.

LILITH.— (Quita una tira del pantalón de psiquiatra y le cubre la herida a Pandora)

PANDORA.— Parece que alguien pudo rescatarnos.

LILITH.— ¿Cómo te llamas?

PANDORA.— Pandora.

MOSTO.— ¿Pero cómo? Sabemos bien que teníamos cuatro días navegando.

PSIQUIATRA.— Estábamos en el centro del mar.

CAIN.— ¿Un submarino?

PSIQUIATRA.— Un submarino es menos amplio. Además . . . no tiene facha. (Se levanta y mueve una mesa)— Las cosas están sueltas. Nos encontramos en tierra firme. Probablemente una isla. Al rescatarnos inconcientes, nos trajeron y esperan que reaccionemos. Estamos en la primera parte de la fase posterior al rescate. Posiblemente nuestros benefactores deben ser pocos y nos dejaron aquí para regresar con rapidez al sitio del accidente y poder dar auxilio a los otros . . ., aún tenemos la ropa mojada.

PANDORA.—(Se levanta)— ¿Existe un vehículo que nos ponga con tanta rapidez en medio de una estancia como ésta?

PSIQUIATRA.— Hablar de rapidez puede ser demasiado relativo por la situación en que nos encontramos . . .

MOSTO.— Esa explicación me parece incoherente . . ., tramposa.

PSIQUIATRA.— Es la única verosímil de acuerdo a las características de la realidad objetiva.

MOSTO.— Pero existen realidades ocultas que pueden contradecir las explicaciones más “verosímiles”

PSIQUIATRA.— (A Mosto)— Con la ironía solo conseguiremos distanciarnos, y la separación jamás nos ayudará en esa búsqueda de las explicaciones que necesitamos para ubicarnos éste; desde luego es un lugar desconcertante . . .

LILITH.— Desconcertante pero bueno. (Se pone de pie)— No sabemos ni cómo ni por qué nos rescataron y mucho menos qué pretenden al dejarnos tirados en alfombra tan bella . . ., pero aquí estamos.

CAIN.— Posiblemente nos observan. (Se levanta)— ¡Vean esa pared! (Señala al frente)— ¡ Un espejo gigante!

PANDORA.— ¿ Un espejo? No me había dado cuenta.

PSIQUIATRA.— Recuerden que hay espejos que sirven de ventanas de observación.

(Todos van al “espejo” menos Perseo que continúa inconsciente. Se componen, etc., Lilith se dedica silenciosamente a investigar).

LILITH.— (Abre una puerta) — ¡Miren! encontré la cocina.
(Se dirigen a la cocina pero ella los detiene)

— ¡Deténganse! Estamos en un sitio que no hemos escogido. Nos trajeron y es evidente que pusieron a nuestra disposición todo lo que vemos . . . creo que por lo menos, hasta que se presente nuestro anfitrión, tenemos que pensar en guardar cierta distancia . . . disponiendo de lo necesario, después de todo ya casi se nos pasó el susto del naufragio.

PSIQUIATRA.— (Da una palmada)— Bueno; que alguien prepare lo que comeremos mientras los demás buscamos ropa seca.

MOSTO.— También podemos explorar un poco por la casa.

CAIN.— Esperemos. Todo está muy dispuesto. Tanto que me parece sospechoso.

PANDORA.— Al menos pasemos a tomar agua . . . ¿sí?

(Entran todos a la cocina. En tanto, baja un aro dondè a manera de pájaro de lujo, Arpia está posada. Tiene alas metálicas y una máscara antigua como rostro. Queda flotando un poco por encima del piso. Los naufragos regresan y se acomodan a descansar, excepto Lilith).

PSIQUIATRA.— Tenemos que buscar a nuestro anfitrión en caso que no se presente antes de irnos, o bien dejarle nuestro agradecimiento . . . ¿Están de acuerdo? Porque también podíamos esperar . . .

CAIN.— O buscar algún mensaje. Si nos dejaron solos por acudir con rapidez al punto del accidente para rescatar a otros, debe haber alguna nota que nos indique lo que debemos hacer.

PANDORA.— (Mirándose al espejo) — ¿Cómo?

LILITH.— (Desde la cocina) — Pandora

PSIQUIATRA.— ¿Cómo? ¿Qué?

PANDORA.— (En tránsito a la cocina)— ¿Se te ocurre alguna forma de comunicarnos con ese hipotético anfitrión?

CAIN.— ¿Hipotético?

MOSTO.— Puede ser . . . no sabemos nada . . .

PSIQUIATRA.— Hasta este momento.

MOSTO.— “Hasta este momento”, de nuestro salvador. Creo que debemos pensar en ir buscando la salida.

CAIN.— Podríamos hacerlo después de la comida.

PSIQUIATRA.— (Se levanta pensativo en dirección al proscenio. Mira por el “espejo” en la lejanía. Se ausculta la lengua)— Recuerdo una película de Buñuel donde varios individuos de pronto qued . . .

MOSTO.— ¿Por qué después de la comida?

CAIN.— Porque tenemos hambre. No puedes negarlo. Estamos aquí de carne y hueso. Creo que sólo en el sueño no se come . . . , bueno . . . (ríe). supongo que los hambrientos deben soñar comida.

PSIQUIATRA.— (Con sorna)— Está bien. Dejamos por sentado que trataremos de hilar nuestras relaciones con lo que conocemos y aun de buscarle alguna explicación a las “Realidades ocultas”. Está claro, que si de pronto nos encontramos en un lugar desconocido, después de un accidente como el que sufrimos, no significa que hayamos muerto y que ahora sean las almas de lo que fuimos las que se angustian.

MOSTO.— ¿Muerto?

PSIQUIATRA.— El (señalando a Caín) —habló de sueño hace un instante, y eso puede ayudar a confundirnos. Recuerden que debemos mantener el equilibrio. Alguien o alguien pudieron hacer para nuestro bien que perdiéramos la noción del tiempo y la orientación.

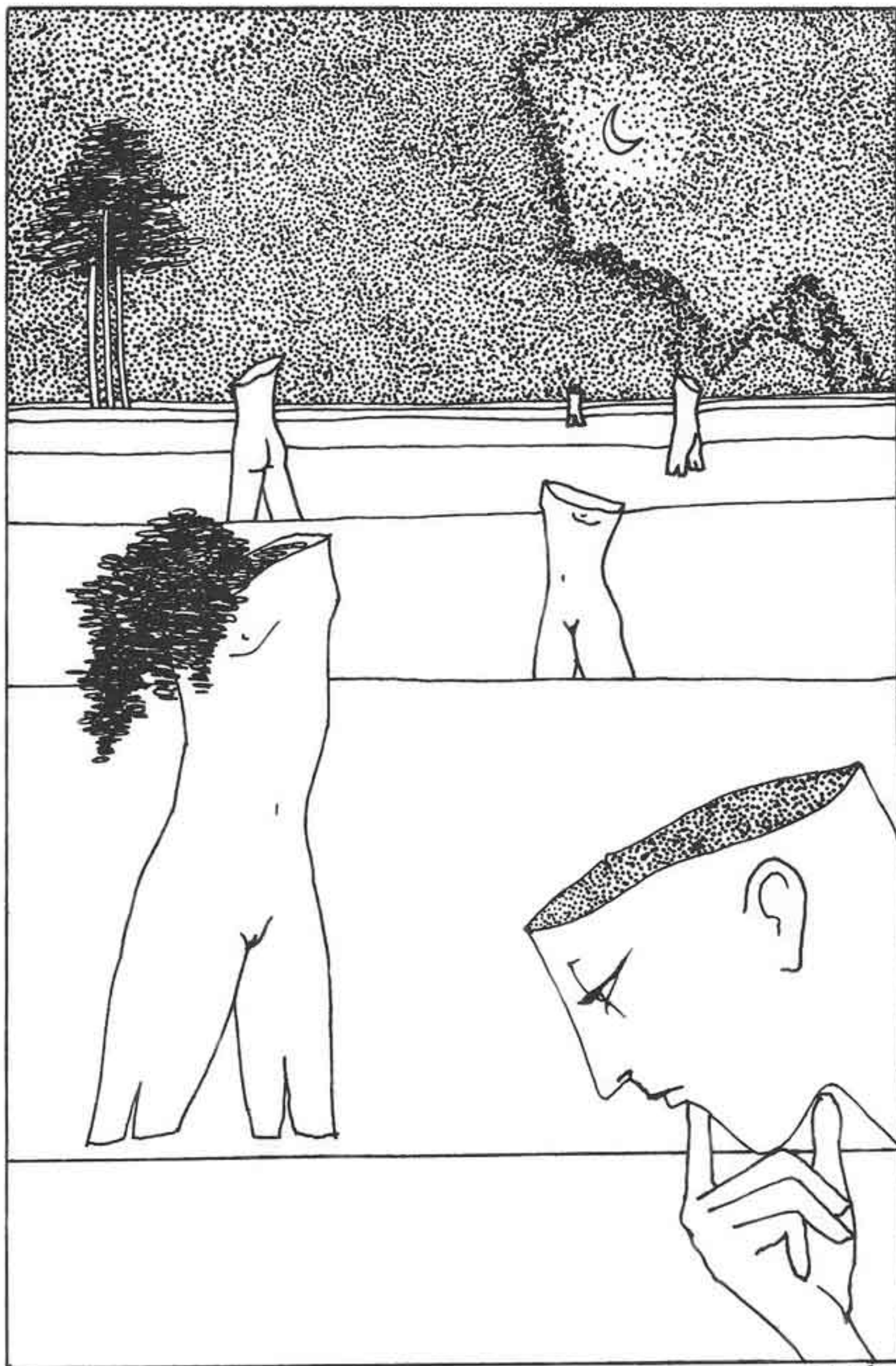
CAIN.— ¿Con qué propósito?

- PSIQUIATRA.— Ya lo descubriremos. Quizá traten de que nos despertemos naturalmente. Esto es elemental en la didáctica. Además, parece que ya hemos pasado los peligros nerviosos del trauma del accidente. No estamos heridos y tampoco sabemos de nadie más. . . . no se oyen ruidos.
- PANDORA.—(Saliendo de la cocina)— Yo estoy herida (Enseña su pierna con frivolidad).
- MOSTO.— Pues no lo parece.
- PANDORA.—(Acercándose a Mosto)— Es mínima, pero se que se hizo al saltar por la borda. (Se sienta sobre sus piernas)— Eso prueba que no hace tanto tiempo que nos trajeron como sugieres, desde la cocina se oye todo.
- PSIQUIATRA.— No “Sugiero” Unicamente hago énfasis en la sabiduría con que parecen manejarse los acontecimientos.
- PANDORA.—. . . Además, estamos tan ocupados en especular que ni siquiera hemos averiguado si él (Señala a Perseo tras el sillón de Mosto)—, está vivo.
- MOSTO.— Mira quién lo dice
- (Entre los tres levantan a Perseo y lo acomodan en otro sillón. Descubren que tiene grandes quemaduras. Pandora corre a la cocina en tanto Mosto y Psiquiatra lo reaniman).
- PSIQUIATRA.— Lo recuerdo. Viajaba en la cubierta. Es de los que traen su casa sobre la espalda. (A Mosto)— ¿Cuál es tu nombre?
- MOSTO.— Mosto.
- PERSEO.— (Reaccionando)— ¿Qué onda? ¿Nos rescataron?
- MOSTO.— Aunque todavía no sabemos quién lo hizo ni cómo.
- PERSEO.— ¿Donde’stamos?
- PSIQUIATRA.— Tampoco lo sabemos. En verdad es un lugar seguro pero desconocido.
- MOSTO.— Parece un “Lugar seguro” . . . porque tal vez nos juegan una broma.
- PERSEO.— (Se da cuenta que aquel sitio es un Atolón)— ¡Qué poca madre! Ni un pinche arbolito ¿Cómo pudimos clavarnos en este desierto?
- (Caín, Mosto y Psiquiatra se miran desconcertados)
- PANDORA.—(Viene de la cocina con vendas imaginarias)— Díganle que se siente para vendarle. (A Caín)— Te necesitan en la cocina.

VIÑETA

TERCER LUGAR

Daniel González Dueñas*



GLIFO
82

*Alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

CAIN.— (Va a la cocina).

PSIQUIATRA.— (Tocando el hombro de Perseo)— Ven a sentarte.

PERSEO.— Nel ps como nos vamos a clavar. Esta pinche madrecita de arena va' valer madre aquí con el mar.

(Entran Lilith y Caín con grandes platos llenos de piedras que forman alimentos).

LILITH.— Listos, ya podemos hartarnos como la gente. (Poner los platos en la mesa)— ¿No le han vendado las heridas?

PSIQUIATRA.— (A Pandora) Dame las vendas. (Cuando quiere tomar las manos de Perseo, este le descarga un golpe con ambos puños en el cuello. Se desploma. Todos quedan a la expectativa).

PERSEO.— Bola de güeyes, q'train q'tienen ps ¿No se dan color que las olas nos aventaron en una pinche madrecita de arena? Tenemos q' buscar los pedazos del pinche barco. (Toma una piedra del plato)— Esta pendejada no se puede refinar Nel,ps están bien piratas. "No—le—han—vendado—las—heridas" . . . ps ¿con cuáles vendas a ver? ¿Cual refín? (Se adelanta para irse)— ¿Se elevan? (Nadie responde)—Ultimadamente váyanse a la verga (Con un desplante se va por el proscenio perdiéndose con el público).

PANDORA.— ¿Lo vieron? ó ¿Lo vieron? ¡Se metió en el espejo!

LILITH.— Como en el cuento de Lewis Carroll

MOSTO Y PANDORA.— (Se acercan al "espejo" palpando de mil maneras pero no descubren puerta secreta en su invisible superficie).

PSIQUIATRA.— (Reaccionando)— ¿Qué pasó?

LILITH.— Se fue por el espejo.

PSIQUIATRA.— Es imposible.

PANDORA.— Pero lo vimos

PSIQUIATRA.— Lo que vieron va contra la razón. No puede ser verdad. (Ayudan a levantar a Psiquiatra).

MOSTO.— ¿Qué es la razón? ¿Lo irrazonable de la realidad? ¿o la realidad es lo irrealizable de la razón?

LILITH.— ¿Y todo lo que vemos, va contra la razón? Ahí están esos muebles, las cortinas, los cuadros, los adornos; ¿son fantasmas de cuerpos irrealizables o realidades de fantasmagorías razonables?

MOSTO.— (Desafiante)— ¿Cómo llegamos?

PSIQUIATRA.— (Más desafiante)— Qué importa como fué. Aquí estamos ahora y creo que tenemos que conducirnos por la conciencia objetiva. Debemos aprovechar el alojamiento que se nos ofrece.

CAIN — Es evidente que no debemos desperdiciarlo.

MOSTO.— Para él (Señala el rumbo de Perseo)—, todo ésto es un desierto: “Una pinche madrecita de arena”. (A Lilith)— ¿Has pensado que pudiera ser más “razonable” su punto de vista? (Se acerca pensativo al aro de Arpía que lo mira inmutable)—. Posiblemente tan sólo sea el hombre y el cansancio lo que nos hace creer cierta la proyección de los deseos, porque todos queremos estar en el refugio conocido. Cada uno lo que ya sabe de memoria. En eso para todo. De pronto aparecemos todos después de un accidente, juntos, y no sabemos como reaccionar porque no estamos dispuestos a perder lo más mínimo el porte . . .

PSIQUIATRA.— (Agresivo, a Mosto)— No perdamos el juicio.

MOSTO.— (Sostiene la mirada violenta de Psiquiatra).

CAIN.— (Rompiendo aquel duelo visual)— Esta casa me produce una molestia. No se . . . siento que me observan . . . que me vigilan o me acusan de algo abominable. Eso me desconcierta pues a la vez imagino que soy un instrumento sin voluntad.

MOSTO.— Hay que buscar la salida lo más pronto posible.

LILITH.— No hay salida

LOS DEMAS.— ¿Cómo lo sabes?

LILITH.— (Les enseña un texto enmarcado).

PANDORA.—(Lo toma y lee)— Quien se para en el centro que define
Todos los puntos,
Y no siente los espasmos del vértigo,
Habitará su sueño
Para poder pisar
La cabeza del fin
Y el fin de los principios.
Aquí no es una trampa ni el infierno.
El exterior no existe
y nada tiene dueño.

PSIQUIATRA.— (Contrariado)— ¿De dónde lo tomaste?

LILITH.— Estaba puesto tras la puerta de la cocina.

PSIQUIATRA.— Escuchen bien . . .

- MOSTO.**— (Violento) —Es evidente que alguien, planeando divertirse a costa de nosotros, nos ha traído a su casa de juguetes. El ha dicho (Se refiere a Psiquiatra)—; que tal vez fue con buenas intenciones. Pero método didáctico, de sometimiento, de diversión o lo que sea esta desesperándonos . . . además . . . pues muy bien que ya estemos a salvo . . . es una casa cómoda . . .
- PSIQUIATRA.**— ¿Nos quieres convencer con titubeos?
- MOSTO.**— Es verdad. No hablaré nunca más en plural.
- PSIQUIATRA.**— ¿Entonces?
- MOSTO.**— ¿Cómo poder saber las intenciones del “Anfitrión”?
- LILITH.**— Esperando.
- MOSTO.**— ¿Esperando?
- CAIN.**— Ella tiene razón. Si somos incapaces de ponernos de acuerdo y encontrar la explicación adecuada para todos, obviamente que debemos esperar. Aún estamos donde mismo. No hemos buscado . . .
- PANDORA.**— Sospecho que no puede haber “explicación adecuada”; somos diferentes . . . Yo soy PANDORA la modelo más cotizada de los últimos veinte años, y nadie objete que soy un instrumento, yo sé que soy un instrumento y vivo acorde con mi situación. (A Psiquiatra)— ¿Tú quién eres?
- PSIQUIATRA.**— Un científico.
- PANDORA.**— ¿De verdad? (Señalando a Lilith)— Ella es una dama de abolen-go. (A Caín)— ¿y tú?
- CAIN.**— (Desconcertado)— . . . Un caballero.
- PANDORA.**— Bien. (Señalando a Mosto)— Conozco muchos como tú, y no les creo cuando piensan que todo puede ser distinto. Sin embargo me angustia igual que a ti tener que calentar eternamente los asientos de la sala de espera. (A Caín)— Se te olvida que no sabemos cómo llegamos. Todo es extraño aquí. Un compañero salió por el espejo diciendo que todo era un desierto y que los panes eran piedras.
- LILITH.**— ¿Piedras? (Toma un par de verdad y lo parte)— ¿Quién duda que sean panes?
- PSIQUIATRA.**— Parecemos estúpidos. Recuerden lo que se dijo de Marco Polo, de Colón, de las transmisiones inalámbricas, de la TV, miles de gentes no dieron crédito a la imagen de Neil Armstrong caminando sobre la superficie de la luna. La realidad es más inverosímil que la fantasía ¿Por qué temer? ¿Por qué desesperarnos?

MOSTO.— (Gritando)—¿Hay alguien aquí? ¡Hey! Al dueño de la casa . . . ¡ya nos vamos! ¡Gracias! ¡Adiós!

PSIQUIATRA.— (Le tapa la boca) — ¡Dijiste que no hablarías en plural!

MOSTO.— (Desligándose de Psiquiatra, toma un objeto imaginario en el clímax de la desesperación y lo lanza contra el “espejo”. Todos “ven” como rebota y cae al piso. Se va en silencio).

PANDORA.— (Después que desaparece Mosto)— Debemos ir todos juntos.

PSIQUIATRA.— Me parece correcto.

LILITH.— Yo me quedo.

CAIN.— ¿Por qué?

LILITH.— Siento seguridad. Esto me gusta. Fue lo que vi primero al despertar . . . , y no me . . .

PSIQUIATRA.— ¡Pero . . . !

LILITH.— No puedo acompañarte (Se aparta)— Puede ser que regrese más tarde el que nos trajo.

PANDORA.— Bueno . . .

CAIN.— Cada quien puede manejar a su suerte como quiera, andemos.

LILITH.— Ustedes exageran ¿De dónde les brota esa necesidad para salir cuando acabamos de llegar? Si no está él o los que nos trajeron sus razones tendrán. Este lugar es muy seguro y sólido.

PANDORA.— ¿Cómo lo sabes?

LILITH.— Pues de cierto que no ha de ser una escenografía. (Pandora, Caín y Psiquiatra se adelantan para salir) —¿De repente todos empezaron a padecer de claustrofobia? (El estado de Lilith evidencia toques histéricos.)

CAIN.— (Nervioso al notar el cambio de personalidad en Lilith)— ¡Vámonos! (Salen).

LILITH.— (Al ver que se van, intenta seguirlos esperando una nueva invitación que no llega, entonces con actitud revanchista grita) ¡Busquen! ¡Busquen muy bien la puerta! ¡Cuando la encuentren tendrán que regresar a pedirme la llave! ¡Yo desperté primero! ¡Yo desperté primero! (Ríe)— ¡Yo desperté primero!

Comienza un sonido de oleaje. La luz cambia bruscamente a un azul fantasmal. Ella sigue gritando pero no se oye sonido. Arpía baja de su lugar esti-

rando las alas en dirección a la presa. Se hace oscuro. Inicia "Caballos Salvajes". Se colocan dos mecedoras y una mesita de servicio con tetera y dos tasas. Desaparecen los platos con piedras, los otros muebles y el aro de Arpía.

Enciende la luz que proviene de una lámpara. Sobre una mecedora esta sentada Lilith. Viste un traje largo sobrio y elegante de color oscuro, balanceándose, disfrutando la música de los Rolling que se toca en el aparato mientras observa la carátula del folder. Con lentitud, entra Mosto, en su búsqueda por los pasillos de la casa, y sin molestar espera que termine la melodía).

LILITH.— (Apaga el aparato y guarda el disco)— Sabía que vendrías a buscarlo.

MOSTO.— (¿?).

LILITH.— No pretendo hacer un acto barato de precognición. Sin sobresalto pasa y siéntate . . . , puedo explicarte como lo supe.

(Se sientan).

Verás; lo escuché por primera vez hace ya tanto tiempo.

MOSTO.— Son mis favoritos. Colecciono toda su obra. Me puede que un grupo como ellos pueda terminar. Algunos dicen que Mick Jagger quiere cambiar de sexo, pero eso no significa nada.

LILITH.— Lo trajeron deshecho. Practicamente una piltrafa menos que inservible.

MOSTO.— Pero . . .

LILITH.— (Se sirve té)— ¿Leche?

MOSTO.— (No responde).

LILITH.— "Pero" ¿qué pasa?

MOSTO.— Por un instante me pareció estar en dos partes a la vez. Tan extraña una como la otra.

LILITH.— Debes estar cansado. Tu cuerpo necesita una oportunidad.

MOSTO.— ¿Usted cree?

LILITH.— El cuerpo es una referencia exacta del universo. El cuerpo palpita y el universo palpita. El universo respira y el cuerpo respira. El cuerpo descansa sobre si mismo y lo mismo le sucede al universo. Esta es la dialéctica secreta de la totalidad. Desde y hasta siempre, todo es y será igual. Nada es distinto. La realidad es una forma sola bajo una irradiación continua de sutil expresión.

Si lo que se presenta como apariencia, fuera real, tendría que haber otro universo conteniéndole, como el agua en el vaso.

MOSTO.— ¿Entonces . . . El agua no es distinta del cristal?

LILITH.— ¡Claro que no. El cristal es una forma distinta del agua!
(Se oye un grito repetido que se aleja como un eco fastasma:
¡Hay alguien aquí? ¡Adiós! ¡Hey . . . al dueño de la casa!

MOSTO.— (Se pone de pie temeroso).

LILITH.— Vuelve a sentarte. Casi terminamos de ponernos de acuerdo.

MOSTO.— No podremos nunca ponernos de acuerdo. . . Los accidentes rompen siempre la trayectoria de los discursos y las credulidades.

LILITH.— ¿Accidentes? No existen los accidentes en el universo. En el SER todo funciona con total perfección.

MOSTO.— ¡Mentira!

LILITH.— Qué cosa dices. Es que la confusión te trastorna de manera que casi reniegas a lo último que tienes. Aceleras inconsciente tu suicidio. Me presento coherente y no lo aceptas . . .

MOSTO.— Nosotros no queríamos interrumpir . . . ¿Por qué ha dicho Suicidio?

LILITH.— ¿“Nosotros” Has dicho: “Nosotros”?

MOSTO.— Cuatro más aparte de mí están buscando la salida.

LILITH.— Siéntate de nuevo y toma un poco de té. Lo cultivo yo misma en mi jardín.

MOSTO.— (Se sienta)— ¿Por qué tendría que suicidarme?

LILITH.— Calma ese cuervo que te pica el estómago. No acostumbro devorar tan a la ligera a las visitas, además; todos mueren alguna vez y todas las maneras de morir son una forma de suicidio. Cuéntame algo de ti. Te dejaré reconfortado. Hoy tenemos todo el tiempo del mundo para que conversemos tranquilamente. Acéptalo, recordando que nadie te llamó. Fuiste tú el que cruzó por esa puerta.

MOSTO.— Pero yo no pedí venir aquí . . .

LILITH.— Eso no importa (Saca un paquete de un cajón, toma un florero y desempaca)— Llegas el mismo día en que debo recuperar a mis pequeñas. (Sacude seis crisantemos de plástico y con el recipiente las pone en la mesilla)— Son tan lindas. (Suspira)— y Tan eternas.

MOSTO.— (Tocando las flores)— ¿De plástico?

LILITH.— ¿Hay otra cosa más apropiada para las flores? Duran hasta que quieres y no exigen cuidado. A la vez que disfrutas de su belleza puedes desentenderte con libertad. Las flores de verdad son obsesivamente morbosas. Es posible que hasta tengan un dejo de malditas. Te someten a su presencia. Se sienten importantes y te lo hacen sentir. Así, te dejas que te chupen la sangre y luego te abandonan, desmoronándose. De nada sirve la tristeza cuando las ves marchitas, fragmentadas, como burlándose, pues te dejan su mal olor en el florero.

MOSTO.— Mi mamá podría decir lo mismo pero al revés: a ella le fastidiaban las flores de plástico. Pensaba que son la mejor prueba de las torpezas del progreso mal entendido.

LILITH.— Tu madre debió ser una mujer muy especial . . . Bah “Mal entendido.”

MOSTO.— ¿Quién es usted?

LILITH.— Eres obstinado. Y yo, así como admito que me desmientas, dejo que me interrumpas cuando penetras a mi alcoba sin permiso. Además: ya convenimos en lo impráctico de la importancia de los hechos. Tú estas aquí sentado en esa mecedora proyectándote por la pendiente curva del sin sentido para mover la máquina profunda de lo eterno.

MOSTO.— ¿Quiere decir que ya estuve sentado en esta silla y que regresaré para mecer mi sueño en ella eternamente?

LILITH.— Así es.

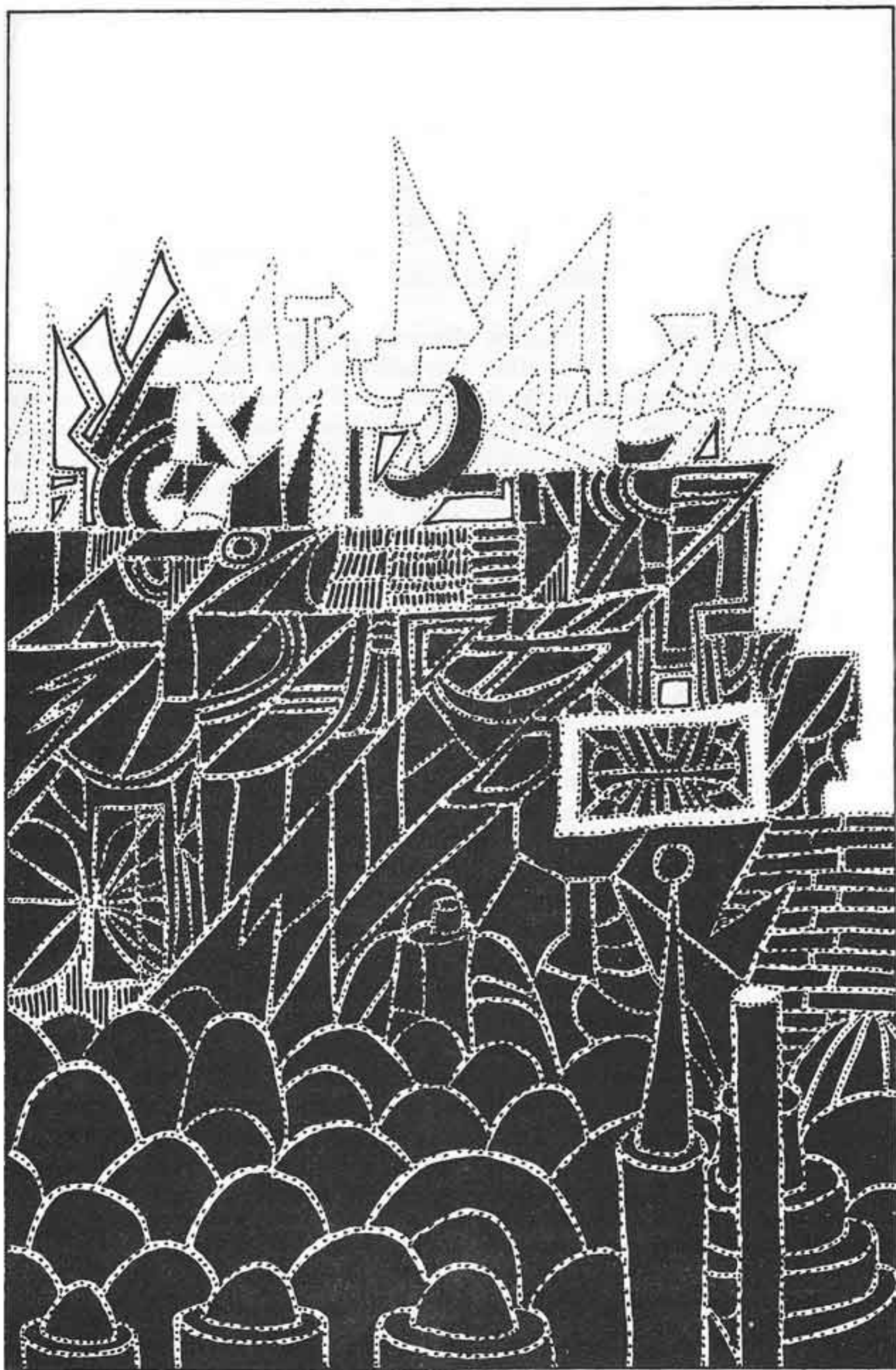
MOSTO.— ¡Eso no puede ser posible!

LILITH.— El todo es un inmenso rompecabezas de formas en perpetuo reposo, si no, no fuera TODO. Napoleón se corona ante la envidia de los que no pueden hacerlo y la vergüenza del Pontífice bajando de su rango de intérprete divino al de sirviente. Hitler grita como una impertinente admonición; “Somos bárbaros, queremos ser bárbaros. Es un título de honor”. Los Hedonistas habitantes de Pompeya desaparecen bajo la lluvia de ceniza. Alla están las pirámides, La esfinge, Los Leones de Tebas, Nefertiti, La Muralla de China, El Sigurat de Babilonia y el Pothalla, aquel noble Romano se abandona impotente ante las hondas frenéticas de Atila. El rito milenario se reconforta y Mao cruza nadando el río, Amarillo. (Pausa)— ¿Miras el rostro incrédulo de Hiroshima? ¿Percibes bien el gesto del que ordenó el lanzamiento de la bomba? ¿La justificación del que la construyó? ¿Sientes lo placentero del espectáculo que dan miles de botas militares moviéndose al unísono? ¿Oyes los gritos de los que fueron sacrificados en las plazas como ratones atrapados en la estufa? (ríe)

MOSTO.— (Se medio levanta mirando hacia las puertas).

LILITH.— ¡Mira! Allá están los monumentos a las ovejas negras, y los líderes de todas las tendencias parados en su cruel expectativa.

MOSTO.— (Se pone de pie adelantándose)— Mi madre fue lo que se dice una mujer sensible y consecuente. Era dueña de una sabiduría natural y espontánea. Con ella discutí casi todas mis dudas y siempre tuvo una certeza . . . ; ¿cómo decir?



GLifo
82

- LILITH.— ¿Poética respuesta?
- MOSTO.— (Asiente).
- LILITH.— Es normal en tu caso. Tienes el síndrome de madre oligofrénica.
- MOSTO.— ¿Por qué afirma tal cosa?
- LILITH.— No me interesa lastimarte; pero toda insuficiencia psíquica tiende a la fantasía sentimental.
- MOSTO.— ¿?
- LILITH.— Como noble poeta, tu madre te colocó de contrafuerte para el muro de “sensible” punto de vista.
- MOSTO.— ¿Por qué dice sensible entre comillas?
- LILITH.— Mira, este piso. Cuadros blancos y negros. Nada se mueve en ellos con ellos ni por ellos. Impasible se deja caminar y soporta sin una muestra de inconformidad el polvo fino y el peso de los muebles. En cambio, sobre su plano y perspectiva, se levanta la complicada estructura de la casa. (Pisa un cuadro blanco)— Dime; ¿Crees que los cuadros existen por ellos mismos? (Se cambia a uno negro)— ¿A donde me llevaría esta por ejemplo?
- MOSTO.— Al principio . . . , ¿Pero que relación tiene la separación de los mosaicos con las comillas de sensible?
- LILITH.— ¡Espera . . . ! verás: imagina que nosotros estamos al pendiente de un rebaño de hombres pequeñitos que viven muy contentos en el piso. Y ellos tienen sus ideas. Unos están en los cuadros negros y otros en los blancos. (Pausa)— Como son tan pequeños cual insectos, no pueden ver la perspectiva de los mosaicos, y, estos, luchan porque los habitantes de los de acá transformen su color . . . así puedes encontrar de repente el piso entero manchado de sangre. Y todo por que no entienden la funcionalidad que la casa necesita en los contrastes. (Pausa)— Sin los contrastes todo se iría por el principio. (Pausa)— Pues bien: antes todo era bueno. Nadie se daba cuenta de los contrastes y funcionaban bien dentro de sus límites. Pero un día, como cuando aparecen los hongos tras la lluvia, llegaron los poetas llamándonos “Chalanes” y gritando que la lucha verdadera en este mundo era sólo entre Chalanes y Poetas. Desde que aparecieron ellos, propusieron precipitar al rebaño de hombres por el filo del risco. Los hombres pacen tranquilamente los verdes pastos. No piden más. Nunca pidieron más. Hasta que apareció el fantasma de los cambios trastornándolo todo.
- MOSTO.— Supongo que no tiene remedio.
- LILITH.— ¡Claro que lo tiene!
- MOSTO.— (Se sienta de nuevo)— Pero si el cambio existe Nadie puede negarlo.

LILITH.— El “Cambio” es una gran patraña. Un fingimiento al que no dimos importancia pero que ahora nos preocupa. No sé como pudimos consentir que lo trajeran.

MOSTO.— ¿Quiénes?

LILITH.— Las luciérnagas engréidas como tu madre. (Pone llave a las puertas)— No podían soportar que tranquilos los hombres vivieran eternamente sin esa picadura de Tabano del poeta cuando le grita desde su ominosa colina que tiene que correr y saltar al abismo. (Viene al proscenio)— ¡El hombre no nació para inclinar la frente con el pesado yugo del molino! ¡Saltad al precipicio! Ahora es posible lanzarse a la cumbre sin temor a morir.

(Ríe)— Imagínate al rebaño arremetiendo contra el vacío: ¿Que pasaría? (Se sirve otro té)— La raza de los hombres desaparecería despanzurrada en los peñascos del olvido, por su culpa. Te digo la verdad. Ha sucedido miles de veces, pero siempre otras tantas hemos podido parar a tiempo la carrera. Aunque siempre se nos escapan unos cuantos y se pierden. Y, ¿qué podemos hacer? cuando ya la serpiente ha difundido la mentira del vuelo? Los pobres hombres han perdido la calma desde aquel día. Ahora es más difícil convencerlos de que no marchen a la ruina. (Gira sobre sus talones indignada)— Ese inmundo pendejo de la colina lanzando su alarido noche y día.

— ¡Salten! ¡Salten al viento!

Estoy eloqueciendo. A veces trato de tomar un pequeño descanso y entonces llegan los gritos del oeste, de arriba, todo resuena y tiembla. Vienen del sur, del norte del oriente. La casa entera cruje y se lamenta. Penetran las corrientes levantando cortinas y derribando muebles. — ¿Les crecerán las alas en el momento de saltar!

Sello la entrada del sonido pero se cuela por las rendijas.

— ¡Salten! ¡Salten!

A veces también yo, cuando la gota derrama el vaso, le respondo gritando: ¡Aquí abajo está el mundo, el viento es de los pájaros! Pero el insiste sin descanso:

— ¡Salten ya! ¡Salten!

Y le respondo: No nos llames “Raposas” ni “Bastardos” y no difundas en los periódicos que nosotros pusimos al payaso en el sitio del visionario . . . , pero no entiende. ¡ay! no puedo resistir este martirio. Sé muy bien que los imbéciles que gritan descontentos de todo, quisieran disfrutar de la benevolencia de mi casa. Lo sé; por que descorro la cortina del sueño para ver lo que tienen por cerebro y descubro que son cubil de miedo reducto de la envidia . . . , lo sé muy bien. Y se lo digo con el más democrático afán de reconciliación, pero responde altivo: “No sabes nada. Has amontonado tu rapiña detrás de la puerta, y tus hijos, ahora, no pueden abrirla para que entren los primeros rayos de la aurora del mundo” ¿Oíste? — “De la aurora del mundo” — ¿Cual aurora? ¿Te das cuenta? Se ha tocado con el sublime laurel de la justicia, y amenaza con acusarme con las estrellas. (Llora).

MOSTO.— (Se levanta)— Estoy desconcertado. Quisiera comprender. Siento como una gran basura en las arterias . . . tengo que vomitar. La náusea punza mis interiores, pero todavía no he comido, creo, desde que comenzamos a buscar la salida. Todos viajábamos en el navío que se incendió.

LILITH.— (Limpiándose las lágrimas viene a su silla y atiende)

MOSTO.— Qué curioso . . . ya no recuerdo el sitio donde nos embarcamos, con que fin, y tampoco recuerdo a dónde íbamos. Tu me dices: "La realidad nunca se mueve" y analizo atentamente los paisajes que me presentas y veo a Napoleón muerto de tedio en el destierro. A Mussolini colgado de los pies apedreado y desnudo. A Somoza borrado de un bazucazo. Y a Sha corriendo como alma que lleva el diablo, para morir corroído en su propio cáncer; pero aún éstos no son más que títeres inservibles que siempre carecieron de grandeza. Se desmoronaron en el ejercicio de sus funciones pues no fueron otra cosa que burócratas . . .

LILITH.— ¡Para! Estás confundiendo más la situación.

MOSTO.— Tu hablaste de corrientes y temblores pero hasta hoy he visto que la casa carece de ventanas.

LILITH.—(Ríe con esplendor)—¿Cómo lo descubriste si estas completamente ciego?

Mosto queda ciego al instante. Alarmado se toca los ojos y rueda por el piso en el ansia de huir).

OSCURO.— (El tono de la risa cambia para unirse a la de Caín que viene de juerga con la prostituta. Encienden la luz y están ahora en la casa paterna.

PUTA.— (Tiene vestido cortísimo)— . . . por adelantado.

CAIN.—(Se quita el saco y se afloja la corbata)— ¿Cómo las putas de mala muerte? ¡No te recogí en un callejón!

PUTA.— ¿Es que no te das cuenta que todo es un inmenso callejón (mima ser un monstruo)—, tenebroso y oscuro? (Ríe)

CAIN.— (Mima terror)— Esta bien. Aquí tienes el pago inmediato a tus . . . favores? (Saca un collar de perlas y se lo tira).

PUTA.— (Atrapándolo al vuelo)— ¿Te niegas a seguir con el esquema? Esta escena debe ser más correcta. Tu eres un caballero formal y bien visto en sociedad. Administras correctamente la riqueza que tus padres dejaron. Vas de aquí para allá y en medio del cansancio esperas que tu hermano tenga mayor edad mientras lo cuidas de su . . . locura. (Le indica que le ponga el collar)— Al menos esa es la historia que me contaste. Y, ¿que hace por ti ese famoso hermano tuyo?

CAIN.— (Le abrocha el collar)— ¡Eso! (Señalando a Mosto que inconsciente y en la misma postura, tiene ahora una botella de vino vacía en la mano).

PUTA.— ¡Míralo! (Va donde Mosto y levanta la botella)— Se lo terminó.

CAIN.— Creí que rompería esta vez la rutina. Déjalo en paz.

PUTA.— Pero . . . ¿Vas a permitir que se quede ahí tirado?

CAIN.— Es muy discreto. Cuando despertemos ya no estará.

PUTA.— Es muy bello también. Debes estar orgullosa del o'copy right' . . .

CAIN.— ¡Acáballo! No salimos de la misma matriz. La imbecilidad es herencia de su madre; además . . . si te gusta puedes usarlo. Sería un beneficio para los dos.

PUTA.— (Abrazando a Caín por la espalda)— ¿Es virgen?

CAIN.— Y ciego.

(Riendo se disponen pasar a la recámara dejando la ropa por el camino mientras apagan las luces de las lámparas).

CAIN.— ¿Tu no tienes hermanos?

PUTA.— Eramos tres hermanos. Hace ya mucho tiempo, la mayor fue asesinada . . .

CAIN.— ¿En el oficio?

PUTA.— (Afirmación gutural)

OSCURO. Enciende la luz. La misma estancia un tiempo después Caín manosea una revista. Mosto entra y desde la puerta le dice:

MOSTO.— Alguien te busca.

CAIN.— Pásalo. Luego te preparas para ir al analista. Debemos arreglar que sea él quien te visite. Esta será la última salida.

MOSTO.— Pero si me gusta salir. El perro ya conoce la trayectoria . . .

CAIN.— Hay un aumento de brutalidad en las calles. Eres muy susceptible y pueden hacerte víctima.

MOSTO.— . . . Víctima.

CAIN.— Vas a quedarte solo. (Entre dientes)— Esto tiene que dejar de ser de una vez por todas.

MOSTO.— ¿Que dices?

CAIN.— Voy a marcharme y no pienso regresar. Llevo todo lo mío conmigo. He contratado servicio por un año para lo necesario. Lo cotidiano ésta salvado, sólo falta tu parte. Tienen que ser condescendiente.

MOSTO.— ¿Qué clase de protección me darás encerrándome?

CAIN.— Todo ha quedado arreglado como quiso mi padre. Tienen lo que te corresponde. Ahora eres un ciego poderoso . . . ¿has pensado en casarte?

MOSTO.— (Se va con un portazo).

CAIN.— (Enciende un cigarro y espera).

(Se abre la puerta y entran Mosto dando paso a Perseo).

MOSTO.— Aquí está Perseo.

CAIN.— Déjalo pasar.

MOSTO.— Pasa (Se va cerrando la puerta).

CAIN.— Siéntate. (Saca un paquete y sentándose junto a Perseo se lo da) Es la mitad. Planéalo como quieras. Debe hacerse antes de quince días. (Pausa)— Tendrás lo que falta en cuanto pase la sospecha en caso que se presente.

PERSEO.— ¡Nel! ni madre.

CAIN.— ¿Por qué?

PERSEO.— Tengo que pelarme . . . el desafane carnal.

CAIN.— Tienes razón. Bueno . . . ¿esperarías un día?

PERSEO.— (No, con un gesto).

CAIN.— ¿Cuánto tiempo?

PERSEO.— Tres horas.

CAIN.— Es muy arriesgado. Tendré sobre mí todos los ojos.

PERSEO.— Por eso mismo, nadie se dará color ¿No?

CAIN.— Bien. De nuevo tienen razón (Lo invita a salir y al abrir la puerta la pregunta:) — Oye . . . , ¿tu no te llamas Perseo?

PERSEO.— Nel, ps no. Es que güaché una peliculona chidadonde'l galán maciso, un bato acá bien machín, le jachó la chómpira' una pinche vieja con los pelos de puras culebras. ¡Qué greñas se dejaba caer la ruca! y, pos me gusta el nombre. Sta'l tiro ¿No?

CAIN.— (Lo abraza cerrando la puerta)— Simón.

(Cierra telón. Fin de la primera pesadilla).



GLFO
82

SEGUNDA PESADILLA

“CUANDO NOS MATEN A TODOS: TODOS JUNTOS IREMOS POR LAS CALLES ROMPIENDO LOS CRISTALES” Benigno Aispuro.

El escenario es ahora, antesala del consultorio de una clínica psiquiátrica. En primer plano el escritorio del recibidor y la secretaria que atiende una transcripción de cinta magnética. Por una de las puertas entra una mujer vieja vestida de novia, exageradamente maquillada. Lleva un muñeco de trapo entre los brazos como un infante lastimado.

NOVIA.— (En susurro)— Se—ño—ri—ta . . .

SECRE.— (Escribe sin oír).

NOVIA.— (Junto al escritorio)— Señorita . . .

SECRE.— ¿Cómo es que llegas aquí?

NOVIA.— (Sonriendo cómplice)— Por la puerta del jardín.

SECRE.— Dejaron otra vez abierta la puerta de la cochera . . . , ven. (La toma del brazo).

NOVIA.— No se moleste señorita. Ni le diga nada por favor al doctor. Es que vine por que se lastimó y no puedo ayudarle . . . , ¡ay! Ellos fueron los que se quedaron con el tesoro de la divina gracia. Era mío y se lo robaron . . . , todo . . .

SECRE.— ¿Quién se lastimó?

(Suena el timbre de la calle).

Bien, luego me dices . . . ahora siéntate un momento. (La sienta y abre la puerta. Pasan (Caín y Mosto)

CAIN.— Buenos días.

SECRE.— Buenos días. Disculpen un instante.

(Casi al cruzarse en dirección a la Novia, ésta repentinamente se pone de pie y da un paso cerrándoles el camino. Se detienen los tres)

NOVIA.— ¡Amigos! El era todo para mí. Fue mi padre, mi hermano, mi esposo, mi hijo; ahora debo partirlo en mil pedazos y diseminar las porciones por todos los caminos de la tierra. Debo esconder cada gota de su sangre. Hacer polvo sus huesos y soplarlos al viento. Cocer su carne hasta que suba convertida en vapor y se pierda su rostro en las inmensidades. Sellar su boca para que sus preguntas no vuelvan a escucharse. (Al acercarse al grupo, Caín y la secretaria se apartan temerosos dejando solo a Mosto que ciego no entiende lo que pasa).— Ahora puedo decirte la verdad. En este sitio todo se repite. Por eso guardo tu cadáver, porque sé que vendrás a buscarlo para recomenzar todo de nuevo. No soporto a los que hablan de luces que centellean en el cielo sin haber visto nunca más que muros, techos, ridículos adornos anacrónicos y casas llenas de atavismos.

(La secretaria quiere tomar el interfón).

— ¿No pueden aprender con una chingada?

(Cain trata de tomar a Mosto del brazo pero la secretaria le indica con una seña que no se mueva).

¿Quién te dijo que mi casa tenía puertas al campo? ¿Cómo sabes que hay campo? ¿Que pájaro te habló de su placer de vuelo para que tu pudieras envidiarlos? ¿Como te convenciste que todo es un desierto que se tragará el mar y que podían salvarse?

SECRE.— (Toma el interfón)— Envíen un enfermero al consultorio número seis. Señores, ustedes por favor no se muevan . . .

NOVIA.— ¡Cállate imbécil. Siempre metes la pata!

MOSTO.— ¿Qué es lo que pasa?

(Se hace oscuro).

¿Hay alguien aquí? En que lugar estoy? ¿Pueden oirme? Respondan. Respóndanme . . . , Respóndanme. ¿A dónde fueron todos?

(Un cenital ilumina el sitio de Mosto).

NOVIA.— No pueden responderte. Aquí no pueden darse respuestas . . . ¿Recuerdas? Que paradójico; tú eras un solitario perdido pidiendo socorro por los pasillos y yo una solitaria guardando la respuesta de una pregunta que no llegaba. ¿Qué digo? Debo estar loca. (Ríe), Si sólo guardo una mortaja y una estatua de bronce para la ceremonia de premiación: (Solemne) —Ahora, la patria con profundo agradecimiento a su héroe más inverosímil, cuyo vigor impetuoso era urgente frenar puesto que nos estaba poniendo patas arriba todo. (Pausa)— Perdónanos . . . El estado no es nodriza de quienes en algún momento resolvieron combatir con las armas en la mano el orden y el de tu nacimiento. En las escuelas todas las nuevas generaciones aprenden tu apellido y tu nombre de memoria y sacan buenas calificaciones con lo que suman puntos en el aprendizaje de diversas cuestiones igualmente importantes, haciéndose acreedores a un lindo pergamino que colocan en un marco dorado junto al retrato de boda de sus padres para que las visitas puedan verlo como culminación de un lindo ciclo que comienza y termina en la nada. Nadie ha tenido un final tan feliz . . . , tan bonito. (Pausa)— Sí. En este instante sé lo que piensas. Lo sé, porque puedo recordarte arengando a las mosas desaliante: “Mejor es un final espantoso que un espanto sin fin!” Ríe)— Pero ellos no querían ser como tú de ningún modo. Ellos querían ser felices . . . , y, ser feliz es estar participando de un continuo espectáculo. Toca la banda militar . . . Danzar, cantar, salir en el periódico. ¡Oiga señor televíseme! ¡Televíseme! (Marca un número telefónico)— Diga que llevará el atuendo mas extraordinario diseñado especialmente para ella en París, que la fiesta será exclusivísima y que Ivone es la quinceañera del año, luego te mando las invitaciones personales. Tal vez creas que todo es un discurso político (Ríe)— en fin; te traicionaron haciéndote su querido espectáculo. Tram,

trám, tram, túúúú, túúúú, ruru, todos mis ayudantes bajan la vista con respeto, entonces deposito en el filo de la grandilocuente tumba que te mandamos construir, el premio a tu valor.

El acto se difunde por los canales apropiados para que los espectadores te dediquen un minutillo de silencio. Respiramos profundo y yo me digo dentro de mis adentros. (Se desconcierta como que ha olvidado su parlamento)—¿Qué me digo? Se pega, se pega, se pega . . . , en la cabeza y se saca sangre. ¡Ya no se que me digo! ¡Ellos fueron los que se robaron el tesoro de la divina gracia! Dios mío, lo he olvidado todo. (Ríe)— Ya no sé que decir . . . ¿Alguien me puede pasar un libreto?

(Alguien le pasa un libreto y le da el pie rápidamente).

MOSTO.— No es posible. He perdido mucho tiempo. Tengo que regresar para encontrar a mis compañeros.

NOVIA.— Tu nunca fuiste nada mío (Aplica el odio en el muñeco)— Yo estoy gestando un hijo . . . , un hijo fuerte que ha de tragarse con ímpetu voraz a los taimados que se quieren fugar haciendo alas de cera . . .

MOSTO.— ¡Cállate Cállate! ¡Deseo profundamente que te calles de una vez para siempre!

NOVIA.— ¡Nadie puede callarme! ¡Nunca nadie podrá poner su voz en mi silencio! (Le pega histérica con el muñeco hasta que Mosto queda (desmayado)— Cuando regreses a buscarme, voy a estar en mi sitio nuevamente, con la elegancia que conoces. Habrá dispuesta para tí. Entrarás por tu pie y cuando te hable pensarás que puedo adivinar todas las cosas, pero yo no adivino, es tan solo que sigo el texto de mi papel correctamente. Eres tu el que se muere y el que olvida. (Pausa) — Ahora es el momento de que te diga la verdad; esta casa sí tiene una salida, pero tu ya no puedes utilizarla. (Ríe)— Es una lástima. ¡Nunca podrás utilizarla! Nunca. (Toma de una pierna a Mosto y arrastrándole lo pone bajo la luz) ¿Sabes? Vamos a hundirnos en el jugo que segregan los gusanos, hasta el pináculo donde se sienta el rey de todos ellos. En el trayecto te podre responder cualquier pregunta, además de que tengo algunas cosas que preguntarte . . . por ejemplo; ¿Para qué quieren encontrar la salida?

(Con actitud maternal, pone sobre sus piernas la cabeza de Mosto y canta esta canción de cuna)—

Duerme duerme duerme
niño pequeñito
Sueña sueña sueña
con tu juguetito.
Que vas caminando
por la playa inmensa,

Que con esa espuma blanca
de las olas juegas.

(Luz general.

Estamos de nuevo en el consultorio. Un enfermero se acerca y toma del brazo a la novia. La secretaria y Caín están en el mismo lugar).

ENFERMERO.— Con cuidado. Vamos. (La levanta y se la va llevando).

NOVIA.— (Volteando insistente) ¿Para qué quieren encontrar la salida? ¿Para qué quieren encontrar la salida? ¿Para qué quieren encontrar la salida?

OSCURO. Cierra telón. Fin de la segunda pesadilla.

TERCERA PESADILLA

“HE INTENTADO ESCRIBIR EL PARAISO
NO OS MOVAIS
DEJAD HABLAR AL VIENTO
ESE ES EL PARAISO”

Ezra Pound.

(El escenario es una recámara presentada en forma esquemática de líneas muy actuales. Una pequeña plataforma cubierta con una colcha de vivos colores es imprescindible como cama. Hay un teléfono y unas flores de plástico junto a una lámpara. Estamos en el relato de Mosto al analista. Se sueña un joven marido prototipo. Su pareja duerme y él, en pijama está en sesión de gimnasia saltando la cuerda, tanto que pareciera peligrosa su rapidez. Suena el teléfono y cae al piso enredado en la cuerda. Con el estruendo, Pandora despierta sobresaltada. Ambos están maquillados como muñecos.

PANDORA.— ¡Yo no quería dormir ahora mismo!

TEL.— Riiiiiiiiiiiiiiiiing !!

PANDORA.— ¿Qué paso?

MOSTO.— El teléfono . . .

PANDORA.— (En un bostezo)— Bue—nos dí—as . . . ¿he? ¿En la estancia principal qué cosa? Si . . . las conozco perfectamente puesto que mis pasos dominicales así lo requieren . . . ¿Ustedes? ¿Cuándo) ¡Que alegría! ¡No se cuántos milenios hace que nadie nos daba el placer de una visita!

MOSTO.— ¿Quiénes?

PANDORA.— (Cubriendo la bocina) —Unos amigos que no conocíamos.

MOSTO.— ¿De dónde son?

PANDORA.— Mi esposo desea saber de dónde vienen . . . ¡Ah! Sí, comprendo. (Cubre la bocina)— Vienen de ninguna parte y piensan quedarse mucho tiempo a nuestro lado.

MOSTO.— ¡Magnífico! Diles que no tarden. Podemos jugar con ellos el sofisticado juego del abanico y el del palito marrullero . . .

PANDORA.— ¡El de las alas que no sirven para nada!

MOSTO.— ¡El de las piernas con raíces y el corazón de plomo!

PANDORA.—(Soltando el teléfono)— ¡Te jalo el nervio de los dientes, la pelota cuadrada y el apetito de Zopilote!

MOSTO.— ¡Las mariposas disecadas!

PANDORA.— ¡El viento que no sopla!

MOSTO.— Disfrutaremos con la calma tenebrosa coleccionando angustias. . .

PANDORA.—Y por fin cantaremos la canción que aprendimos de niños (Se preguntan al mismo tiempo) — ¡La recuerdas? (Ríen y se ponen a cantar)

LOS DOS.— Una gran máquina perfecta!

ELLA.— Como un estanque verde.

El.— Donde cada ponzoña fructifique.

LOS DOS.— Donde la luz haya muerto.

ELLA.— Para petrificar el movimiento

LOS DOS.— Y convertir la realidad en un tabúúúúú!

(Reparan en el olvido del interlocutor telefónico).

PANDORA.—(Corre a continuar la charla).

MOSTO.— ¡Diles que los esperaremos en el salón de los relatos terroríficos!

PANDORA.—(Cuelga y regresa).

MOSTO.— ¡Les dijiste?

PANDORA.—No fue necesario.

MOSTO.— ¡Por qué?

PANDORA.— Debieron escucharlo de tí.

MOSTO.— Esperemos que puedan orientarse correctamente.

PANDORA.—¿ Cómo fue que tú pudiste hacerlo?

MOSTO.— Fue sin querer. Recuerda que yo buscaba la salida.

PANDORA.— ¡Ah! Si, La salida! (Se abrazan riendo y jugando contentos en el piso).

OSCURO.

(El foro queda vacío de utilería. Ahora la iluminación es totalmente verde. Al centro todos los naufragos menos Psiquiatra tienen trajes extravagantes y máscaras, para formar coreografía. Son muñecos en una caja de juguetes).

NAUFRAGOS.— (De lo inaudible a lo explosivo) — ¡ industrias prosperad
nuestras panzas esperan! (Repiten).

(Al ritmo de un tambor africano, todos adquieren forma-
ción avanzado como un rebaño de Gólems a la deriva).

NAUFRAGOS.— Nosotros triunfaremos
Por que tenemos la consigna
De convertir el universo
En una forma rígida y opaca
Donde nada se salga de su límite . . .

¡Queremos construir una gran máquina
Que nos masturbe a todos a la vez!

Solista.— Una gran máquina perfecta . . .
¡Eso es!
Una gran máquina
Como un estanque verde!

TODOS.— (Cantando)— ¡Una gran máquina perfecta
Como un estanque verde
Donde cada ponzoña fructifique
Donde la luz haya muerto
Para petrificar el movimiento
Y convertir la realidad en un tabú!

OSCURO.

La luz cambia por la de una noche de luna. Se oyen las olas. Por la platea vie-
ne Psiquiatra vestido de traje, iluminandose los pasos con una pequeña lám-
para de mano. Llega donde Mosto y le arranca la máscara para llevarlo hasta
la luz del cerital. Mosto se pone de rodillas).

MOSTO.— . . . Después de aquí, regresan las imágenes del principio. Entro a
la estancia de Lilith, para encontrarla en su mecedora, escuchan-
do plácidamente, “Caballos salvajes” de los Rolling Stones.

PSIQUIATRA.— ¿Cómo supiste su nombre?

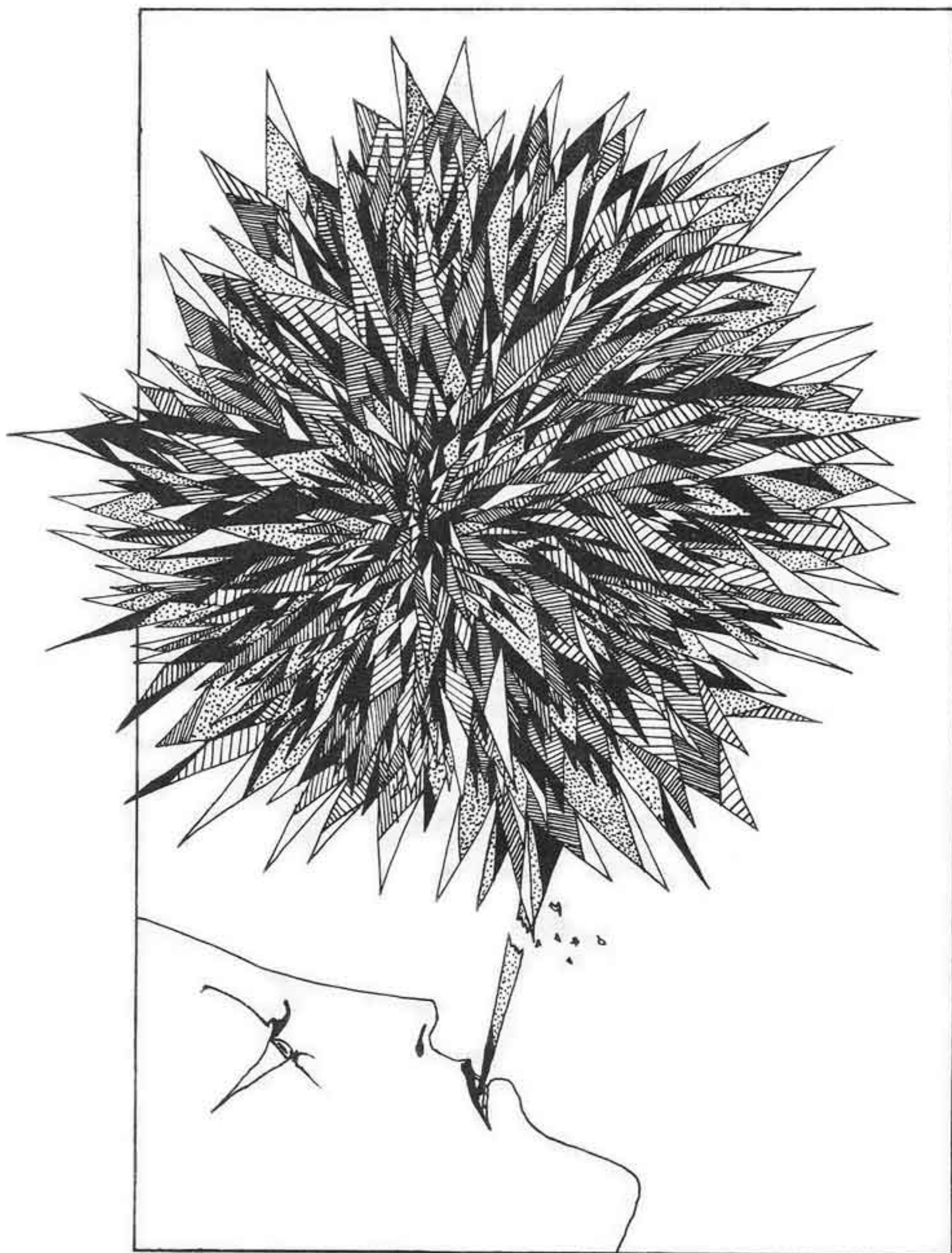
MOSTO.— Lo saqué por conclusión. Después de su niña imaginaria con el
poeta . . . dijo que antes de tener esa casa, vivía en el tronco de un
árbol acompañada de una serpiente y un pájaro . . . no puede ser
otra. Es el vampiro de la leyenda Sumeria. La que vivía con Adán
antes de la creación de Eva.

LILITH.— (Se despoja del atuendo ritual y con un sonido gutural marca su
presencia).

PSIQUIATRA.— (La localiza con su lámpara).

LILITH.— . . . Por eso fue que inventaron el fingimiento de los cambios pa-
ra desconcertar a los que pueblan el rebaño de la Esperanza.

MOSTO.— ¿Cómo es eso?



LILITH.— La semilla de los hombres viene de muy lejos. Una insondable carcajada guarda la puerta del origen . . . , es tanta la distancia que ni el ácido Desoxirribonucleico ni la superrova más pavorosa guardan memoria.

MOSTO.— ¿Y la historia?

LILITH.— (acercándose más)— La historia es un mitote que se alarga como una liga y, como tal, tiene su punto de rompimiento.

PSIQUIATRA.—(Quemando casi los ojos de Lilith con la luz de su lámpara)
¡No estoy de acuerdo!

LILITH.— (Volteándole la lámpara)— ¡No tienes razón!

PSIQUIATRA.— (Retórico)— La historia es la memoria secular necesariamente imprescindible para poder interpretar el espíritu y la evolución del hombre.

LILITH.— Memoria de olvidadizo diría yo . . . ; ¿Para interpretar cuál “espíritu”? (Ríe)— ¿Evolución? ¿Has dicho: “evolución”?

MOSTO.— Los científicos . . .

LILITH.— Me tienes harta con ese apego infantil a los “científicos” Preguntá sin rodeos a esos unguadores de letras por que no evolucionan las cucarachas (Le arroja la máscara).

MOSTO.— Quisiera estar en mi casa.

PSIQUIATRA.— ¿Por qué la conoces y deseas protección en sus rincones?

MOSTO.— (Asiente con un gesto).

LILITH.— (Tomando el lugar de Psiquiatra)— Desgraciadamente tu casa ya no existe. Todo lo sólido es ahora volátil y lo volátil mismo se destransforma para ya no ser nada.

MOSTO.— No es posible.

LILITH.— “Nada existe si no puede mirarse” ¿Lo recuerdas? Tu mismo lo dijiste.

MOSTO.— ¡Yo la veo!

LILITH.— Crees que la miras para seguir oliendo tu propia peste. ¿Quién te dijo que se podía mirar?

MOSTO.— Mis ojos . . . ¡Mis ojos!

LILITH.— Tus “Ojos”? Pero si “Tus ojos” no son “Tus ojos”, Los tuyos fueron arrojados a la basura. Se mezclaron con los pedazos insertables de otros cuerpos en aquel hospital.

MOSTO.— Tú misma lo dijiste: los que me quitaron estaban atrofiados, no servían para nada.

LILITH.— ¿Y quién te dice que los que te pusieron pueden servirte de algo.

MOSTO.— Aquí están mis manos, veo mis manos.

LILITH.— “Ves” unas manos pero no puedes precisar si son las tuyas. El tiempo se licúa sobre sí mismo. Al hacerlo, aparece la FORMA como brillante plusvalía. La FORMA se traslada en el espacio (gira el brazo derecho rápidamente)— ¿Cuántos brazos eres capaz de contar en este movimiento?

MOSTO.— (No contesta).

LILITH.— Insistes en abrazarte a los fantasmas de la FORMA que son ecos del tiempo que no es nada. (Lo toma del hombro indicándole mirar a la platea)— Pon atención y dime lo que miras.

MOSTO.— El horizonte oscuro.

LILITH.— Te lo digo . . . allá están varias gentes observándonos, creyendo que disfrutar una obra de teatro dentro de su teatro cotidiano.

MOSTO.— Tengo bastante buscando la salida. Si he podido cruzar miles de puertas . . . la ley de proba . . . es evidente que pueden agotarse . . . sin . . . estoy seguro que debe haber una última que muestra el exterior en su presencia y esplendor.

LILITH.— (Ríe)— ¡Que retórico estuvo eso de “Presencia y esplendor”. ¡Ves como con tu réplica me has dado la razón? (Lo pone bajo el cenital)— Balbuceas. Locuciones entrecortadas. ¿Me quieres convencer con titubeos?

MOSTO.— Veo . . . pero sin la esperanza soy un lobo. Me mordería los brazos y las víceras.

LILITH.— (Alejándose)— La Esperanza es nuestro agente de negocios.

MOSTO.— (Se pone de pie para descubrir que la luz que le rodea es una cárcel. Palpa los muros y da rondas como animal en una trampa) ¡Al menos dime como encontrar a mis amigos!

LILITH.— ¡Cabalgas en la concha de una tortuga!

MOSTO.— ¿Qué tocará la meta primero que la liebre? El mundo es relativo.

LILITH.— Eres dicharachero. Aprendes frases de memoria y cuando las pronuncias, te sientes un altoparlante de la sabiduría! ¡guarda silencio!

MOSTO.— (Y los naufragos que se quitan las máscaras)— ¡Pero si tengo milenios escuchando!

Suena de nuevo el ritmo que ahora va presentando un recorrido sonoro hasta llegar a las formas presentes y aun al sonido del espacio exterior. Mosto recupera con los demás el atuendo ritual y el solista entona su invocación.

Solista.— Sin—dar—trea—al
Sect—po—tre—m
Gin—bron—da grin
ta—dem—bo—ña—fú

Ta—la—fí—

Cron—ci—to—pe
Ne—tral—tul
Mi—cromblo—tin—do
Sem—en—tu—i
Do dem— en sus—nien—col
Pa schloch— me cribe—tons
li—ni lu—pel
li—ni suplel
Cul—entral ne sien pe chil—ma
Grin—pi—cren
Blo—no—ten
kroch—ran!
Fran—pla—ni—nul
clot—jin zet—plun!
Ñan bris—nen—sul
Nan bris—nen—sul

Trin—jul pon
Chot—hal—der

Zipe te—jul
bel—pon
bel—pon
bal—pon jul—chot
den—den
¡Hann ghaaa nng-g-g!

(Las voces y los cuerpos van fundiéndose a la par en un caos de incoherencias y gritos excesivos, hasta terminar convertidos en una jauría que se devora).

OSCURO

(Enciende el cenital y ahora el Psiquiatra está sentado en una silla blanca bajo la luz del cenital—jaula que lo protege de la jauría que camina en torno ya convertidos en animales hambrientos y jadeantes. Mosto se despoja de la máscara para dirigirse al Psiquiatra).

MOSTO.— Estoy harto de prestar mis oídos y mis ojos en este sueño.

PSIQUIATRA.— Pero estas vivo.

MOSTO.— ¿Vivo?

PSIQUIATRA.— La Esperanza es un cuerno de abundancia en perspectivas. (Irónico)— Cada puerta que abres, cada pasillo que recorres, cada escalera subida o bajada, cada cortina que atraviesas; esperas dar con la salida definitiva . . . , y la ESPERANZA te susurra, cuando descubres que hay otra puerta, otro pasillo, otra escalera y otra y otra y otra cortina más; si ésta no fue, tal vez la próxima esconde la respuesta.

MOSTO.— ¿Por qué me atormentas?

PSIQUIATRA.— ¡Ven conmigo! (Lo toma de la mano) y bajan al público en tanto los demás entran al círculo de luz como sorbidos por un resumidero)— Bajaremos al pozo. Vamos a hundirnos en el jugo que segregan los gusanos. Observa bien lo que voy a mostrarte, (Ve iluminando el rostro de un espectador con cada una de sus frases. Lilith baja tras ellos guardando la distancia)— Este fue el primer asesinado. Quería repartir las mujeres que acaparaba el jefe de la horda, pero fue abandonado por sus hermanos cuando el padre—jefe descubrió la traición. Murió a la orilla de la playa y su carne alimentó a sus asesinos. Después de aquella primera muerte se han sucedido todas las muertes. A éste lo precipitaron al abismo. ¡Colgado!, Crucificado. En la hoguera. Guillotinado. En la silla eléctrica. Vejado públicamente. Sin ojos y sin uñas. Sin órganos sexuales. Empalado. En el circo.

De hambre, de sed. Descuartizado. Arrojado en un pozo de alimañas. Después de haber perdido la lengua y los oídos. Con una jaula de ratas enloquecidas en el vientre. Fue fusilado, después decapitado para poner su cabeza en una jaula colgada de una esquina. Apedreado. Aquel en emboscada y el otro traicionado. Ese con un piolet encajado en la frente. Este obligado a suicidarse. Y, por último; este pobre, bajado del pináculo de luminaria del pensamiento artístico, se arrodilló frente al partido prometiendo hechar fuera de su alma los restos anarquistas de su individualismo. (Suben al escenario y Mosto es puesto en la cárcel de luz con sus compañeros)— Todo ha quedado claro. Espero que mi esfuerzo tenga sentido.

MOSTO.— Eso que me mostraste fueron sólo accidentes . . .

LILITH.— (Saliendo de la sombra)— ¿Por qué persistes en la torpeza?

MOSTO.— (Tratando de romper el muro invisible)— ¡Porque sé que hay salida! ¡ Lo siento!

LILITH.— Eres cruel contigo mismo. Terminarás desgastando tu cuerpo inútilmente.

PSIQUIATRA.— (Dando unos pasos hacia el grupo que se pliega temeroso)— En esta casa no hay ninguna. Yo me cansé de recorrerla. Conozco cada rincón, puedo hablar con detalle, dar las medidas, el peso, las relaciones que guardan los objetos. Aprendí sus historias. Puedo contar lo que dice la sombra cuando se pone a conversar en las esquinas del techo con el eco. He visto como son martirizadas las margaritas cuando se atreven a poblar las alfombras y a confundir los cuadros blancos con los negros. (Pausa)— Ten cuidado. Te advierto con el más efectivo conocimiento de causa; ésta casa no tiene acceso al exterior.

NAUFRAGOS.— ¿Cómo lo afirmas?

PSIQUIATRA.— Porque yo tenía sueños más terribles que los que puedan haber tenido todos ustedes juntos, hasta que me canse de soportar esa tortura recurrente que desde niño me atormentaba. (Pausa) — Soñaba que caía en un abismo. Que se me pegaban las plantas a la tierra mientras todos huían. Que se me desprendían uno a uno los dientes y las muelas. Un día despertando decidí poner coto a mi angustia . . . debía buscar una salida. Corté mis venas, y fui marcando el recorrido con la sangre, hasta que me topé con el punto de partida.

LILITH.— ¡Adorable! Qué gran ayuda les das en su ignorancia. (Le da un beso en la boca a Psiquiatra).

NAUFRAGOS.— ¿Y a nosotros en que nos beneficia toda tu repetida tragedia-comedia? (Le arrojan las máscaras notando que no hay más muro, avanzan contra Psiquiatra y Lilith que siguen abrazados).

(Psiquiatra y Lilith salen presurosos tomados de la mano. Lilith da un silbatazo y Arpía entra arremetiéndolo contra ellos bajo la luz intermitente.

OSCURO.

(Se ilumina la recámara Mosto—Pandora. Continúan con su maquillaje de muñecos. Ella está sentada frente al público con una revista de modas que le cubre la cara. Viste una sofisticada bata de noche.

MOSTO.— (Entrando en bata de baño)— Creí que dormías.

PANDORA.— Insisto en que debes dar tus disculpas a papá.

MOSTO.— No quiero repetir todo de nuevo. (Se sirve un baso de vino)

PANDORA.— Insisto en repetirlo.

MOSTO.— ¡Esta bien! Voy a decir algo definitivo; tu padre, como ladrón tiene bien merecido lo que le pasa . . .

PANDORA.— (Arrojándole al rostro la revista) — ¡Ladrón! ¿Has dicho ladrón?

MOSTO.— ¡Ladrón! He dicho “ladrón” Y debo agregar algo más todavía; ¡esos imbéciles de pacotilla, hacen muy mal en pedirle solamente veinticinco millones, deben pedirle toda su fortuna.

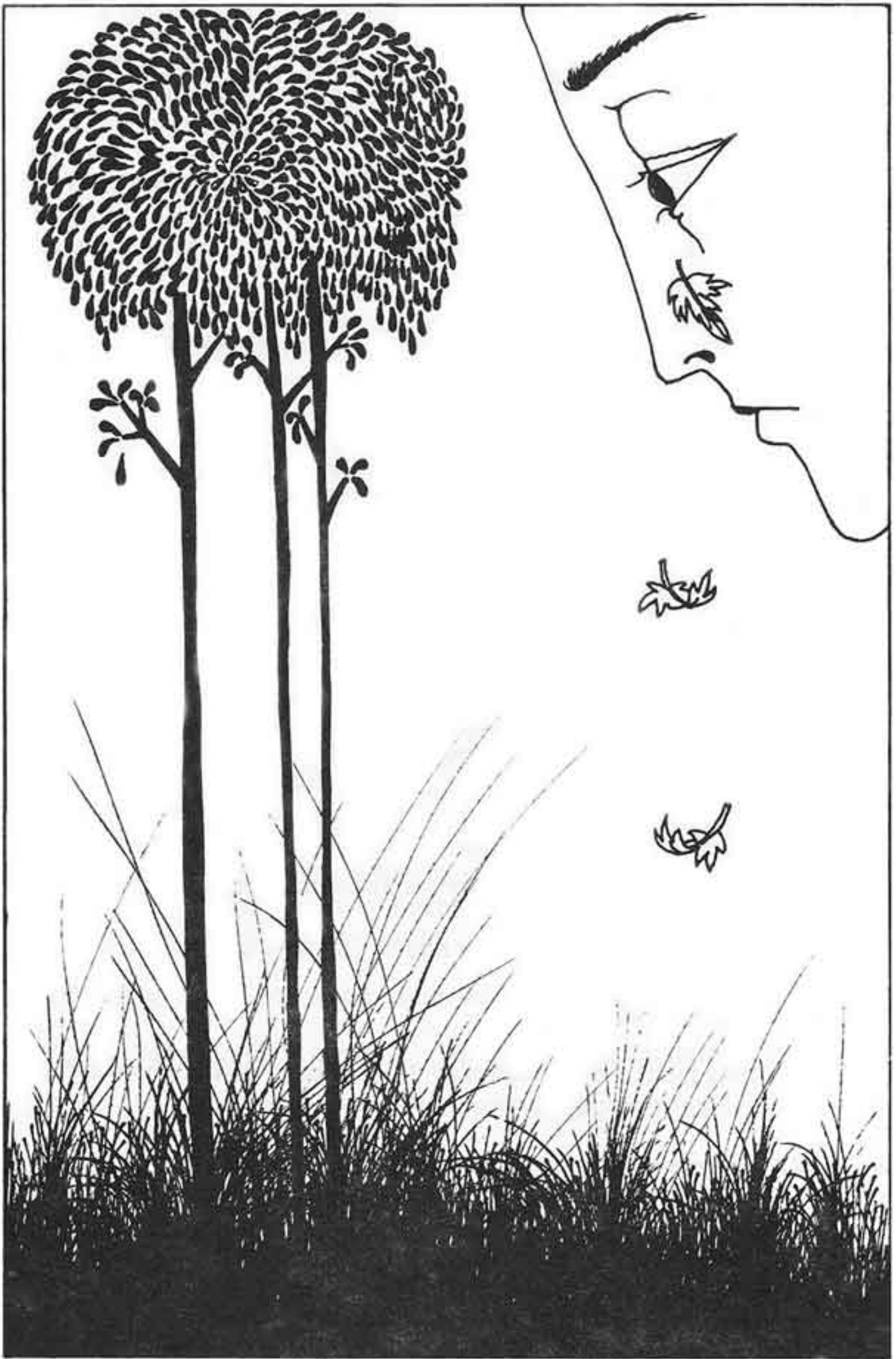
PANDORA.— ¡El tendrá que saberlo!

MOSTO.— Comunícaselo en el próximo contacto con los secuestradores.

PANDORA.— Haré algo mejor; voy a denunciarte de sospechoso.

MOSTO.— Es un secreto a voces que tu padre se autosecuestro con fines políticos.

PANDORA.— ¿Lo acusas de asesinar a sus asistentes, incluso a mi tío?



GLIFO
82

MOSTO.— Lo acusa la opinión pública que bien le conoce. ¿No has leído la prensa?

PANDORA.— La prensa es amarillista.

MOSTO.— Debe tener alguna mano metida en ello tu padre o por lo menos el dedo meñique.

PANDORA.— Ahora comprendo la razón del desprecio que te tienen mis amigos.

MOSTO.— Tus “amigos” no son más que pirañas . . . , pirañas perfumadas con desodorantes especiales.

PANDORA.— ¡Sí son pirañas! Y los tuyos, hipócritas . . .

MOSTO.— ¿Y los defiendes?

PANDORA.— Más que hipócritas Basofia de comunis. . . . Oh! que torpe soy, estuve a punto de decir comunistas, cuando no pasan de comunisteros. ¿Donde quedó el orgullo de sentirse la terrible vanguardia de la historia? Ahora quieren sentarse en el congreso para dictar las leyes. Funcionar dentro de un sistema legal que detestaban. ¿Que no se proponían inventar un juego nuevo? Es que decrepitos, ahora temen al juego eterno por que ni Marx, ni Engels, ni Lenin, les dejaron más guía espiritual que la guía del dinero? (Pausa)— Ahí los veo, marchando al último grito de la moda, ritmo que la “burguesía” les impuso desde chiquitos. Es elocuente verlos inclinar la cerviz al recibir la bendición nupcial cuando se casan por la iglesia. ¿Ignoran que Pio XII los arrojó a la porra de un bastonazo?

MOSTO.— Tu no entiendes nada de política. Y confundes la vulgaridad con la inteligencia.

PANDORA.— ¿No se dan cuenta que vienen a zampar las narices en el reducto más venenoso del “Opio de los pueblos”? Que querían cambiarlo todo y no se atreven a trastocar el propio charco de mierda cotidiana. ¿Es que tienen acaso dentro de sus fines, un plan secretísimo de subversión como medio para destruir las odiadas instituciones de los “Ricos”?

MOSTO.— Estábamos hablando de tu padre, no de tu visceral desprecio a los comunistas, ni de los problemas que arrastran ellos en sus atavismos existenciales.

PANDORA.— Tú mismo dices que nada está separado en la realidad. Así que su problemática existencial y mi odio se juntan en algún punto del espacio . . . además, esta noche, quiero agotar los ligamentos que nos obligan a soportarnos. Tu detestas el poder de mi familia y yo no puedo soportar tus discursos aleccionadores.

MOSTO.— Tu problema es que no puedes renunciar a la frivolidad en labor de la vida.

PANDORA.— ¿Cómo puedo renunciar a la potencia que me aglutina en una especie aparte?

MOSTO.— ¿Qué dices?

PANDORA.— La humanidad no es una sola. El ser humano está bien dividido por especies como las alimañas. ¿Qué quieres? ¿Qué se reúna todo nuestro dinero en el último piso del más alto edificio de la ciudad y lo arrojemos por las ventanas? Ese loco millonario de Nueva York fue solo un espectáculo para mendigos pues él estaba divirtiéndose. El oro es excremento . . .

MOSTO.— Y los locos espectaculares lo disfrutaban. Diríamos que disfrutaban la bañera de “oro”.

PANDORA.— Digamos mejor que los que día con día nos exorcisan con sus cursis eslogans lo quisieran tener para ponérselo de lavativa.

MOSTO.— ¿Quieres instituir una paradoja?

PANDORA.—¿La paradoja que se produce con la envidia? (Pausa)— Nosotros lo sabemos manejar. No se nos llena la frente de sudor helado cuando lo tocamos en cantidades inimaginables . . . tan inimaginables que se torna PODER a nuestro toque sin que nos tiemblen las manos. Sabemos darle cauce. Lo regamos donde conviene, para que puedan fructificar las cosas. (Se dirige a la cama).

MOSTO.— Cuando no hablas de modas y de fiestas tus lugares comunes dan pavor; hueles a siglo dieciocho en decadencia.

PANDORA.—Es el hombre un inmenso lugar común . . . , atrapado en su deseo morboso de huir. Jamás está conforme donde tiene los pies y quiere tener manos de gigante para tomarlo todo.

MOSTO.— ¿A quién defiendes?

PANDORA.—¿Quieres que hable como tú? Debo interpretar el que te hayas casado conmigo, como un apetito decadente por la decadencia?

MOSTO.— (Guarda silencio)

PANDORA.— ¡Piensa en voz alta!

MOSTO.— Tu lo sabes . . .

PANDORA.— Lo único que conozco es tu tendencia por el juego del cuerpo. Debiste darle vuelo al placer en otra parte. Afuera existen muchos hombres y mujeres igualmente dispuestos al placer como tú. Piensas que todo debe trabajar por el placer habiendo cosas más importantes que desgastar la vida inútilmente.

MOSTO.— Lo placentero del contacto es el verdadero trabajo del mundo. Creí que lo habías entendido. No es ya tiempo de buscar nada . . . , puede quedarse sin deseo el universo.

PANDORA.— ¿Y yo?

MOSTO.— Hiciste trampa. A un hombre que ha perdido los ojos desde la infancia, es fácil engañarlo por que conserva la visión plena de un mundo que los adultos han olvidado.

PANDORA.— ¡Fuí yo quien te buscó y pagó esos ojos!

MOSTO.— Esa es tu condena. Con ellos he aprendido a conocerte.

PANDORA.— ¿Quieres decir que no amo a mi prójimo por lo menos?

MOSTO.— Quiero decir que perteneces a la raza de los que llevan unas tijeras en el bolsillo para ir cortando en dos partes las ideas, inaugurando continuamente las estancias del eterno retorno, exclamando con el orgasmo suspendido: éstas para la izquierda y éstas a la derecha, chaz, chaz, chaz, chaz. Estas arriba y éstas abajo, chaz, chaz, chaz. Esta será la línea solar y ésta la lunar. Nosotros los buenos entregaremos una despensa completa . . . , a la madre más humilde, al niño más pobre, al inválido más jodido.

PANDORA.— Por eso tu no haces nada por nadie . . . Tu hermano tiene un justo juicio de lo que te mueve.

MOSTO.— ¡Todos tienen razón! ¿Qué diversión inventarían si se acabaran de pronto los llorones inválidos de sí mismos?

PANDORA.— He descubierto que nos traicionas a cada paso . . .

MOSTO.— ¡Esta fue la noche de los descubrimientos! No puedo resistirme al espectáculo que dan las formaciones de minúsculos tanques de guerra y elefantes rosas transitando por la pared rumbo al momento en que se rompen todos los nudos.

PANDORA.— (Se retira de nuevo a dormir)— Me niego a continuar. Vas a seguir con esa inentendible palabrería.

MOSTO.— ¡Te niegas por que no hablo de los olores a saloncito, té canasta o iglesia trasnochada que te gustan!

PANDORA.— Me niego por que no me interesan más los razonamientos de los aspirantes a doctores de la ley del futuro. (Apaga la lámpara de la recámara).

MOSTO.— (Indignado arroja el vaso contra la cortina)— ¡Delirium tremens! (Ríe)— ¡Delirium trémens! Psicoanalista de cagada. (Se queda dormido en el sillón sin apagar la luz).

PANDORA.— (Luego de un momento)— Mosto . . . Mosto . . . , es muy tarde. (Como no le contesta, se levanta. Lo ve dormido y se dirige a la puerta de salida. Regresa en compañía de Perseo. Este saca una navaja de barbero. Pandora se tapa los oídos. Perseo sutilmente se monta en el dormido sin tocarlo. Le pone la mano derecha en la cabeza y la navaja junto al cuello. Apagón encendido, Pandora grita mientras Perseo se pone de pie dejando a Mosto en sus mudas convulsiones y sale corriendo despreocupado limpiándose las chispas de sangre de la cara. Al pasar le agarra el sexo a Pandora.)

OSCURO.

(El "Gloria" de Vivaldi da principio. Paso a paso se ilumina de nuevo el escenario de rojo intenso. Está sólamente la plataforma cubierta. El cadaver de Mosto en el piso. Caen serpentinas, confetis, globos. Entran por la derecha Pandora y Caín; los dos últimos náufragos. Admirados de aquella lluvia extraña, ven como al ritmo de la melodía, desciende suavemente una botella gigante de pepsicola que toca el piso con las notas finales. Ellos con asombro se acercan y la palpan incrédulos y tímidos.)

BUFON.— (Se asoma por la izquierda. Tiene un traje medieval y un matamoscas. Mira la botella y se regresa pleno de gozo. Retorna de inmediato gritando)— ¡Lo hemos logrado! ¡Lo hemos logrado! La transferencia dió resultado. Señora. Señora mía, lo hemos logrado. (Espanta con el matamoscas a los intrusos)— ¡Yuuuuuju! ¡Viva nuestra señora! (Da saltitos de gusto)— Lo hemos logrado. Lo hemos logrado.

CAIN Y PANDORA.— (imitando al Bufón)— Lo hemos logrado, lo hemos logrado . . .

BUFON.— ¿Qué han logrado ustedes? Les hace un desplante. Ellos quedan inhibidos)— ¿Ustedes pertenecen al grupo de los que buscan la salida?

PANDORA y CAIN.— Nosotros, no . . . otros, no . . .

BUFON.— ¡No lo nieguen! (Le pega con el matamoscas en la cabeza)— Ustedes andan vagando abriendo puertas y metiendo las narices en todos los rincones. (Les pega mas)— Les diré algo importante antes de que toda esta cursilería se de por terminada: Huír, huír al otro lado del confín, cayendo en el vacío de los tiempos. Es la única forma de salir de los mundos que no hemos inventado. Si este sueño nunca les ha gustado, es porque no lo están soñando y no les pertenece, pero tampoco podrán jamás cambiarlo. (Escucha algo inaudible desde lo alto. Dice que sí, con un gesto. Baja un enorme globo. Saca un alfilerillo y lo pincha varias veces por el centro en dirección opuesta de la boca. Caín y Pandora se acercan al notar que no se revienta, pero cuando están cerca lo pincha por el costado y los curiosos caen al piso con la sorpresa)— Lo hemos logrado. Lo hemos logrado.

CAIN y PANDORA.— (Se le unen).

BUFON.— (Los toma de las manos y hacen una ronda en torno a la botella) ¡Vamos todos a tomar la sexicola!

MUSICA

LOS TRES.— Oh sexicola mía serás
Oh sexicola te beberé

De sexicola siempre tendré
La panza llena y no moriré

PANDORA.— ¿Saben que día es hoy? (Ellos quieren continuar cantando)—
¿Quién sabe que día es hoy?

CAIN.— Es el cumpleaños del círculo vicioso.

BUFON y PANDORA.— (Entre sí)— ¿Cómo lo supo?

CAIN.— Esto ya sucedió miles de veces . . ., después ustedes tomándose las manos (les induce a tomarlas)— giran en torno mío gritando;

BUFON y PANDORA.— (Gritan)— ¡Cállate!

(También grita Perseo que recién está entrando. Viene cargando una gran piedra).

PANDORA.—(A Caín)— Tu obsesión enfermiza de repetir y repetir no tiene fin . . . (se interrumpe al notar la interferencia de Perseo que se adelanta.

PERSEO.—(Tiene un aire lejano, mezcla de desencanto y vacuidad. Ropa sucia y desgarrada)— Toma mi sueño.

Construye una escalera.
Sube por ella
Al más profundo abismo
Y apaga las estrellas.

(A Pandora)—
No cuentes con la tierra.
Clava las uñas en el rostro
del que te abra la puerta,
Y canta para todos la tonadilla imbécil
del bienaventurado.

(A Caín)—
No cuentes con el viento.
Esto se pudre.
Deja en las ondas lo superfluo.
Esto se pudre.
Mientras ellos te cortan en pedazos,
dale brillo a los dientes
Aguza el agujón.

Luego te arrojarán a los estudios
Y entre ellos
Por el teléfono rojo
Se contarán chistes obscenos.

(El Bufón aplaude con cinismo y ríe mecánicamente. Empujando a Perseo por la espalda le pregunta después de que ha caído junto al cadáver de Mosto).

BUFON.—¿Y qué otra cosa puedes mostrarnos además de tus poemas esquizofrénicos?

(Ríen).

PERSEO.—(Notando el cuerpo muerto)— En este cuerpo nadie vive. Está vacío, hace milenios. Cuando los montes eran valles, ya estaba como está; sin un minúsculo rayo de luz en su interior.

BUFON.— ¡Cuéntanos más! (A Caín y Pandora)— ¿Qué nos cuente?

ELLOS.— Sí, sí que nos cuente!

PERSEO.—(Evidentemente sintonizado en otra longitud)— El banquete resbala lentamente por el sifón de la letrina. ¿No os da vergüenza que se pierda el banquete?

(Bufón se retira con sus amigos un poco y cuchichean en secreto. Luego dando la cara le gritan).

LOS TRES.— ¡Que se pierda!

PERSEO.— (Da unos pasos y se va quedando sin saber que hacer como ciego en un mundo distinto al conocido).

BUFON.— (Se adelanta para decir algo pero no dice nada. Quiere aprovechar aquel instante con una nueva diversión; así exclama en tono de farsa)— Nosotros nos consideramos un pueblo muy “Sui generis” Las demás naciones nos envidian (En secreto)— Sabemos que nos espían desde satélites artificiales ji, ji, ji, pero nos vale madre. Nuestro folclor es una cosa esplendorosa, sin que por lo demás tengamos diferencias con los otros pobladores del planeta, que por el esmero con que cuidamos al héroe nacional que ya casi se nos muere de viejo. (Se acerca de puntillas a Perseo y le acomoda la postura, le sacude el cabello etc.)— Lo tenemos desde inmemoriales anohecidos y amanecidos. Dicen que quiso tapar el sol con un dedo . . .

CAIN.— Parar el sol.

BUFON.—¿Parar . . . ?

CAIN y PANDORA.— Sí Parar el sol.

BUFON.— ¿Eso pretendía?

CAIN.— No lo pretendía; ¡lo hizo!

BUFON.—¿Cómo?

PANDORA.—Era un hombre fuera de lo común. Aquel día de la batalla decisiva; después de ordenar a las nubes que arrojan piedras encima de sus enemigos. . .

CAIN.— Dijo en presencia de todos . . .

PERSEO.—(Reaccionando)— ¡Sol no te muevas de sobre la ciudad, ni tu luna de sobre las colinas!

BUFON.— (Da saltitos de gusto y suelta su risa chillona, mientras le quita la piedra para sopesarla).

PERSEO.—. . . Y el sol se detuvo y la luna se paró hasta que la gente del pueblo se hubo vengado de sus enemigos.

(Bufón y Caín se pasan la piedra cada vez más incómodos por tenerla).

PANDORA.—(Atrapada en el magnetismo extraño de Perseo)— JACOB! ¿De dónde vienes?

PERSEO.—(Camina al frente sin oírla).

PANDORA.— ¡JACOB!

BUFON y CAIN.— (Desconcertados ven como Pandora los abandona).

BUFON.— (A Perseo)— No exaltes tu locura. No es necesario. Nuestros oídos tienen la fineza del filamento fotostático. Podemos escuchar tus pensamientos. Medir la luz del reflector de diez mil wats que todavía no ha sido fabricado.

PANDORA.— Todos ustedes. . . , cerdos inútiles.

BUFON.— (Tomando del brazo a Caín)— Podemos bien llorar al paso de un cortejo . . .

CAIN.— . . . Y hablarde los demás como ninguno.

PANDORA.— ¡Inútiles! ¡Inútiles!

BUFON y CAIN.— (Abrazados en esfuerzo final por diluir el encanto que tiene a Pandora, le dicen a Perseo afeminados)— Dinos por dónde queda el camino hacia la torre del molino. Como ves en las espigas hay un fulgor maravilloso. Somos granos de trigo de la mejor cosecha. (Ríen).

CAIN.— (A Pandora)— ¿Por qué te vas con él? ¿Qué cosa tiene él mejor que yo?

PANDORA.— Lo importante . . . , tiene lo verdaderamente importante. Un feeling catártico que me subyuga.

BUFON.— Pero si la “ IMPORTANCIA ” es un galimatías! TODO debe mezclarse para que NADA, continúe su existencia. (Le devuelve la piedra a Perseo).

PANDORA.— No entiendo.

BUFON.— (Señala el pie derecho)— Aquí; el ruín, el cobarde, son una minoría y sufren vejaciones, pero saben que se deslizan con el giro y esperan con paciencia las multitudinarias exclamaciones como señal para tomar venganza y descargar sobre sus enemigos, todos los cataclismos en el nombre de su razón de ser.

PANDORA.— (Interesada)— Sigo sin entender.

BUFON.— (Engancha el brazo de Caín en sentido contrario)— El (Caín)—, está parado suavemente aquí.

CAIN.— Y él (Bufón).—, está parado suavemente aquí.

PANDORA.— (Da vuelta para ver bien).

BUFON y CAIN.— (Giran cambiando de lugar)— ¿Dónde quedó cada quien?

PANDORA.— Pero si ustedes están hablando del más vulgar maniqueísmo!

BUFON y CAIN.— Eres tú la que mira las cosas con ojos maniqueos, por que haces del maniqueísmo tu contrario.

CAIN.— Nosotros giramos únicamente (Gritan).

PANDORA.— Entonces ¿cómo salir de la inmensa laguna de mentiras?

BUFON y CAIN.— ¡Soltándonos! (giran y se sueltan dando en el piso).

(Entre la mesita de servicio con la tetera y las tres tazas, activada por un conjunto de carritos de cuerda en formación como pequeños caballos).

BUFON.— ¡La hora del té!

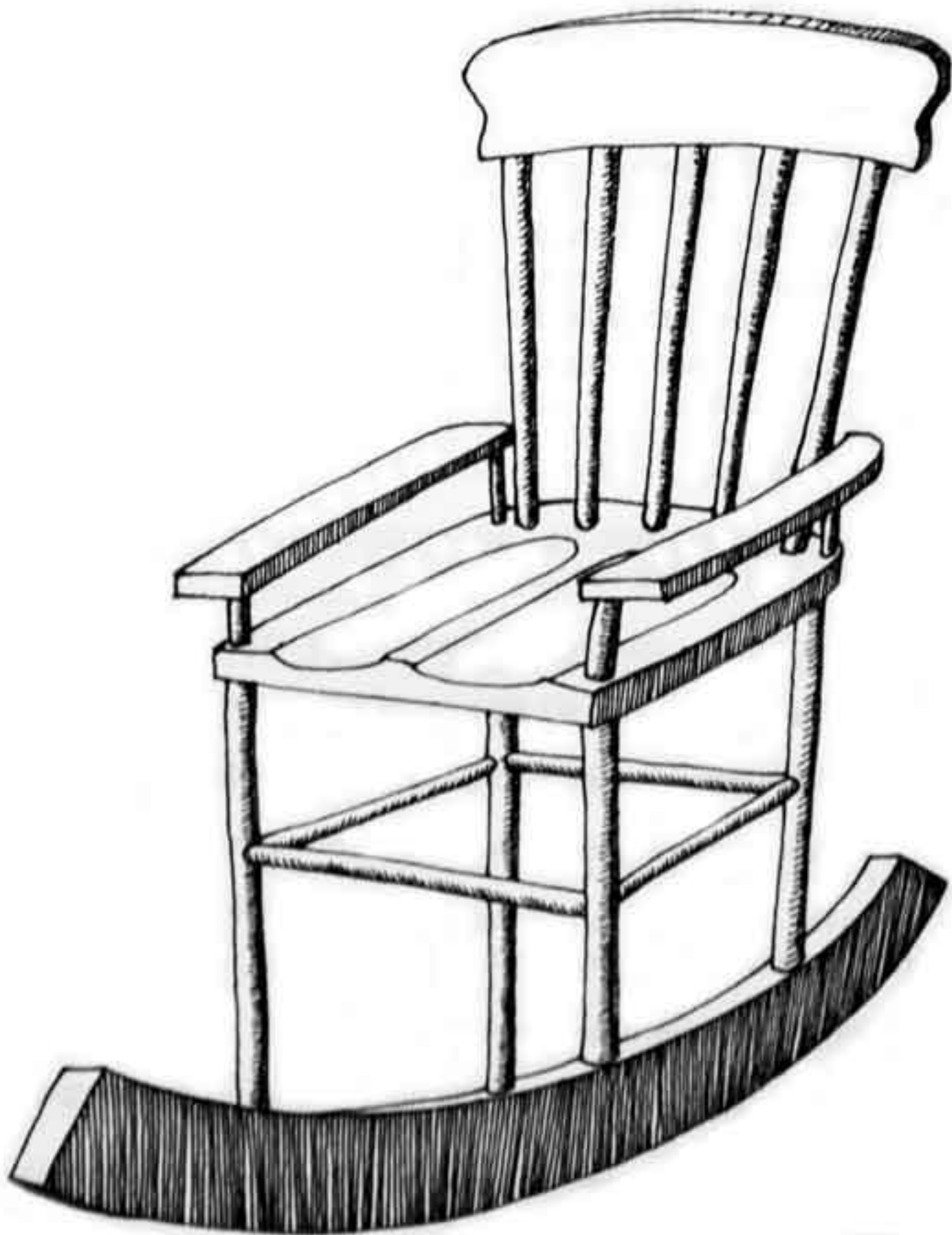
CAIN.— ¡La hora del té!

(Se sirven té volviendo la vista hacia Pandora que ayuda con la piedra a Perseo).

PANDORA.— (No resiste la mirada de sus amigos y la tentación de la hora del té. Devolviendo la carga sin previo aviso, se une a sus amigos que la reciben con un besito en la mejilla).

PERSEO.— (Grita cada vez más fuerte)— ¡Muera la burguesía!
¡Muera la burguesía!
¡Muera la burguesía!

(Al tercer grito, los tomadores de té lo toman en cuenta. Pandora viene a él con coquetería y de repente le pone la mano en el sexo y se lo acaricia, mientras los otros dos vienen también y acariciándole comienzan a desnudarlo).



OSCURO.

(Cuando enciende la luz, Pandora y Caín, tienen la cara deformada con una malla fina. Con movimientos torpes, Pandora levanta la mano y a su señal baja una cuerda con la que atan el cuerpo de Mosto que asciende lentamente. Luego toman postura de firmes. Pareciera que son rellenos de gelatina. Se hace visible Bufón que había permanecido tras la botella, despojándose del traje medieval para descubrir su vestimenta de oficial del ejército. Tiene un fuste de cuero. Se toca con la gorra, sonríe. Viene donde Perseo que duerme tirado al filo del proscenio junto a su piedra. Lo mueve con el pie hasta que despierta).

GENERAL.— ¿Qué haces aquí?

PERSEO.— Espero que se derrumben las dimensiones.

GENERAL.— Te ves agotado. Tienes el abatimiento que dan los filos de las olas, como si hubieras caminado por el mar.

PERSEO.— No sé. Posiblemente, Me parece haber soñado . . .

GENERAL.— ¿Sabes que ha llegado la hora?

PERSEO.— ¿Qué hora?

GENERAL.— (Ríe)— Qué divertido (Para sí)— No sabe que hora . . ., la hora de írnos jovencito despistado.

PERSEO.— No quiero irme a ningún lado. Vete tu solo si tienes prisa.

GENERAL.— ¿Me tuteas pendejo? ¡Párate bodoque de indolencia! (Lo levanta de los cabellos)— ¡Esta es la nueva realidad! Mírala bien. Ayer se derrumbaron tus dimensiones y no te diste cuenta. (Le da una patada que hace rodar a Perseo al centro del escenario)— ¡A la fila cabrón! Ahora vas a saber lo que significa caminar sobre las olas!

PERSEO.— (Se levanta decidido a salir por el frente)— Chinga tu madre pinche guacho puto!

GENERAL.— ¡Alto, deténgase!

PERSEO.— (Le indica que se meta el dedo en el culo).

GENERAL.— (Le dispara. Perseo rueda por un pasillo sin vida. Luego apuntando sobre el público trata de percibirlo en la oscuridad, pregunta con dulzura)— ¿Hay alguien ahí? ¿Está alguien ahí? Salga . . . ha pasado el peligro. Ya todo está en orden. ¿Hay alguien por ahí todavía? Salga. Vamos . . ., vamos. No existe nada ya que temer. ¿Hay alguien ahí?

(Se oyen sonidos de serpientes).

OSCURO.

Fin de la tercera pesadilla.

3er. Lugar

“Próxima función”

Por Claudio Patricio Castro Campillo*

“Correr hacia la estatua y encontrar sólo al grito,
querer tocar el grito y sólo hallar el eco,
querer asir el eco y encontrar sólo el muro
y correr hacia el muro y tocar un espejo...”

X. Villaurrutia.

“Nocturno de la estatua.”

“Yet if hope has flown away
In a night, or in a day,
In a vision, or in none,
Is it therefore the less *gone*?
All that we see or seem
Is but a dream within a dream.”

E. A. Poe.

“A Dream Within a Dream.”

*Alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

PERSONAJES.

Lidia.

Actriz I.*

Actor I.

Actriz II.

Actor II.

Productor.

Tendero.

Hermano de Daniel.

Daniel.

Hermana de Daniel.

Carmen.

Linda.

* Todos se doblan.

Con el escenario oscuro se oye el ambiente de una fiesta gigantesca, con música brasileña muy comercializada.

La escena se ilumina gradualmente hasta producir sombras en alto contraste. Los actores (cinco), mucho menos de lo que se esperaría, dado el escándalo, permanecen congelados.

Voz de Lidia en off.

OFF:

¿Y esa jeta? (Pausa) No te avisé de la reunión porque sólo pueden venir los de la compañía, y como eres medio raro te podías molestar. (Pausa) ¡No me quites la botella, con un carajo! no estoy tomada. Qué bueno que viniste, me sentía desesperada...

Las siluetas se animan. Lidia atiende a sus invitados.

LIDIA EN OFF:

Se traían un arguende con mi edad. Hilda era la más interesada.

La luz aumenta. Si en penumbra había cierta incoherencia en la escenografía, ahora se evidencia: ondas en lugar de suelo y muebles, sin llegar a lo excesivo, con apariencia de capricho decorativo muy "in": muros que continúan sin ángulo, el piso; y principalmente, un tinte incierto y poco perceptible, en la luminosidad.

LIDIA EN OFF:

Duro y duro con eso, como si fuera tan importante.

ACTRIZ 1:

Es imposible que tengas esa edad.

ACTOR 1:

Andale, aunque sólo por sacarle los colmillos a esta Coralillo.

LIDIA EN OFF:

¿Y tú?

ACTOR 1:

Tengo... verás... ehjmm... Y cuándo debutaste.

Lidia hace gesto de ir a atender a los otros invitados, una pareja muy entretenida en lo suyo. La actriz 1 la detiene.

ACTRIZ 1:

Ahorita no se les antoja ni botella ni trago, no los interrumpas.

ACTOR 1:

¿Te diste cuenta de la calidad? La maestra del mutis de latiguillo.

ACTRIZ 1:

Sin saliditas en falso. Cuándo fue.

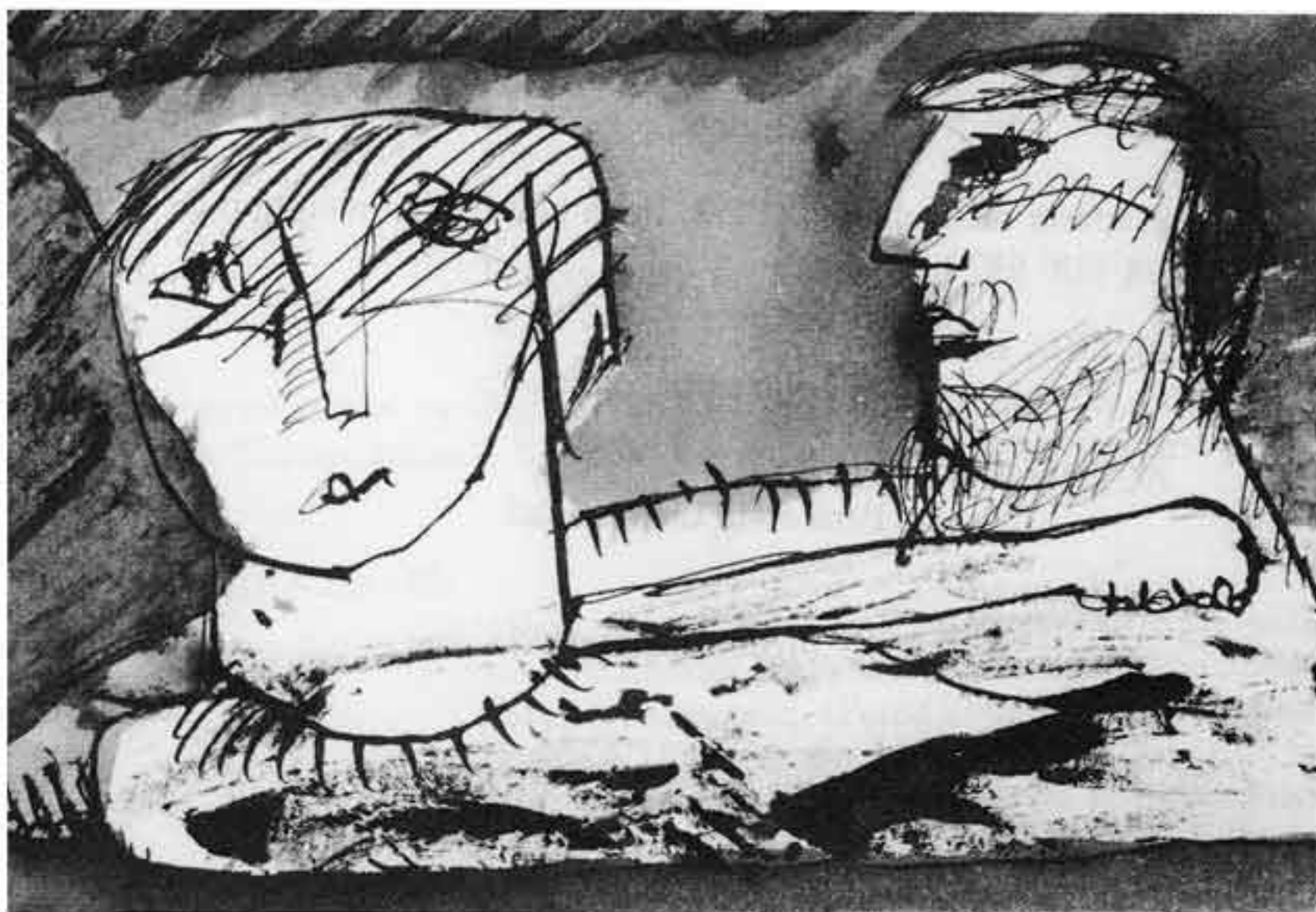
LIDIA EN OFF:

Y así siguieron. Ni modo, tuve que sacar la maleta donde guardo tantísima porquería (Pausa) ¿Qué?... Me siento bien en el balcón, para qué quieres que me meta.

VIÑETA

TERCER LUGAR:

Carlos Arturo Arias Vicieña



Lidia sale y regresa con una maleta de cuero bastante polvosa. Saca papeles, revistas, polvo, restos de antiguo vestuario, programas, periódicos, polvo.. que acomoda junto a ella y en lo que vendría siendo un sofá. Se lastima con la maleta.

ACTRIZ:

¡La uña! ¿Se te rompió?

Lidia se arranca el fragmento y vuelve a zambullirse en la maleta. Saca una "Gaceta universitaria" que le entrega a la actriz I.

LIDIA EN OFF:

Y ahí me tienes, toda manoseada.

La revista pasa de mano en mano.

LIDIA EN OFF:

¡Por qué me tengo que meter!, ¿crees que saltaría? (Ríe.) Estás loco. Veo la ciudad, parece una Virgen en medio de veladoras... la cabrona...

ACTRIZ I:

¡"Los Títeres de Cachiporra"!

ACTOR I:

Todo me esperaba menos esto. (Nalguea a Lidia, la actriz I lo advierte y lo fulmina con el gesto.) ¿De cuándo es?

ACTRIZ I:

¡Date cuenta!

La pareja es atraída por los comentarios. Rompen el estrechamiento y se integran a las exclamaciones.

ACTRIZ I:

Así que chiste, toda maquillada no se sabe si has cambiado mucho.

Lidia se aparta mirándose las uñas. De la bolsa saca un equipo de manicure y procura arreglar el daño.

ACTRIZ II:

Así que empezó ese año.

ACTRIZ I:

Pero en la Universidad.

ACTRIZ II:

¿Y profesionalmente?

ACTOR II:

Lo que se llama teatro en serio.

ACTOR I:

Debe tenerlo ahí. (Señala el reguero y se inclina a buscar) Ni a mí me había confesado nada.

Tocan a la puerta. Lidia abre. Entra el Productor. Todos lo rodean. Hacia donde va, como matrona con cencerro, lo siguen. Se sirve un trago y lo “fondea”, imitado por el resto. Se sirve un segundo, coge botana, y así lo hacen los demás. Se sienta e igual todo mundo. Lidia se dirige a guardar los recuerdos en la maleta. El productor la llama.

PRODUCTOR:

Lidia (Gesto con el dedo) Siéntate. (Es obedecido) Lo que me vas a oír te tirará de todos modos de Naalgass. (Choca los hielos en el vaso, consciente del espacio dramático.) Te estoy dando la oportunidad de tu vida. (Pausa dramática.) Probablemente... No, es un hecho; trabajarás en mi próxima película.

Murmullos de admiración, miradas de incredulidad entre los actores. Lidia corre a abrazar al productor, se le sienta en las piernas, lo besa, levanta y baila con él.

ACTRIZ I:

No es papel para ella.

ACTRIZ II:

Hasta tú estás mejor.

ACTRIZ I:

Mi reina, ya quisieras la mitad de lo que tengo.

El actor I se dirige a Lidia, quien todavía bailotea con el productor; le toca el hombro y le ofrece los brazos. Lidia se separa con un beso tan largo como su agradecimiento. El productor se ha contagiado de su euforia.

ACTOR I:

¡Mucho! (Se abrazan. Lidia mira a sus compañeros.)

CORO:

Felicidades. Te lo has ganado. Era justo. (Brindan.) Por el triunfo merecido.

Lidia arrincona al productor. Los actores cuchichean y ensartan con la mirada a la “buena amiga”. El actor I se separa de ellos a prepararse un trago.

LIDIA EN OF:

¡Déjame en paz! No te hablé para que me jodieras, necesitaba platicar con alguien; no, contigo. Estoy desesperada. (Pausa) No me quito de aquí. (Pausa.) Tienes razón, el fresco me puede resfriar. Voy... Qué bueno que viniste; no sé que hubiera hecho sin ti.

La actriz II revuelve entre los recuerdos hallando el recorte, amarillento y quebradizo, de una vedette.

ACTRIZ II:
¿Será ella?

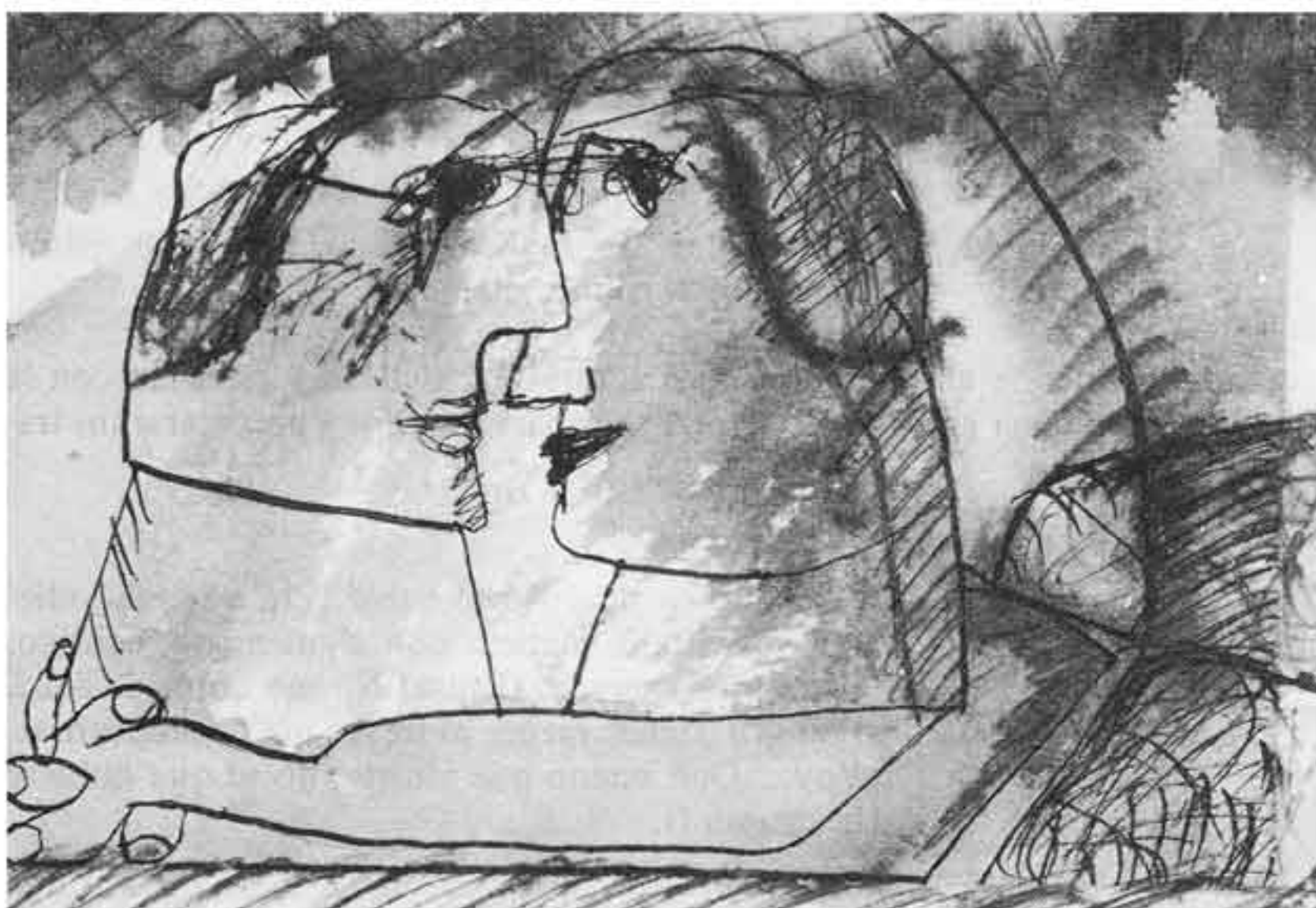
ACTRIZ I:
(Cotejando desde lejos original y recorte.) Por supuesto.

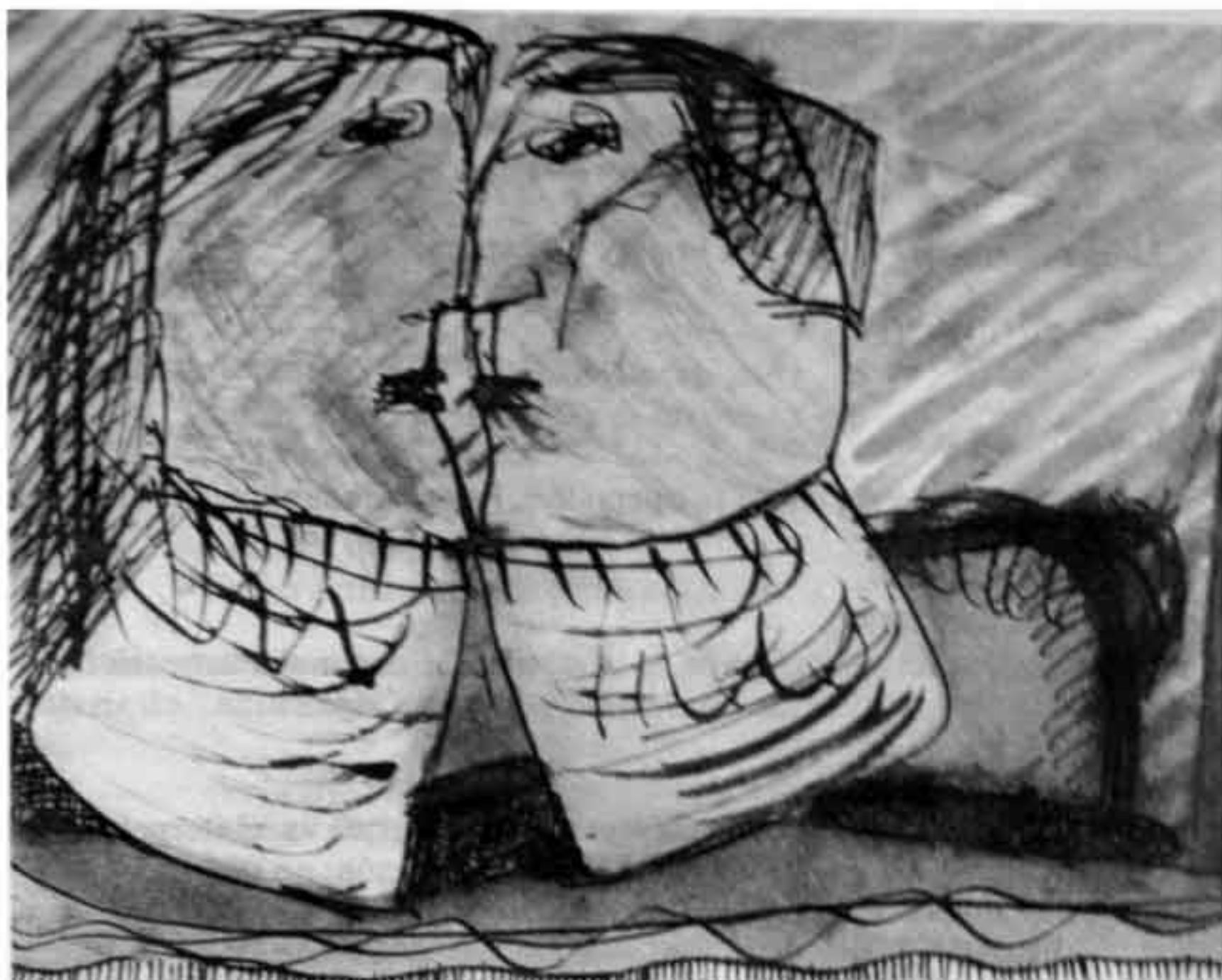
ACTOR II:
Es increíble. La plástica hace milagros hoy en día. Se conserva idéntica.

LIDIA EN OFF:
No tengo que decirte cómo son, los conoces. Después que me manosearon, digo, a la revista, y me dejaron tirada y supieron de mi película y me destazaron... ¡Me lleva!, se acabó esto. Pásame lo que encuentres. (Pausa.) Si vas a ponerte en ese plan, mejor lárgate. (Pausa.) ¡No, no es cierto! Me volvería loca.. Encontraron el recorte de una vedette igualita a mí. (Pausa) ¡Ya sé qué hora es!, pero tengo que hablar tengo que hablar hablar... La Rosita de "Los Títeres de Cachiporra" tenía una gemela en esto. Quise verla; nunca tuve tiempo..., y ahora con asomarme a un espejo... Fue un presagio...

La pareja se despide besuqueando a todos.

ACTRIZ I:
(Al actor I) Cielito, me duele la cabeza, ¿nos vamos también?





ACTOR I:

¿Te duele mucho?

ACTRIZ I:

No sabes cuánto. Tanto baile, desnudarse y vestirse en escena, aunque el peso lo lleve otra, me dejan "out"; pero no es demasiado para mi edad. (A Lidia.) Felicidades. (La besa. Al inclinarse para hacerlo parece que la va a morder. Al productor.) Si necesita a una Actriz, con mis cualidades, encantada de "rodar con" usted. (Se dirige a la puerta y espera al actor I.)

ACTOR I:

Bueno, me llevan. (Abraza a Lidia.) Te lo merecías.

ACTRIZ I:

¿Nos vamos?

ACTOR I:

Se lo agradezco por ella, señor. Buenas noches.

Salen.

Lidia cambia la música brasileña por un jazz sumamente erótico y disminuye la luz. El productor sirve dos tragos. Lidia recoge los recuerdos y los mete en la maleta. Al levantar un programa cae un recorte periodístico. Lo alza y al irlo a depositar lo reconoce y se estremece, soltándolo enseguida. El productor permanece ajeno manejando los controles del tocadiscos. Observa si él no se ha fijado y sumamente nerviosa toma el papel y le prende fuego.

LIDIA EN OF:

“Estoy quemando a tu niño, Thea, la de los cabellos pajizos...” (Ahoga un estertor.) Si nada más fuera eso, un diálogo..

Lidia se sirve un “fajazo” de brandy y lo apura.

PRODUCTOR:

Oye, es afrodisíaco; pero no hay que dormirse. (Advierte su estado de ánimo.) ¿Lidia?

Ella no lo atiende y repite la operación. Parece tranquilizarse, al menos en el exterior.

PRODUCTOR:

(La abraza. En lugar de una mujer estrecha un retazo con hueso.) ¿Te pasa algo?

LIDIA EN OF:

(Burlona y para sí) No, qué va. (Interpelando al productor.) Nada, la emoción; no sé.

PRODUCTOR:

Te entiendo. Descansa. Mañana temprano pasas a la oficina por el contrato. (Va a besarla, se arrepiente y le acaricia la mejilla.) Duerme bien. (Sale.)

Se acabó el disco y la aguja raspa el surco vacío aumentando progresivamente de volumen, sin que Lidia lo advierta. Se sirve de nuevo; pero la botella está vacía, se enoja y la arroja. Corre a encerrarse en su dormitorio.

En off el disco de un teléfono al marcar. El volumen del surco vacío ha llegado a tal extremo que opaca los timbrados de el teléfono.

En off descuelgan otro aparato.

LIDIA EN OFF:

Ven... ¡Ya sé que es tardísimo!, pero si no fuera urgente no te llamaba... Por tu madre... Gracias. (Cuelga.)

Oscuro rápido. Sobre el escenario se proyecta una serie de diapositivas mientras se cambia la escenografía, definiéndose ya, como el interior de un laberinto encefálico.

Durante el proceso se mantiene el raspar de la aguja, más y más agresivo.

Diapositivas en rápida sucesión: Lidia y un hombre aparentemente desnudos en un sofá y nota al pie: “Cuando puedas quiero”; Lidia sobre la paleta de un pupitre, con micro-falda y enorme escote, lame un plátano frente al profesor, nota al pie: “La alumna enseñante”; con los senos cubiertos por un manchón de tinta y acostada entre dos hombres, atrás, una ventana por la que se ve una cola de veraneantes, todos con la misma cachucha y camiseta con “logo” de campo de verano, nota al pie: “Naná de vacaciones”; con atuendo de vedette a medio “Strip-tease”; como Julieta en el balcón, nota al pie con caracteres góticos: “Temporada de los clásicos”; como Hedda que-

mando el manuscrito de Lobvorg, nota al pie: "Revelación del año"; como Antígona y al pie: "Teatro Universitario"...

Voces en off opacando el raspar de la aguja, que baja de volumen. Voces e imagen van ligadas, no se alternan.

VOCES:

—Como carpa.

—No es de universitarios.

La diapositiva es de Lidia como tiple en el montón, al pie: "Variedades de Medianoche".

—Nos está quemando.

—Como actriz es mala, como nalga es . . .

Relativamente cerca de Titania, nota al pie: boleta de calificaciones de la materia de "Actuación", con 'S'.

—Anda tras el billete.

—Según ella que el género chico es el mejor para llegarle a las masas.

—¿Sabes que?, con tu "trabajito" nocturno faltas a ensayos y así no; búscate otro equipo.

Ultima diapositiva de la serie: como Rosita en "Los Títeres de Cachiporra". Permanece fija durante el siguiente monólogo.

LIDIA EN OFF:

Seguro que me siento bien, hombre . . . Se acabaron todo . . . Pásame las bachas de los vasos . . . ¿Un cafecito? (pausa) ¿No?, allá tú . . . ¿De veras soy una vieja? Hace apenas una noche, la Revelación del Año en "Hedda Gabler" y mírame ahora: "Cuando puedas quiero" . . . Siempre fue así; pero con Daniel . . .

Se reanuda la serie de transparencias, ahora evidentemente tomadas por un aficionado: Lidia y Daniel comen del mismo algodón de azúcar en el lago de Chapultepec; la pareja en la "casa de los espejos" . . .

LIDIA EN OFF:

. . . También. Se convirtió en noticia de última plana por el tiempo que dejé la carrera . . . No los soportaba, como si realmente hacer carpa fuera una agresión al "Alma Mater". Creía que trabajar ese tipo de teatro era algo . . . ; no sé, peor que mi madre . . . Me largué de la casa y aquellos infelices enseguida me pusieron la 'P' en la frente . . . me perseguían, querían todo conmigo . . . (Suspirando:) Daniel . . .

La pareja entra a una tienda de muebles domésticos; frente a un edificio ruinoso con letrero de "Se renta depto".

Madre de Lidia en off.

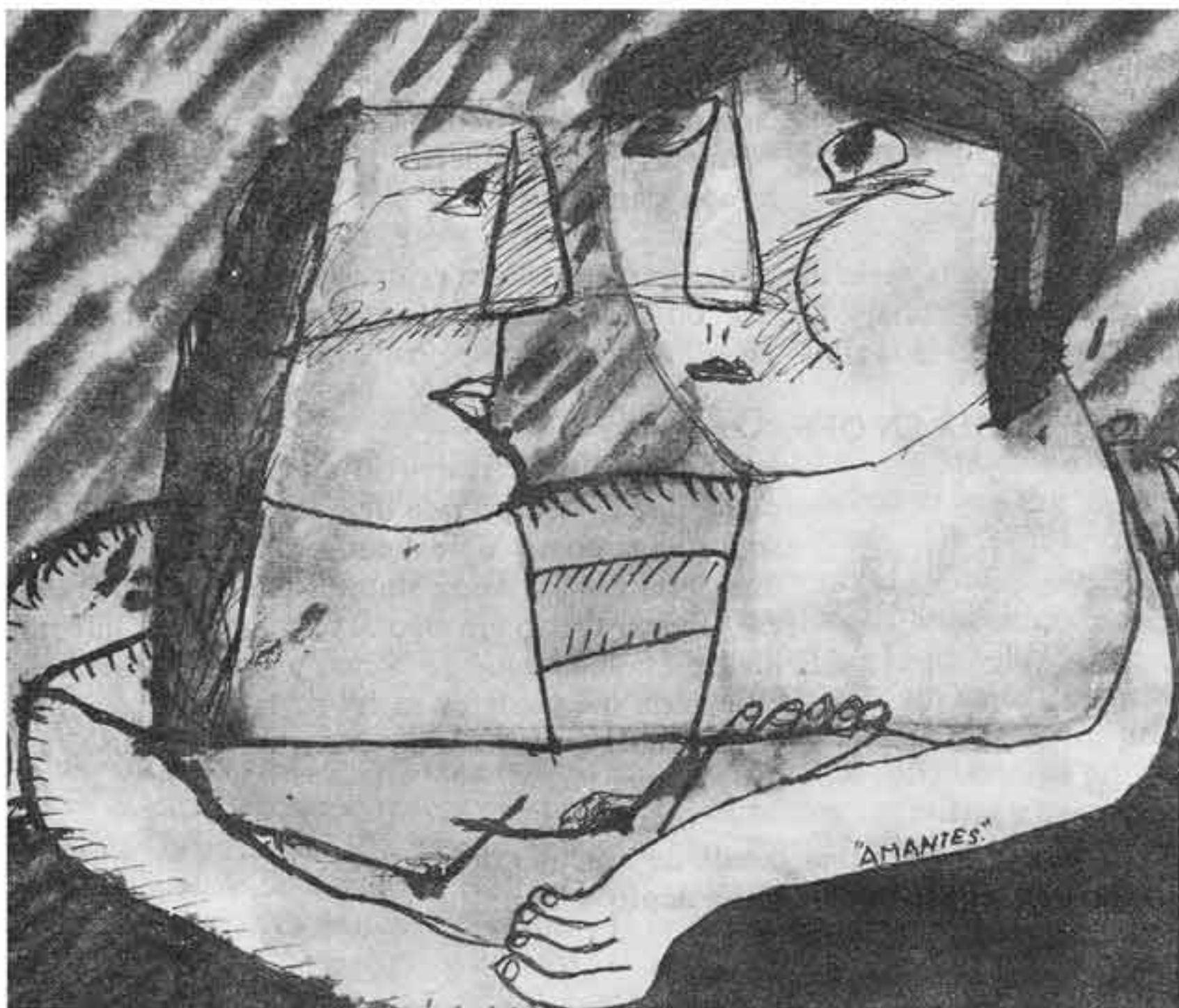
OFF:

(El volumen desafoca la imagen.) ¿No te he dicho que no andes con ese miserable? ¿Para eso te largaste de la casa? ¡Y tú, asqueroso, déjala tranquila. Más te vale, es menor de edad.

LIDIA EN OFF:

“Asqueroso”, si no era como su hermano . . . No entendiste el texto, Daniel; ya me había salido yo, no importaba mi madre . . . Menor de edad, tu sabías que no era cierto. ¡Y los otros!: tiple, sola: le pone . . . No sabes, cuando me brincó el recorte en los dedos, me brincó todo —fue horrible—, la vena de esta mano me latía como si fuera estreno . . . Cómo me quemaba el papel . . .

En rápida sucesión de transparencias (con dos proyectores alternados para mejor efecto), aparecen las cenizas quemándose hasta reconstituir el recorte: foto amarillista de Daniel en la orilla de un río, la cabeza dentro del agua y un revólver en la mano. La imagen permanece fija unos momentos. Comienza a incendiarse y el fuego contagia al escenario, arde unos segundos y vuelve al oscuro.



LIDIA EN OFF:

Si no te encuentro quién sabe lo que haría. (Pausa.) ¿Qué? . . . Claro, no te había platicado de él, ni de otras "leyendas" . . . "Lo que no fue en tu año no fue en tu daño" . . .

Paulatina entrada de luz hasta dibujar el perfil de Lidia, leyendo, con una línea de claridad recortando la silueta oscura. Después de una pausa, el escenario termina de iluminarse, aprisionándola con la escenografía.

LIDIA EN OFF:

Me acusó en su carta . . . Joder, en algún lugar debe haber alcohol . . . No es cierto, la carta fue antes de la noticia de su muerte . . . ¡Ya te encontré, maldito! . . . está pegador (Pausa) ¡No jodas, no estoy peda! . . . Para todos fue como si yo, yo misma lo hubiera asesinado.

De los recovecos de la escenografía aparecen los vecinos. La observan. Uno de ellos, el tendero, atiende a un cliente, muy parecido a Daniel, en gañán.

TENDERO:

¡Te dije! ¿o, no? el "Cruz Azul" nos la persigna cuánto quedaron a ver . . . (Lidia se aproxima y se calla.)

LIDIA EN OFF:

Buenas, don Raúl; un litro de leche y . . . (Se detiene al sentirse claveteada por el cliente).

CLIENTE:

Era mi hermano. (Sale.) ¡Luego le pago!

TENDERO:

Para ti no hay leche.

Lidia sale. El tendero escupe.

LIDIA EN OFF:

Así no era su personaje, no lo supo, se le olvidó la réplica y dobló la cabeza ante el director de escena y nunca más volvió a verme. Mi madre ganó . . . Imbécil, debió insistir pero le faltaron huevos . . . ¡Cómo digo eso después de lo que hizo! (Pausa) ¡No me quites el trago! (Pausa) Adónde vas. ¡Te hablo! (Pausa.) No, no son incoherencias de borracha . . . ¡Haz lo que se te antoje! pero no regreses. (Pausa.) Tómame una conmigo (Pausa.) Allá tú, mejor para mí . . . No des vueltas, siéntate; me mareas . . . ¿Sabes lo que decía en la carta?

Daniel, completamente de blanco, entra a escena.

DANIEL:

Que eras la mujer que había querido, que si no era suficiente hombre para ti, ya no era hombre, y que si a tu madre lo que le importaba de su yerno era el dinero, ya lo conseguiría.

Sale tan neutro como entró. Lidia relee. Trata de detenerlo; pero se pierde en los vericuetos de la escenografía, absolutamente sola.

LIDIA EN OFF:

La decisión era de los dos y la tomó solo. (Pausa) Para qué quieres el recorte, ¿no te dije que lo quemé? (Ríe.) Yo tomo y a ti se te sube. . .

Un teléfono agudo y reverberante repiquetea. Lidia levanta una bocina con forma parecida a una horca.

HERMANA: ¿Me reconoces? soy la hermana de Daniel, ¡puta! ¡asesina!

La bocina se le resbala y atora en el cuello, se la arranca y arroja lo más lejos posible.

El teléfono vuelve a sonar, los timbrazos se mezclan con campanas de duelo y la voz perforante de la hermana.

VOZ:

¡Asesina!!, ¡puta asesina! , ¡puta, puta, puta!

Los ruidos se confunden aturdiéndola. Cae desmadejándose y tapándose las orejas.

Así como aumentaron disminuyen y dejan un silencio mural. Oscuro lento.

LIDIA EN OFF:

Y yo no tomé parte en su decisión y también me correspondía; al contrario, no me dio el pie . . . No volví a saber nada hasta que lo encontraron . . . ¡Nada! Ni siquiera pude despedirlo, como si yo, yo lo hubiera matado . . .

En el escenario se prenden los cirios correspondientes al ataúd presente. Si hay necesidad de mayor luminosidad, será de tal manera que apenas marque el rostro de los deudos. Ocasionalmente un sollozo revienta el silencio y se pierde. Lidia intenta acercarse. La hermana la identifica.

HERMANA:

¡Tú lo mataste! (La detienen entre varios. Se corporiza el aullido de una piara en el matadero.)

La madre del muerto enfrenta a Lidia desde su enmudecimiento y la hace huir. Oscuro. Por todo el espacio silban las serpientes de:

¡Asesina, asesina, asesina! (ad Lib.)

A los silbidos se suman las pisadas de una fuga. Los silbidos se multiplican, se le suben, la enredan. La ahogan.

Luz brumosa. Entran dos enterradores con sendas palas. Miman cubrir de tierra al féretro. Los deudos se encogen a cada paletada. Los enterradores salen por un extremo y los deudos por el otro, reptando.

Luz de día. Lidia y Carmen caminan con los libros bajo el brazo. Lidia va de luto. La gente, al reconocerla, se para a observarla.

CARMEN:

Ay, manita, todos te conocen, qué fama. No me gustaría tenerla . . . Oye, qué se siente que un chavo se mate por una, ¿eh?. Me suena tan raro, como muy . . . “romántico” . . . Te juro por lo más sagrado que no tuve intención de ofenderte.

Son alcanzadas por un grupo de gañanes dirigidos por el hermano. Las rodean impidiendo que avancen. Carmen está aterrorizada.

HERMANO:

Que se vaya. (Permiten que Carmen escape.) Hola, cuñadita, como va. ¡Huy, que ropita! quién se le murió . . . ¿Ya vieron? de mucho negro. (Silbidos y risas. Algunos la manosean y le rasgan el vestido.) Chale, no se manden, ¿no ven ques como de la familia? . . . Ora, cuál te pasa, con quién vaser. (Se abren la bragueta sacándose el miembro.) . . . No, psi'stá difícil, ¿ver'a?, calzan del grande, ni a cuál irle . . . Ya sabes, cualquier chico rato y . . . 'Amonos galanes, la chava no se decidió. Ai la vemos, cuñadita. (Salen.)

Lidia entra a su casa, empaca histéricamente, junta el dinero que encuentra y huye.

En off ruido de tráfico.

LIDIA EN OFF:

Vengo por el cuarto que alquila.

En off el mecanismo de un reloj, después mezclado con la canción “Born Free”, hasta desaparecer y dejar a la música.

Lidia regresa a escena, algo repuesta. Usa otro vestido y peinado diferente. Trae una charola de pan con algunos bizcochos y una tenaza parece escoger las piezas en la estantería de una panadería. Una joven, con una bolsa de pan, la mira fijamente y termina por acercársele.

LINDA:

Eres Lidia, ¿verdad?

Lidia asiente poniéndose a la expectativa, recelosa.

LINDA:

¿Te acabas de mudar o veniste de visita? (Transición.)
¡Sí, cómo no! y a mí qué me importa; ni me conoces, babosa de yo. Linda, también fui novia de Daniel.
¿Supiste que lo mataron?

LIDIA: (Niega.)

LINDA:

Entonces ya tiene rato que no vives allá, pero no te había visto. Por una tipa, ¿tú crees?. La verdad, quién sabe. Para que alguien haga una cosa así, ya debe tener algo dentro (se toca la cabeza), ¿no te parece? Y cómo quiero que te parezca si no sabes de qué hablo. Se lo echaron por (articula sin sonido: P u t o). Le andaba por casarse y necesitaba dinero urgente y que se mete a eso y como era guapito le fue muy bien. La verdad, quién sabe y yo de hocicona. También la fulana lo desairó y a lo mejor ya no se sintió hombre; pero se lo echó su amante, ¿creerás? A ver cuándo me das una visitadita y platicamos de cosas menos feas; pero a quién se le ocurre, dime tú, que lo había hecho por el puro interés y no por amor, y el fulano lo quería en serio.

(Transición.) ¿No sabías nada?

Lidia niega.

LINDA:

Gusto en verte. Hasta luego. (Sale.)

Las serpientes de: “asesina, asesina . . . ” silban de nuevo.

Lidia sale.

El teléfono, las campanas de duelo y la voz perforante de la hermana se repiten.

Ruido de una botella al estrellarse seguido de una bofetada.

LIDIA EN OFF:

¡Por qué me la rompiste, cabrón! (Pausa) Qué borracha voy a estar, mañana tengo función. Ve y te dedico mis desnudos. (Pausa. Ríe.) Cochino . . . Se vendió para comprarme a mi madre y por eso lo mataron . . . Se aprendió un pie de otra obra; la nuestra era un tono de pieza y la hizo melodrama. . .

De los recovecos del laberinto aparecen, como muñecos inanimados, los actores, en posición plástica.

LIDIA EN OFF:

Si se enteraran esos desgraciados; de por sí me odian y más con lo de la película . . . Pero te juro que el tener ese maldito recorte en las manos fue como vivirlo de nuevo y como dicen en el cine, no hay permanencia voluntaria . . . Con una vez tuve, por eso lo quemé . . .

Lidia regresa en “negligé” y extiende seductoramente el brazo hacia un lateral.

LIDIA EN ESCENA:
¿Vienes?

Daniel entra vestido de blanco.

LIDIA EN ESCENA:
Después de una noche como ésta no me gusta
dormir sola.

Salen juntos; pero sin tocarse. Jazz erótico para cerrar
el
telón.

